

# Memoria del polvo

## Pablo Racca



casagrande

PRIMER PREMIO

CONCURSO DE NOVELA SOCIAL ROSA WERNICKE  
CONCEJO MUNICIPAL ROSARIO 2019

# Memoria del polvo

una novela barrial

Pablo Racca



Este libro ha sido reconocido con el primer premio en el I concurso de novela Rosa Wernicke organizado por el Concejo Municipal de la Ciudad de Rosario, en noviembre de 2019.

El jurado que otorgó la distinción estuvo integrado por Maia Morosano, Laura Rossi y Federico Ferroggiaro.



Esta obra está sujeta a la Licencia Reconocimiento-NoComercial 3.0 Unported de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0>

*A Flor*

¿De qué color es el polvo? En el barrio, el amarillento oscuro tapiza calles, decora el agua que recorre las zanjas, se asienta entre los yuyos que rodean a las veredas. Da saltitos con cada paso y se cuela entre los dedos, se endurece con la transpiración. Las zapatillas cambian de color. Y con los movimientos más bruscos –en las corridas, cuando las motos van y vienen–, el polvo se levanta y vuela por ahí, entra a las casas y trasciende el paisaje, se mete en el pelo y en la memoria.

Ana camina a paso rápido, zigzagueando por un terreno que conoce. Evita la vereda y avanza por la calle de tierra. La vista en el celular, ajusta la configuración para que el sonido no interrumpa las clases. Se distrae siguiendo la trayectoria de una araña que es un punto negro sobre el brillo de la pantalla. Con un movimiento suave la deja caer. Cuenta tres arañas en lo que va de la semana; se pregunta si tendrán algún significado. Guarda el celular en el bolsillo del guardapolvo, abraza el cuaderno contra el pecho. Repasa: las actividades con segundo ciclo irán

alrededor de la feria de hoy y la marcha de mañana. Sonríe a los vecinos que están despiertos a esas horas. Se detiene en lo de Chela por un mate.

—Marcelito vio la cosa anoche, profesora —el diálogo comienza antes de cualquier saludo.

—¿La cosa? ¿Qué cosa?

—Los gusanos, el Homero Simpson que lo amenaza con un martillo, la putrefacción.

—¿Homero Simpson?

—Está teniendo visiones de muerte, profesora. Al padre se le aparecían cerebros llenos de baba y bichos con los ojos rojos antes de pasar a mejor vida.

Ana sorbe el mate y lo devuelve.

—¿Tiene mucha fiebre?

—Va y viene.

—¿Fueron al dispensario?

—No lo puedo sacar de la casa, no sé qué más hacer.

La voz de Chela mezcla tonos de voz oxidada, algo agria por la vejez y las quejas de lo que no hay.

—¿Está en cama?

—Sí. Le vendría bien una frazada más, si nos consigue —los pedidos no están dirigidos a la profesora, sino hacia afuera. Ana viene de ahí. Adentro del barrio no se consigue nada—. Y pares de medias. Marcelito usa dos o tres a la vez y se le rompen.

—Veo qué puedo hacer. Gracias por el mate, Chela.

—¿Va a la escuela?

—Sí, como siempre.

—¿La saluda a Irma de mi parte?

—Sí, como siempre —responde Ana, da un paso largo sobre la zanja que linda la vereda, y sigue camino por la calle.

El edificio de la escuela resalta por la perpendicularidad que sus paredes mantienen respecto al suelo, lo que es inusual en las construcciones del barrio. El descolorido de la pintura, sin embargo, la mimetiza con el paisaje. Las banderas apostadas sobre la puerta recuerdan que la escuela está en un país y una provincia, y también que no hay mucho valor en robar una bandera. Por el contrario, Irma, la secretaria, repone mensualmente la plaquita de bronce que dicta nombre y número de la institución; nadie sabe por qué sigue optando por este material tan valioso para los vecinos, ni tampoco de dónde lo saca. Las micro-decisiones que hacen a la vida cotidiana de la escuela son tantas y tan variadas, que muchas quedan afuera de cualquier debate entre el personal.

Un chirrido prolongado anuncia que la puerta está abierta. Nacho y Leo salen, se sientan en los escalones de la entrada. La broma recurrente sostiene que los dos son un único preceptor. No son parecidos, pero se los confunde por una mímisis de personalidad y criterios que a veces roza lo inverosímil.

—La historia va así: la abuela está inestable, se sienta a comer pero sin afirmarse a la silla. Pierde el equilibrio y se cae. El nieto estaba mirando el celular. El golpe lo despierta: ve a la abuela horizontal, acostada en el piso. Todavía no ve la sangre. La abuela la siente. En realidad, es lo que desea: quiere que el golpe haya sido letal y entonces se imagina la sangre. Acierta.

»El pibe tiene catorce años. Nunca tuvo una emergencia. Grita: ¡abuela! Rodea la mesa, pregunta los qué pasó, los estás bien. La respuesta desconcierta: “Déjame acá, nene, que me quiero morir”. La situación ya era nueva para él y la abuela le larga ese comentario.

»Se queda frío, estático. Remarco esto: pierde un tiempo. Van dos tiempos perdidos: primero, por la distracción con el celular. Segundo, por el shock de escuchar a una persona decir que se quiere morir. Que le pide que la deje morir. ¿Quién está preparado para escuchar eso? Un pibe de catorce años (a menos que sea muy especial) está claro que no.

»“¿A quién llamo, abue?”. El chico reacciona y repite en voz alta la pregunta que aparece en su cabeza. Ella dice a nadie, a nadie, dejame. Pero la pregunta fue retórica; él ya se está moviendo. Enumera: “Mi viejo está en la fábrica, al vecino no le importa nada, tengo que llamar una ambulancia, qué se le dice a un médico”, y así. “¿Cuál es el número de emergencias, abue?”. Habla por hablar mientras busca alguna pista en la casa.

»No es llamativo (quién no haría lo mismo) que el chico no preste atención al deseo de la abuela. Desconoce el debate sobre eutanasia, muerte asistida y demás. Pero toma posición y actúa para salvar. ¿Será por reflejo, por mandato

social? La palabra de la abuela siempre fue respetada, pero ahora el chico no le hace caso.

»La abuela recita un número de teléfono y provoca el tercer tiempo perdido: en la desesperación, el chico agarra el teléfono fijo y marca. Nada. Vuelve a intentar y nada. La abuela le dictó cualquier cosa. El pibe revuelve los papeles que están a la vista. Piensa si salir a la calle y gritar, duda; no sabe qué gritar. Mira el celular, es obvio que no tiene crédito, calcula si puede correr hasta la escuela para enganchar el wifi desde afuera. Y entonces lee: "Sólo llamadas de emergencia". Eso muestra la pantalla cuando el chip no tiene crédito. Presiona el ícono para llamar y el aparato disca 911. El chico salta por la euforia. No te das una idea la serenidad que te genera el tono del celular llamando cuando no tenés crédito. Remarco: el celular está programado para salvar, igual que el chico. Me vuelco por la idea de "mandato social": un pibe sin información puede resolver la emergencia con un aparato que está diseñado para eso.

»Del otro lado del teléfono, una voz amable entiende con pocas preguntas lo que está pasando. Le asegura que hay una ambulancia en camino. El chico no sabe cuánto demoran los servicios de emergencia en llegar al barrio, en entender las direcciones, en diferenciar dónde termina un rancho y empieza el otro. El médico llega para confirmar la muerte.

»Acá se abre el dilema. La muerte de la abuela estaba determinada desde la caída, aun si la llamada de emergencia se hacía al toque. La ambulancia no hubiera llegado a tiempo y las causas son sociopolíticas: barrio periférico relegado, abarrotamiento del sistema de salud pública, calles que son un desastre para manejar, etcétera. Pero cada uno de los tiempos perdidos antes de hablar

con el 911 dejan huella en el chico. Contamos tres, pero él repasa la escena hasta encontrar mil pasos mal dados y, en conclusión, culparse de la muerte de la abuela. El entramado social que lo rodea, ese entramado que también abandona a los abuelos y por el que esta señora llega a los cincuenta, sesenta años en un barrio como este y se quiere morir, le generó un trauma que va a cargar toda la vida.

–Yo diría: el entramado social “le generamos” el trauma.

–Eso.

–¿El pibe es Feli, de primero? ¿Por eso repitió?

–Estuvo un mes sin venir a la escuela después de lo que pasó.

–¿Y por qué no sabíamos nada?

–Lo mismo me pregunto.

–Habrá que estarle cerca.

Se ponen de pie mientras llegan los primeros chicos.

–Voy a preceptoría.

–Yo tengo que llevar las actas a Dirección.

Avanzan por el pasillo de entrada hasta que se separan y, casi al mismo tiempo, uno dobla a la derecha, el otro a la izquierda. Difícil decir quién a cuál.

El final del sueño, abrir los ojos, la chapa que es techo. Las mismas ondulaciones de todos los días. El tornillo transformándose en herrumbre. Sacar una mano de abajo de la frazada, palma en el piso: la experiencia permite reconocer la temperatura en el barrio al simple tacto. Andrés demora en levantarse; el amigo espera afuera, como cada martes.

—Pasá, Lucho —abre la puerta, da la espalda a Lucio, busca algo en la heladera—. ¿Te hice esperar?

Lucio sonríe, se sienta a la mesa, apoya la mochila en el suelo.

—No pasa nada, hermano —dice.

Andrés saca la pava del fuego, inicia la secuencia de pequeños ecos con ojos entrecerrados: el metal raspando el metal, el tic de la perilla de gas, el fum de la llama que desaparece, el agua revolcándose sobre el agua en la taza de plástico gastado. El tac de la taza sobre la mesa.

—Estoy liquidado.

—Mhm —asiente Lucio. El zip del cierre, el primer jugo de naranja que emerge de la mochila.

—Cómo pica esa frazada —los dedos de Andrés rascan la piel, los ojos miran el juego del sorbete saliendo del plástico, perforando el aluminio, Lucio sorbiendo el líquido anaranjado.

—¿Cuándo te tocan las sábanas?

—Ya no llevo la cuenta. Prefiero que las usen mi vieja o mi hermana, qué sé yo.

—Todos necesitamos un problema —dice Lucio como si nada, analizando los dibujos del pequeño tetrabrick de jugo.

—¿Mm?

Andrés detiene el movimiento de la taza que se acerca a los labios. Espera que el amigo complete la idea. Esto posterga el usual encuentro del agua caliente con la piel, algo que cada día Andrés se olvida de prevenir: no sopla, no revuelve, no sigue ninguna recomendación, sólo recibe el choque de calor sin resguardo.

—Digo que vivir sin problemas es una ilusión. La gente quiere tener todo resuelto, pero es una trampa inconsciente de la cabeza.

La taza continúa entonces su ascenso.

—La puta, esto quema —el comentario que se repite cada día—. ¿Qué gente?

—Nosotros. La sociedad.

—Explicate —dice Andrés, deja la nariz dentro de la taza para sentir el humo abrazándola.

Lucio saca otra cajita de la mochila.

—¿Cuántos jugos tenés?

—Necesito azúcar para tirar todo el día.

–No dormiste nada, ¿eh?

–Sigue el insomnio, como mi viejo.

–Para mí que te contagió.

Lucio levanta los hombros al mismo tiempo que perfora el aluminio con el sorbete.

–¿Hablan durante la noche al menos?

–Nos sentamos uno al lado del otro –Lucio sorbe el jugo y se atraganta–, con la tele prendida –dice casi sin voz–. La puta... perdón –se tapa la boca mientras tose.

–No pasa nada. Seguí –el mate cocido ya corre por su interior llevando calor a todas partes.

–Ah, sí –tose por última vez, seca una lágrima del ojo izquierdo–. Básicamente, la vida en la Tierra es supervivencia. Fue así cuando éramos una célula, fue así mientras éramos cavernícolas, sigue siendo así hoy. Sin problemas no sabríamos qué hacer. Lo veo en mi viejo desde que se jubiló, el tiempo libre es como cualquier cosa: en exceso hace mal.

–¿Pero no tiene problemas tu viejo?

Lucio hace una pausa, mira al otro con el sorbete en la boca, pero sin sorber.

–Parecés un boludo mirando así –se ríe Andrés.

Lucio deja el sorbete.

–Me cagaste... –asume–; sí, tiene problemas, pero no les da bola. Bueno, es un mal ejemplo.

–Te entiendo igual.

–Ya fue, un mal ejemplo puede arruinar toda la idea. No sé, anoche tenía más sentido en mi cabeza. Pasaron las dos Terminator en la tele; las dos primeras, no sé cuántas son ahora. Lo que digo es que la gente se crea problemas hasta donde no hay porque, inconscientemente, no entendemos cómo andar sin ellos.

–No sé lo que es vivir sin problemas.

–Considerate afortunado –alisa los nylon de los sorbetes y los deja por ahí.

–¡Ja!

–Pensá que las sociedades donde tienen todos los problemas resueltos no son más felices.

–¿De dónde sacás eso?

–Leo.

–No sé cómo dejaste la escuela vos.

–Para trabajar –se agacha y vuelve a meter el brazo en la mochila–. Bah, ya sabés.

–Sí, ya sé.

–En fin, eso quiero decir: todo ser vivo es una maquinita de resolver problemas para sobrevivir. Sin problemas, no hay supervivencia.

Andrés se queda en silencio. El último acercamiento a la taza es fallido: no hay nada más ahí. Mira a Lucio como quien captó todas las palabras, lo que a veces se confunde con haber comprendido.

–Como el problema del agua –dice, o más bien se le escapa.

–Como el problema del agua –repite Lucio, siente que ambos se entienden. No es así, pero hay conversaciones que sobreviven a estos desfasajes.

–Pero no puedo decir eso en la feria.

–No podés decir eso en ningún lado.

La mesa ahora divide dos munditos; en cada uno, quien lo habita piensa que el otro está hablando de lo mismo que él. Andrés recrea una imagen que lo acompaña en este tipo de conversaciones: él sentadito en medio de su mente, que es un salón vacío de techos altos, tratando de cazar ideas como moscas mudas que revolotean y se le escapan.

–¿Vos decís que el problema viene bien?

–Digo que nos mantiene vivos.

–¿Y hay que intentar resolverlo?

–Claro, para sobrevivir.

Andrés mira las dos cajitas de jugo abolladas mientras Lucio consume la tercera.

–Pero si lo resolvemos, nos quedamos sin problema para sobrevivir.

–Sí. Mmm... –Lucio saluda con un movimiento de cejas a la madre de Andrés, que prefiere quedarse en la entrada de la cocina, observando a los chicos–. Es una paradoja.

–Bueno, hay más problemas –enfatiza Andrés, envalentonado por la seguidilla de afirmaciones bien recibidas.

–Sí, en el caso del barrio, hay para rato.

–Sobreviviremos.

–Es una forma de decir.

–Es lo que estás diciendo desde hace diez minutos –dice Andrés, triunfal.

Lucio lo mira despacio, como controlando la velocidad de la mirada.

—Quiero decir que no esperaba llegar a nada; es sólo una idea, no sé si hay conclusión.

—Ahá...

Andrés se levanta y deja la taza en la mesada.

—¿La vas a lavar? —dice la madre sonriendo. Andrés da media vuelta de golpe.

—Má, ¿qué hacés? Casi se me para el corazón...

—Estoy acá desde hace un rato.

—Cuando Andrés piensa fuerte, no siente nada alrededor —se ríe Lucio.

—Me cambio y voy para la escuela.

—Yo arranco para el taller —aclara Lucio.

—Aguantame y salgo con vos. Carla debe estar en la esquina.

El sol los recibe con luz débil. Caminan en silencio a paso lento, al ritmo de la mañana en el barrio.

—Me gusta la tercera opción: “Sin agua no hay vida”.

—Muy bien, Bianca. ¿Y cómo argumentás la elección? —Ana, ya sin guardapolvo y sentada en la ronda con los chicos de segundo ciclo (entre nueve y once años), modera la discusión. Los debates sostienen a la escuela, quizás más que sus paredes perpendiculares.

—Es algo que yo quiero decir —la voz finita transmite una dulzura inesperada en una discusión para definir enunciados de protesta.

—Está inventando, señó —dice una voz de fastidio.

—¿Por qué está inventando? Y me llamo “Ana”, no “señó” —responde con voz tranquila—. No, Bianca: dejalo que responda.

—Porque... —pero los ojos del chico están en el suelo y ahí no hay respuestas.

—Hay que tener cuidado con lo que decimos de les<sup>1</sup> demás —Ana lleva la vista de un lado a otro de la ronda—; quienes estén de acuerdo con Bianca, levanten la

---

1 N. del A.: Las intervenciones de algunos personajes incluyen el uso del llamado “lenguaje inclusivo”.

mano –cuenta cinco manos en alto–. Elíjan una bandera y las pinturas que quieran: les toca la tercera frase.

La armonía en el aula se deshace en una descarga de efusividad. Con los seis encargados del cartel, el curso entero desarma la ronda, se forman grupitos de dos en dos y las voces se mezclan en un coro difuso de anécdotas instantáneas. Las palabras fluyen como si la pausa imprevista hubiera abierto la perilla de un gas que, a presión, esperaba para salir. Ana contempla el caos. Sin perder un instante, se acerca a uno de los nodos solitarios y se suma al colectivo.

–¿Soñaste algo anoche, Cami?

–Soñé con una nube bajando desde el cielo que se transformaba en dos personas que mi primo Hernán que no lo veo hace un montón de tiempo las filmaba y una se acercó a mí y dijo una cosa señalando al cielo, me quería llevar a una reunión en el espacio y me invitaba porque yo soy buena pero le dije que mi mamá no me dejaba y ella me dijo que era una reunión muy importante, que mi mamá iba a estar contenta, y la cara de la extraterrestre se transformó en la pastora de la Iglesia adonde íbamos de chiquitas con mi papá y a mi mamá no le gustaba pero íbamos igual porque mi papá nos obligaba. A mí me gustaba y yo no decía nada para no molestar a mi mamá pero quería ir a los campamentos que hacían para los más chiquitos pero nunca me llevaron porque tenían que firmar los dos papás y mi mamá nunca firmaba aunque mi papá le insistía y yo no decía nada para que no se peleen...

Ana siente que tiene que respirar por las dos cada vez que habla con Cami.

–¿Y usted que soñó, señorita... digo Ana?

–No soñé anoche.

—¿Y para qué duerme entonces, señor?

Y Cami levanta las manos y se muerde el labio de abajo y la mira como diciendo *usted no entiende nada*. Ana sopesa el planteo simple de una chica de nueve años, y al asociarlo con la edad lo coloca en un estante interior con etiqueta errada; Camila sólo espera una respuesta para seguir charlando.

—Señor... digo Ana —la voz rezongona las interrumpe—, ¡Tomás ya empezó!

—Ustedes saben que ése es el aporte que puede hacer Tomás. Ya lo hablamos.

—Pero señoo... —Las oes se extienden empujadas por la decepción. Los chicos manejan la diversidad como pueden.

—Me llamo Ana —el tono significa punto final—. Nos volvemos a sentar y seguimos el debate. Estamos encargados de las banderas para toda la marcha y tenemos que terminarlas antes de la feria. Los que ya eligieron la frase pueden empezar a pintar.

Tomás tiene veintidós años. En este momento —usando la expresión usual— “está en su mundo”, que es la parte superior de la “A”. Se pueden contar más de veinte pinceladas que marcan y remarcán el ángulo superior de la letra que es una flecha apuntando hacia arriba. Tomás participó del inicio del debate, pero en seguida se puso a jugar y, sin que nadie lo viera, tomó una tela arpillera y la pintura verde. El verde, ahora, rodea los ojos, la frente ancha y ensucia el pantalón azul. Tal vez en un rato consiga escribir “AGUA”, tal vez logre entender el objetivo de la marcha del día siguiente, la necesidad de agua potable en el barrio. Por lo pronto, la concentración es todo presente, y lo es con una facilidad que provocaría la envidia de más de uno en búsqueda espiritual.

La asamblea de la semana anterior había definido que los chicos de primer y segundo ciclo de primaria participarían en la marcha. Los profes de la escuela y algunos padres habían debatido durante horas para llegar a un acuerdo que esta vez no fue tal: la definición había sido por voto de la mayoría, procedimiento usual cuando llegaban las ocho de la noche y no se había alcanzado unanimidad. Terminada la votación, el grupo se alineó con lo decidido; de esta manera la escuela funciona como cuerpo.

La voz de Gabriel, profesor de secundaria, había cobrado mayor relevancia en las discusiones desde principio de año. Su posición había sido determinante:

–Para los pibes de este barrio, aprender a protestar es tan importante como aprender a leer. O a sumar y restar. Mal que nos pese, es así. Este año nos propusimos el tema del agua: lo estamos trabajando estructuralmente en secundaria y se ve también en primaria. Podemos entender esta marcha como parte de la currícula. Es un pedido urgente para el barrio y formación en acción para quienes participen: si hay una necesidad grande, se protesta.

Dados nota y tono iniciales, la asamblea navega por escenarios posibles:

–Todos sabemos de la necesidad de agua potable en el barrio, pero les niños tienen derecho a jugar, no a protestar. ¿No les estamos exponiendo a demasiada presión? Una marcha es territorio de lucha –habla una voz de manos inquietas.

–Tienen derecho a la par-ti-ci-pa-ción –deletrea Gabriel–, a ser consultados sobre las situaciones que les afectan. ¿Qué puede afectarles más que esto?

–¿Pero se les consultó realmente? –interviene Ana.

–Es que no saben de lo que hablamos.

–Eso es una suposición.

–Sí, parto de una suposición, ¿quién no? Un pibe, una piba de ocho años no tiene noción de lo que es una marcha, y tampoco vieron una canilla con agua potable en su vida. ¿Cómo les consultaríamos?

–Podemos al menos preguntarles a quienes están acá.

Los chicos de secundaria están invitados a las asambleas. Varios responden a la convocatoria, pero al rato se alejan de la ronda de adultos, se reúnen en grupitos o juegan a la pelota. De todas maneras, con su presencia las asambleas toman otro color; el eco transforma el patio en una combinación de murmullos y rebotes, una resonancia acogedora que humaniza las reuniones y ayuda a no perder de vista a los verdaderos actores de los temas en debate.

–Carla, Andrés, ¿pueden venir? –llama Ana, alzando la voz y dirigiéndose a un grupo de chicos.

Gabriel mira para otro lado, como queriendo perderse esa parte de la vida. Los chicos se acercan sin mostrar entusiasmo. Ven venir el “¿Ustedes qué piensan?”, la expectativa de los grandes, las miradas, la presión. Luego el “No pasa nada, los

escuchamos" ante su silencio, ese "no pasa nada" que es una frase muy rara para los chicos: siempre pasa algo.

—Carla, Andrés, ¿ustedes qué piensan respecto a que primaria participe de la marcha de la semana que viene?

—Ehh...

Carla vuelve la vista a Andrés. Sabe que él espera que ella responda primero; es lo usual en su dinámica. Alguna vez estuvieron juntos, pero su relación actual se basa en liderar el curso. Los grandes, a sus espaldas, los llaman "líderes positivos". Carla escuchó ese comentario una vez y, el mismo día, se puso tres aritos más —ceja, nariz, ceja—, sin revelar a nadie la razón. El reclamo entre dientes es para Andrés:

—Hablá vos que está mi vieja —mueve los ojos y las cejas hacia la ronda de la asamblea, tratando de señalar.

—Eh —empezó Andrés—, yo creo que... si fuera chico no querría saber nada con una marcha.

Todos escuchan atentos. Esperan que continúe y él lo sabe.

—Preferiría quedarme en la plaza. A lo mejor si... —se le ocurre una idea; no cree que sea útil, pero la necesidad de llenar el espacio le hace expresarla—: a lo mejor si intervenimos los juegos de la plaza para que "digan algo" —dibuja las comillas en el aire— respecto a la problemática, entonces pueden estar jugando mientras el resto marchamos.

Carla sonríe. Las ideas de Andrés, en general, le parecen muy buenas.

—Gracias —interrumpe Gabriel mirando a Ana—. Creo que está bien lo que dicen, pero no tenemos tiempo para intervenir la plaza —vuelve la vista a los chicos—: ¿Cuán grave te parece el tema del agua, Andrés?

—Gravedad total. Prioridad uno. Alerta roja.

Alguno detrás de él se ríe.

—¿No te parece que tenemos que hacer todo lo que esté a nuestro alcance para resolver esto?

—Sí, eso sí.

—Queremos que les pibes se involucren desde chiques, queremos que la marcha sea lo más numerosa posible. ¿No te parece razonable?

—Mhm —asiente Andrés, que ya no resiste más el cuestionario.

—¿Ustedes no cuidarían a les más chiques durante toda la marcha, sin sacarles los ojos de encima?

—Si vienen, seguro. Vamos a estar ahí.

—Gracias.

Los chicos vuelven a su grupo en el patio, apenas cruzando la vista entre sí. Se sienten relajados. Habían estado conversando sobre la feria de concientización para los vecinos del barrio —la marcha buscaría gritar hacia afuera; la feria, sugerir hacia adentro—, pero por un rato se dedicarán a revisar los celulares en silencio, con los oídos tratando de captar palabras de la discusión de la asamblea.

—Yo creo que sería un golpe bajo usar a les pibes en la marcha —el tono de Ana es de sentencia.

—¿Y qué problema hay? Con todos los golpes que recibimos acá, ¿por qué no podemos dar uno nosotros?

–Porque estaríamos usando a personitas como medio para un fin.

–Es política: a veces es así y lo sabemos.

–Coincido con Gabriel: no podemos preguntar a los chicos –habla Irma, la secretaria–, les chiques, quiero decir. No saben qué les estamos preguntando. Puede ser una primera experiencia: que participen al inicio, y después los liberamos y que se vayan a jugar a la plaza.

–Eso nos haría perder fuerzas en la marcha –dice alguien más–: se necesitarían cinco o seis personas que acompañen y que, por ende, no estarían protestando.

–Sí, perdemos fuerzas, pero se gana en una experiencia educativa para ellos... ellos. Cada opción tiene su contra –responde Irma.

–Creo que no preguntarles es no permitirles que se expresen. Y no permitirles que se expresen va en contra de todo lo que nos planteamos en la escuela: les pibes tienen voz, son dueños de su aprendizaje y sus decisiones.

–¿Pero cómo les explicamos todas las aristas que estamos discutiendo? No es sólo “¿les gustaría marchar o no?”; es un poco más complejo que eso.

–¿Encontramos algo en la currícula actual que justifique una marcha como parte del ciclo lectivo? A lo mejor, eso nos ayuda a decidir –toma la palabra un preceptor.

–Para secundaria, no tenemos dudas: entra en currícula de Historia, porque vemos la historicidad de la problemática; en Geografía, la parte social, el impacto de la protesta, de la apropiación del espacio público. Hace tiempo que esta asamblea acordó que poner el cuerpo es la mejor forma de aprendizaje. Para

primaria, es complicado. Séptimo grado, no tengo dudas: el curso mismo expresa sus ganas de participar.

–Sí, en séptimo hicieron suya la problemática –la voz circula por la ronda–. Se anotaron también para estar en las mesas de la feria, convocaron a las familias. Entienden más de lo que suponemos.

–Estoy de acuerdo con lo que se proponga –plantea Ana–, pero sigo pensando que para primer y segundo ciclo, hasta once años, la problemática es ajena. No entiendo qué se llevarían. Y son momentos fuertes, pueden dejar marca.

–Es cierto que no podemos dejar de pensar qué va a generar en quienes participen. Cuando exponemos a nuevas experiencias, tenemos que anticiparnos a las repercusiones. Deberíamos prever un espacio de diálogo después de la marcha para que saquen afuera lo que les produjo –la psicopedagoga habla poco, pero cuando lo hace, la escucha del resto es atenta–. ¿Podríamos hacer una representación de la marcha puertas adentro, en el patio?

–Podríamos proyectar unos videos demostrativos... pero no podemos dejar de lado que las marchas tienen su costado violento: el pedido de justicia viene de la necesidad, de la angustia y muchas veces del odio. ¿Podemos garantizar la protección adecuada para pibes tan chiques?

–Recordemos que vamos a marchar por las calles del barrio, sólo hasta la Carrasco.

–En la avenida puede llegar la policía.

–¿Por qué vendría la policía hasta acá? Lo único que hacen en el barrio es transar con los kiosquitos.

–No podemos asumir que no van a aparecer.

–Podríamos volvemos con les pibes antes de llegar a Carrasco.

–Para eso que no salgan del radio de dos cuadras de la escuela.

–Para eso que ni vengan.

–¿Si se suman solamente quienes vengan con su madre, padre o tutor?

Algunos padres asienten. Gabriel se pasa la mano por la cara; en realidad la asamblea entera –de tener manos y cara– haría lo mismo. Asamblea es conflicto, y conflicto elegido.

–Es necesario pensar un poco en la efectividad de la marcha –Gabriel busca recuperar el tono sereno–. Comprendo... comprendemos la necesidad de proteger a les pibes, los riesgos que asumimos, la dificultad de preguntarles, siendo que siempre intentamos que tomen sus propias decisiones –hace una pausa para, de forma gradual, acelerar el discurso, aumentar la intensidad–. Pero no olvidemos por lo que estamos pasando: el barrio no tiene agua potable. No perdamos de vista esto. Si podemos dar un paso fuerte en dirección a resolver este problema, que es de cada vecine y por ende de cada pibe, ¿cómo frenarnos? Si esto sigue igual en unos años, ¿no nos reclamarían elles mismes que no les hayamos dejado participar? ¿No nos dirían: “profes, hoy no tenemos agua, por qué no estamos luchando por esto desde siempre”?

La voz de Gabriel resuena en el patio callado. El eco es todo suyo. Los chicos, conquistados por un tono que da seguridad, se acercan a paso lento, la necesidad de líderes fuertes reflejada en sus caras de ojos abiertos.

–Son grises. Matices y matices de grises...

–Estar cómoda transitando los grises, quién pudiera.

–¿Comodidad? ¿Por qué traés esa palabra?

–Es la brújula para tomar decisiones de todo el mundo. Es lo que guía.

–Las decisiones cómodas mantienen las cosas como están. Cuestionar las cosas es incómodo.

–Yo no quiero que les pibes participen en la marcha, me incomoda. La incomodidad me hace temblar, es como un peso acá en medio del pecho.

–Ya sé, yo también lo siento.

–Tengo como taponeada la intuición con tanto gris para andar.

–La incomodidad constante no te deja entender lo que te pide el cuerpo, ¿no?

–Gana la cabeza.

–Tu cuerpo quiere escapar, salir de esta situación, pero te quedás.

–Por momentos ni sé lo que siento.

–Tu cuerpo pide salir. La cabeza dice “te quedás”.

*–Pero si gana la cabeza, si gana el concepto frío, ¿dónde queda el sentir en la lucha?*

Mientras ve a los chicos pintar las banderas, Ana se pregunta si será la única que mantiene conversaciones con sí misma dentro de su cabeza, situando a dos personas imaginarias en dos lados enfrentados de una mesa cuadrada. A veces una golpea la mesa con el puño, lo que genera un ruido fuerte a madera pesada y vajilla entrechocándose, aun si en el cuadro la mesa está vacía. En general, las dos personas se contradicen o pierden el hilo.

–Señorita... Ana... –la voz finita la saca del ensueño. Nunca le convenció que los chicos la llamen por su nombre, lo siente forzado; “seño” es más cariñoso, cercano. Las primeras asambleas, tres años atrás, definieron el cambio de rumbo pedagógico: las clases pasaron a ser talleres; los profes, a ser tutores. Se planteó la necesidad de borrar viejos roles, de poder reconocer a chicos y adultos como pares que emprenden una búsqueda juntos–. Tomás se durmió sobre la bandera recién pintada.

Ana se acerca. Sabe que Tomás, al despertar, va a pensar que ella es su mamá. Hoy no se siente preparada para eso. Tampoco puede decir cuánto afecta la confusión al propio Tomás. Mira la cabeza del chico, tirada hacia adelante, cara apoyada sobre la tela arpillera recién pintada. Las manos son un encaustre. El pincel descansa sobre el pantalón.

Suena el timbre del recreo. Tomás no se despierta; se mueve apenas por el ruido, la cabeza ahora ladeada hacia el hombro izquierdo. Nadie sale: la concentración en la pintura y en las frases de protesta retiene a los chicos en el salón.

—Ana.

La voz de Gabriel se oye desde la puerta. Ella le hace una seña, le da a entender que necesita ayuda con Tomás. El gesto afirmativo la tranquiliza.

—Me toca cuidar el patio —dice cuando Gabriel se acerca, y sale del aula.

El pasillo de secundaria se llena de *tap taps* apenas perceptibles durante el recreo. Los golpecitos sobre las pantallas táctiles.

–¡¿Que Lucio dijo qué?!

Carla se dirige a Andrés, lo que se reconoce por el tema de conversación, pero no por la mirada, que va y viene con las fotos de alguna red social. De hecho, el cuadro observado a la distancia hace indistinguibles los flujos de conversación: entre diez y quince chicos con la mirada hacia abajo mientras las palabras flotan a la deriva entre interlocutores que decodifican por palabras clave.

–Que tener problemas está bien, básicamente.

–No entiendo.

–Que sin problemas no sobrevivimos. No sé, te lo transmito como puedo.

–¿Qué dice quién? –la voz sin alarma de alguien en la ronda palpa en la oscuridad para interpretar si hablan con ella.

–¡Ja! Tengo problemas para sobrevivir decile.

–Exacto –confirma Andrés.

Carla levanta la vista, como golpeada por un shock eléctrico.

–Eso dijo él –dice Andrés, como disculpándose con la mirada–. Yo no tengo nada que ver, no sé por qué te enojás conmigo.

–¿Cómo “exacto”?

–Que tenemos problemas para sobrevivir. Sin problemas, no sobrevivimos.

–Me estás mareando.

–¿Qué te pasó ahí? –Andrés desvía la atención a otra cosa, para no caer en la red generada por sus ganas de decir algo inteligente.

–Nah... –Carla esconde la mano, pero la necesita para escribir un mensaje–. Nada, me quemé con la pava –baja la voz–: mi vieja no volvió anoche. Tuve que hacer el desayuno para les cinco; hice lo más rápido que pude.

Andrés nota a dos o tres en la ronda mirando de reojo a Carla. El colapso familiar capta más atención que cualquier red social. Andrés lanza gestos de *mejor no te metás* con la cabeza, intentando que Carla no se dé cuenta.

–Dejá, ya fue –dice ella–. Vamos al patio.

La humedad en las baldosas pone en riesgo cualquier caminata.

–No paran de caerme arañitas en el pelo –dice Carla.

–Será suerte.

–¿Mala o buena?

Andrés se ríe.

–Está del italiano.

–¿Tu vieja? –Andrés se para en seco. Resbala pero se sostiene de Carla.

–Sí, mi vieja. La conchuda de mi vieja.

–Pero el italiano...

—Sí, las fotos que se están viralizando —Carla agita el celular frente a la cara de Andrés— son de mi vieja.

Andrés mueve los ojos de un lado a otro, buscando esquivar cualquier mirada directa, preparando un “no, ni idea” mentalmente, como respuesta a la potencial pregunta de si había visto las imágenes.

—No sabe qué más hacer por plata, Andrés. Y yo no sé qué carajo hacer porque no trae la plata a mi casa, ¿entendés? Tengo cinco hermanas, ¿me entendés?

—Sí.

—¿De dónde saco para darles de comer?

—Sí.

Andrés responde a media voz. Quiere agarrar el celular, buscar el video y las fotos que recibió, borrarlos de la memoria.

—Preguntale a Lucio si se puede sobrevivir con tantos problemas.

Nara come sus galletitas y todo el recreo es eso para ella. Ana la mira desde lejos. La forma en que la chica investiga el interior del paquete, el modo en que toma el trofeo y lo tiene en el aire unos segundos mientras termina con la galletita anterior, para luego morder la nueva levantando las cejas, abriendo grande los ojos, resulta una ceremonia digna de contemplación. El patio es un barullo ajeno a lo que sucede en el rinconcito de Nara. Entre tanto movimiento, nadie ve a Tiago acercarse hasta ella, ni puede prever el manotazo con el que arrebata el paquete, generando el grito y llanto instantáneo de Nara. Tiago está mudo, quieto, no atina a sacar nada del paquete: es como un ladrón congelado al activarse la alarma de la casa. Ana da un paso hacia ellos, pero decide volver atrás y alertar a uno de los preceptores; conoce a Nara, pero no sabe cómo reaccionaría Tiago si ella interviene. La secuencia que sigue es imprevista: Nacho toma a Tiago de la mano, firme pero sin enojo, lo lleva a un costado y lo abraza. Lo separa de sí y lo contiene de los brazos un momento, como comprimiéndolo.

Tiago se queda parado, lo mira y responde en media lengua. Con una mano algo sucia, se limpia las lágrimas que son mezcla de rabia, de angustia y hambre.

—Vamos, hombre, pedile perdón. Y *una* galletita nada más.

Tiago ya sabe. Sabe todo respecto a perdón, penitencia, hacer mal. Pero necesitaba esa caricia, y sabía cómo conseguirla. Se acerca a Nara caminando despacio, brazos extendidos con fuerza hacia abajo para evitar malentendidos. Los pares de ojos se conectan, Tiago devuelve el paquete. Y, antes de que el chico diga nada, Nara le extiende una galletita con una mirada tranquila.

El timbre detiene el andar de los juegos, baja el volumen de las conversaciones en el patio. Los hombros caídos inician la procesión a las aulas. Hoy, sin embargo, el murmullo en seguida vuelve a crecer. Se oyen indicaciones, risas, algún grito: los chicos de secundaria sacan tablones a la calle, comienzan a armar la feria de concientización para los vecinos del barrio.

—¡Ojo la humedad, que resbala! —la voz de Leo retumba por el hall de entrada.

Los eventos organizados por los chicos son hitos dentro del año escolar. Verlos salir a la calle, preparar folletos, carteles, la seriedad en cada decisión, cómo se hablan entre ellos. Utilizan mecanismos de organización que aprenden de los grandes, les ponen su sello propio —asambleas que denominan “las gran gran”, votaciones a urna cerrada— y minimizan las intervenciones externas. Para los profes, que se hacen a un lado y actúan sólo cuando se los consulta, es oportunidad de observar la expresión genuina del proceso educativo que llevan adelante, si bien —aclara la profe de Física, apelando a algún principio cuántico— “toda observación afecta el hecho observado”.

Los chicos se acomodan tras las mesas, repasan notas en voz alta, hablan con personas imaginarias que llegan a la feria. Dos cargan con cuidado el modelo en madera, alambres y cartón de una pequeña torre, un tanque de agua y un conjunto de caños, que decorará el centro de la puesta. Discuten con gritos contenidos, a media voz:

–¡El caño no conectaba acá, Rolo!

–¡¿Cómo no va a conectar ahí?! Mirá el dibujo.

–¡Eso lo modificaste vos! Si lo ubicás tan arriba, la presión del agua va a ser bajísima.

–Si el caño está tan abajo se va a llenar de sedimentos, ¿no te acordás? –

Hace una pausa dramática–. ¡Este pibe no se acuerda nada de lo que discutimos! –dice, mirada al cielo, la mano libre golpeando su propia frente, expresión copiada de una película o novela de la tele.

Caballetes alineados. Carla pega el papel verde que envuelve el último tablón. La madera astillada raspa los dedos, lleva palabras ofuscadas a la boca. El apuro genera movimientos toscos y rápidos: tira el rollo de cinta, no lo ve rodar ni caer al suelo, da media vuelta y camina hasta la esquina con un puño cerrado y la otra mano completamente abierta, dedos tiesos que quieren escapar del centro. Sus pasos aciertan en cada baldosa, salpicadas como están en el intento de vereda, aun si la vista está distraída en pensamientos. Dobla la esquina, no mira atrás, sabe que nadie le presta atención. Se apoya en un alambrado. Los dedos se independizan, comienzan a enredarse en el alambre. La lengua juega con el *piercing*, todo el cuerpo en estado de alerta. Saca el celular del bolsillo; no tiene crédito y el *wi fi* de la escuela no llega hasta ahí. Recorre mensajes viejos sin detenerse en ninguno.

Andrés carga una caja con folletos. Desestima el largo de los escalones de entrada: el talón apoya mal y pierde el equilibrio. La caja cae y genera un

desparramo de hojas sueltas. Andrés se estabiliza sin tocar el suelo. La zapatilla derecha se abre en el costado cosido y re-cosido.

—La puta madre —hace un ademán con la mano dirigido a nadie, dirigido al tiempo y a la vida—. Fue.

Baja la vista. Los folletos se enfundan en el polvo de la calle.

—¿Alguien me ayuda, por favor?

Entre tres o cuatro reubican los folletos en la caja, pero no parecen caber ahí; el desorden ocupa más volumen. Andrés patea la caja.

—Fue.

Agarra unos afiches y empieza a acomodarlos en las paredes. Es difícil pegar la cinta sobre el revoque que asoma entre la pintura descascarada.

—Creo que no van a durar mucho —dice, tira la cinta al suelo—. ¿Algo más va a salir mal?

—¿Acomodamos los folletos en las mesas? Tendríamos que sostenerlos con algo para que no se vuelen —le preguntan.

—Ajá —responde distraído.

El “líder positivo” es menos líder sin su compañera. ¿Dónde está Carla? Recuerda los mensajes que leyó en el celular de ella, sin querer. O un poco queriendo. Eran de la piba que sale con ella, decían algo sobre un tipo más grande que la seguía. Andrés leyó “el Curva” y se preocupó, pero no dijo nada. Mira una vez más a ambos lados de la calle y vuelve a subir los escalones con cuidado.

A estas horas de la mañana, ya cerca al mediodía, la plaza está llena de zombis. Muchos adolescentes y jóvenes del barrio recién amanecen: una estrategia para esquivar el desayuno que no existe en casa. Alguna vez fueron a la escuela; la mayoría dejó después de repetir. La luna y el sol conviven a una cuadra de distancia, entre la institución y los *desinstitucionalizados*, los libres sin opciones. Los chicos que se acomodan tras las mesas de la feria dudan si levantar la mano para el saludo, o poner a la plaza en un punto ciego, correr la mirada y hacer de cuenta que no existe. Los profes lo debatieron, pero no hay un “mejor modo” para manejar la situación hoy: todo el recorrido curricular es una inmersión progresiva en la realidad del barrio, sus problemáticas y posibilidades de cambio. En este sentido, ignorar a los chicos que están en la plaza se podría interpretar como una contradicción. ¿Se puede hablar del problema del agua cuando tantos, a una cuadra, existen en una inercia fantasmal? Por un rato, sí –afirman los profes– y no fomentan el encuentro. El programa de Biología incluye una salida al mes a la plaza, con acompañamiento de varios adultos, para que los chicos dialoguen entre

sí, se descubran unos a otros, sin intervención de una voz adulta que “baje línea”.

La apuesta a una formación en la autonomía tiene su componente de heroísmo.

De espaldas a lo que sucede en la escuela, la atención de Emilio está enfocada en la factura de crema que se mueve siguiendo la trayectoria errática de la mano de otro.

—Según cómo encarás la factura con crema —dice el de la mano en movimiento— es cómo encarás la vida: podés arrancar por el borde, todo el borde, y dejar la parte con crema para el final; podés atacar la parte con crema primero, lo que te deja una factura bastante secota para después, o —el énfasis en la “o” es contundente, y se repite— o... vas comiendo la factura en orden, como viene, de adelante para atrás, mordiendo crema y no-crema al mismo tiempo.

Emilio encuentra pistas sobre la vida del otro, en el simple hecho de que no le había ofrecido ni media factura de la bolsa. Y tiene seis. Emilio no le quiere pedir una y escuchar que las guardaba para el bajón de la tarde.

—Eso deja afuera la pregunta esencial —agrega alguien más, perdido entre el humo del porro, a modo de revelación—: ¿por qué no hay facturas completamente cubiertas de crema? ¿Por qué mierda la crema está en una sola parte de la factura?

—¿Por qué no hay facturas todas cubiertas de crema, arriba, abajo y a los costados? —reafirma un tercero—. Es verdad, *man*.

El primero, con voz de mando, como quien sabe que tiene que quedarse con la última palabra para sostener la dinámica de la banda, elabora la conclusión:

—¿Por qué no vender la crema por separado, en bolsitas sólo de crema? ¡Y el boludo que quiera masa, que compre masa sola! —alza una mano y espera el choque de alguno de los otros.

Emilio dejó de escuchar luego de la primera exposición. Respira y resopla sin que los otros lo perciban. No quiere estar ahí, y no quiere estar en su casa. Sabe de la feria por su hermano, Tomás, pero tampoco quiere aparecer y reencontrarse con sus ex-compañeros. Con las manos en los bolsillos, mira al piso, ve un vaso de plástico abollado y se agacha. Lo hace porque no tiene nada más que hacer. Mira las gotas sobre el plástico translúcido, rastros secos de alguna gaseosa anaranjada. Le llama la atención la rugosidad en el medio del vaso; acerca un dedo, pasa la uña y escucha el *rac rac*.

—Poder volar, hermano, qué flash.

—Más que volar, imaginate esto, escuchá lo que te digo —sigue otra voz que articula con cuidado las palabras—: ves... a alguien... volar. Imaginate: vas andando por ahí en la tuya, saludás a un tipo y, de la nada, empieza a subir y se va volando.

—Pff...

—No, no, escuchame: lo ves volar y te quedás ahí, mirando para arriba. Y el tipo se va, se vaa... Imaginate qué sentirías, ahí pegado al piso, mientras el flaco se aleja por el aire. ¡Te cambia todo, *man*!

—Pasame el tuyo, hermano; el mío no pega así.

El vaso es suave en la mayor parte de su superficie, rugoso en el medio y pincha en los extremos donde fue aplastado. Emilio se pregunta si, de estar drogado, encontraría más cosas ahí. Levanta el vaso, envuelve la mitad superior

con su mano izquierda, la mitad inferior con la derecha y, lentamente, aplica más y más fuerza, lo retuerce, lo reduce, lo quiere llevar a la nada, todo el odio concentrado en un plástico que ni siquiera hace un poco de ruido al destrozarse.

El timbre de la escuela suena en horario especial para que los cursos de primaria salgan y transitén la feria. Como si estuviera cronometrado, tres motos pasan por el medio de la calle, aceleran a la altura de las mesas. El polvo que desparraman asciende y toma su lugar en la presentación.

—¿No cerramos las esquinas? —pregunta un profesor.

—Siempre se manda alguno por el costado de las vallas, es inevitable.

Con los más chicos pasando por las mesas, los presentadores ocupan su lugar y ensayan sus partes esperando a los vecinos. O casi.

—¡No toqués!

—El afiche dice todo. La idea es que estamos mal sin agua potable, ¿sí?

—Llévense un folleto por grado, déjenlos para la gente.

Los chicos de primer ciclo miran con ojos grandes. Absorben todo.

—¡Deciles bien, bobo!

—¿Cuántas veces vamos a tener que repetir?

—Pasan por acá que les explicamos mejor —dice Rolo señalando la torre modelo.

Andrés y dos chicas de quinto organizan la logística.

—¿Dónde se metió Carla? —dice una entre dientes, cortando cintitas de colores.

—Fue —responde Andrés, mirando para todos lados.

Tras corroborar que cada persona está en su lugar asignado, se entregan las pulseritas: verdes para los expositores, rojas para los promotores, que recorrerán el barrio invitando a la gente a acercarse, y amarillas para recepcionistas, que se apostan en las esquinas para recibir a quienes se acercan y explicarles por dónde comenzar la visita.

Los profes se ubican en la vereda de enfrente. Algunos acompañan a los chicos que salen a repartir folletos. La mayoría descansa, satisfechos al ver el esfuerzo y la responsabilidad de los chicos.

—¿Cómo lo ves? —Gabriel se acerca a Ana.

—Estoy sorprendida.

Ana baja la vista al celular; el navegador está abierto en la página del diario local.

—Creo que esto va a convocar mucha gente a la marcha —dice él.

—Sí. Los chicos son persuasivos.

Los recepcionistas repiten horario y lugar de encuentro para la marcha del día siguiente a todo el que se aleja de la feria.

—Mirá, Ana, respecto a les pibes de primaria, yo entiendo que...

—No hay nada que discutir. Estamos de acuerdo.

—Sé que no estás de acuerdo.

–No voy a dejar de hacer lo que se decidió en la asamblea.

–Me gustaría que lo habláramos un poco más.

–No vamos a estar de acuerdo, Gabriel: sigo pensando que es un golpe bajo y que les estamos usando. No quiero discutirlo más.

Ana prefiere no encontrarse con los ojos de Gabriel. Toca la pantalla sobre cualquier noticia del diario y lee rápido sin entender. Hay un cambio casi imperceptible en el ritmo de su respiración. Los párpados de Gabriel están apenas más cerrados. La decisión implícita y compartida de mostrarse inmutable frente al otro.

—Cada día me convenzo más de que necesitamos agrandar el comedor de la escuela —dijo Ana para llenar el primer silencio después del saludo.

—Estoy de acuerdo: es necesario. ¿Cómo organizarías los turnos si cocináramos para más personas? Hoy apenas si damos abasto para los pibes.

El encuentro imprevisto entre Ana y Gabriel durante las vacaciones se dio en un bar de la ciudad al que ninguno de los dos había ido antes. A medida que la charla avanzaba, ambos dejaron de lado el celular, y con él algunas conversaciones abiertas, potenciales encuentros en ese océano de relaciones que propone la noche.

—No estoy segura. Pero la gente tiene hambre. No me banco el “hasta acá llegamos”.

—Está bien, pero por cómo está la situación, para cocinar más tendríamos que enseñar menos.

Durante el año, los profes se turnan cada día para tener libre la última hora de clases y poder dedicarla a la cocina, que está al mando de Doña Dola, casi una

matriarca del barrio. Así, cada pibe que lo necesita se lleva su vianda a casa para el almuerzo. Son varios los profes que conversan entre pasillos respecto a extender esta asistencia a otros vecinos. Las resoluciones de la asamblea no los dejan tranquilos. Saben que sería enorme el esfuerzo para instalar un comedor más grande y atender a más gente, pero aun así insisten.

–Entiendo que prioricemos la educación frente a las demás necesidades del barrio. Formar pibes es una apuesta a futuro. Pero, ¿cómo ponderar el futuro por sobre el presente? ¿Cuándo llega ese futuro?

–No estoy de acuerdo con esa dicotomía: les pibes son el presente, la parte del presente con la que podemos trabajar. No son el futuro, nadie es el futuro. Todes somos presente.

–Está bien, pero les pibes tienen una prioridad tan alta que no llegamos nunca al resto del presente.

–Es que somos una escuela, Ana. Nos toca definir prioridades y ése es el primer criterio: somos una escuela.

–¿Por qué no reevaluamos los criterios hablando con la gente? Jentes. ¿Por qué no abrir la asamblea a todo el barrio para estas definiciones?

–Creo que no tenemos respuesta para las inquietudes que surjan de un diálogo tan abierto con el barrio. No podemos dejar de ser una escuela de un momento para el otro.

–La escuela puede cambiar sus objetivos: ya lo hemos hecho. Podemos torcer un poco más la currícula, redefinir nuestras responsabilidades.

–Ya nos estamos moviendo bastante al margen del ministerio. Estar en los márgenes está bien, salirse de la hoja es otra cosa. No estoy de acuerdo.

—Creo que podríamos. No entiendo por qué cerramos la puerta a esa posibilidad. La gente tiene otras necesidades. Esas necesidades influyen en sus hijos, en todos los pibes del barrio. No podemos ocuparnos sólo de quienes vienen a la escuela como si fueran casos aislados de su entorno.

—Desde ya que no. Y nos abrimos constantemente al barrio: la escuela no está encerrada y lo sabemos. Pero un límite respecto a los cambios que podemos hacer en la institución.

La discusión continuó toda la noche y los siguió hasta la casa de Ana.

—Cuando entro y salgo del barrio, saludo a la gente. Pero si mi saludo es cosmético, si no está comprometido con cada uno a quien le sonrío, ¿es un saludo realmente? ¿O es una actuación? No puedo saludar a esta gente y olvidarme de por lo que están pasando.

—Pero, Ana: hay un alcance para lo que podemos hacer. Si vos sentís eso, puede ser una inquietud personal que te lleve a salir de la institución escuela. Laburar en una escuela quiere decir que querés educar. Problematizamos todo el tiempo qué significa educar, cuál es nuestra responsabilidad desde ahí. Pero responder al hambre del barrio escapa a los objetivos de este espacio.

El silencio se prolongó un instante. Gabriel notó las lágrimas en la cara de Ana. Se acercó y la besó. Los cuerpos ya no volvieron a discutir.

Quien decide dejarse atravesar por una realidad social marginal de manera que lo convierta y redefina, se enfrenta en su entorno a una problemática inesperada: la soledad, la alienación de quien lucha. El lenguaje común que une a amigos, familiares, compañeros, se pierde. Las nuevas palabras aturden a quienes permanecen *desatravesados*, y con el tiempo también el silencio los

incomoda. Porque quien lucha prefiere, muchas veces, dejar de hablar, aun si no puede controlar los efectos de esa decisión. En ese contexto, encontrarse con alguien que comparta el idioma es un oasis.

Ana y Gabriel se vieron durante el verano, pero llegado marzo decidieron que era mejor cortar la relación. Los dos coincidían en que no estaban en un “momento” como para construir algo serio; tal vez si alguien les hubiera pedido que describieran el momento adecuado, ninguno hubiera sabido qué decir. Hoy Gabriel no puede determinar si la intensidad al tomar la palabra en las asambleas se debe a la búsqueda de justicia social o a tratar de que ella lo note, y Ana no sabe si sus desacuerdos son ideológicos o intercambios que necesita para que Gabriel no la pierda de vista. Se ha escrito mucho sobre el embotamiento de las emociones, sobre cómo se apilan y recombinan en espacios que requieren poner todo el cuerpo. Aun así, se hace misterio al andar.

–El agua se potabiliza y distribuye en las ciudades desde hace más de doscientos años. Estamos en 2019 y hay partes de la ciudad adonde no llega más que agua sucia. Las necesidades básicas de los ciudadanos son prioridad del... ¿del Estado o del gobierno, Manu?

–Es lo mismo. Creo.

Las primeras oleadas de vecinos son pequeñas y espaciadas, pero ponen en plena actividad a la feria.

–Los barrios periféricos sufren la postergación por estar, justamente, en la periferia. ¿Cuál es la palabra? –la chica chequea una hoja–: Anexados. Como estos barrios se anexan tardíamente a la ciudad, el municipio demora en atenderlos. O, lo que es peor, reniega de hacerlo. Digo “atenderlos”, pero quiero decir “atendernos”.

–¿De quién es la responsabilidad? En Geografía lo discutimos: el barrio no se crea por un plan de gobierno; el asentamiento es emergente, crece con el ritmo de los movimientos internos de la población: familias que vienen del centro de la ciudad porque pierden su casa, personas que emigran desde otras partes del país.

¿En qué momento el Estado se ocupa de esta parte de la población que aparece de repente?

—Este barrio tiene más de veinte años y una población estable en los últimos cinco. ¿No es hora de que alguien se haga cargo? La ciudad, la provincia, el país.

La ambigüedad en el tono de los chicos da un colorido particular a la feria: quieren demostrar que saben su parte, que hicieron bien la tarea. Se olvidan por un momento de lo categórico de sus afirmaciones. Entienden la gravedad de la situación —por eso su compromiso con la feria—, pero es difícil para cualquiera escapar de la alienación que surge del sentirse evaluado por los mayores, donde aprenderse las líneas es aplaudido y premiado.

—Las consecuencias de no tener acceso a agua potable son contundentes. Las estadísticas de la ONU y otras entidades muestran cómo aumenta la mortalidad infantil —el chico señala cifras en un afiche—, el número de enfermedades graves y la falta de higiene. Las organizaciones mundiales de la salud insisten en que hay que hidratarse con dos litros de agua por día. ¿Cómo hacerlo en un lugar donde no se puede tomar lo que sale de la canilla?

El tono se hace más sentido a medida que se avanza por las mesas y son los chicos más grandes quienes toman la palabra.

—Este año, el proyecto para todos los cursos de secundaria es desarrollar un tanque potabilizador. Suena grande, pero avanzamos paso a paso. Seguimos el modelo que vieron en la mesa central: la idea para fin de año es contar con instalaciones básicas para alimentar a la escuela en un cincuenta por ciento de sus canillas. Si el proyecto sale bien, lo queremos replicar en otras partes del barrio.

–En Química, estudiamos el proceso para pasar de un volumen de agua contaminada a otro de agua potable. En Taller, trabajamos en la construcción de la estructura y el tanque, desde los planos hasta la fabricación de las partes. Con la profesora de Historia analizamos el recorrido de las políticas sociales en el país, tratando de entender por qué estamos en territorio relegado por los gobiernos.

–En Lengua subimos el contenido a un blog, para que más gente se informe y puedan repetir lo que hacemos. Si logramos juntar fondos, queremos programar un viaje a Chaco para llevar este conocimiento a otros lugares sin agua.

Los vecinos pasan por las mesas captando poco de los datos y mucho del sentido de urgencia. Toman folletos, sacan fotos, asienten. Uno de los profes, desde la vereda de enfrente, señala a cada uno, cuenta con el dedo.

–Vinieron muchos, lo que es buena y mala señal a la vez –comenta.

–Sí, si están acá es porque hoy no tienen laburo.

–Supongo que seremos muchos en la marcha también.

Fernando, un viejo profesor de la escuela, hoy jubilado, es el único que conversa y hace preguntas a los chicos al pasar por la feria.

–¿Presentaron estos reclamos al Concejo municipal?

–Con el profesor de Ética enviamos cartas y un proyecto a distintas oficinas de concejales. No recibimos respuestas. Nos llegaron cartas formales de agradecimiento, pero nada más.

–¿Creés que después de la marcha les van a prestar más atención?

–¡Esperemos que sí!

–¿Cuál es el reclamo específico de mañana?

Las conversaciones con Fernando pueden extenderse: sabe cómo encarar a los más comprometidos y jugar el juego de preguntas claras y escucha atenta. Varios dicen que es capaz de sacar lo mejor de los pibes, si bien algunos profes sienten recelo por él desde que se jubiló y tomó la costumbre de andar por el barrio, de casa en casa, sin acercarse a la escuela.

En el extremo final de la última mesa, un grupo de chicos se acerca con termos y una bandeja llena de vasitos plásticos.

—¿Quiere un café? —invitan a cada vecino que pasa por la feria.

Andrés chequea la hora en el celular, pasa la vista por las pilas de folletos que la gente todavía no se llevó. Todo parece estar en orden. Le gusta concentrarse en cosas prácticas, sentirse útil. En la escuela encuentra lugar para eso; la idea de terminar la secundaria es un fantasma en el que día a día evita pensar.

–¿Estamos bien? ¿Me perdí de algo? –Carla aparece de la nada.

–¿Dónde estabas? No te preocupes, no apareció el Curva.

Andrés erra en el código de desbloqueo de su celular dos veces antes de poder ingresar.

–¿Eh?

Decir lo que se quiere decir pero simular que no se lo quiso decir.

–Que no te preocupes si algo te perturba –es la salida humilde de Andrés.

Anecdótica e inútil.

–¿Qué decís del Curva, nene?

–Nada, es un chiste.

–¿Vos me estuviste leyendo los mensajes?

–¿Qué mensajes?

–Andrés...

–Sí, sé que soy transparente para vos. No me lo repitas.

–¿Entonces?

–Qué sé yo.

Andrés se agacha, ajusta el cordón de la zapatilla y la cinta que usó para sostener la suela en su lugar.

–Mirá: si me leíste los mensajes, mejor te lo guardás, ¿sí?

–Ya fue, piba, no tengo idea qué decían. Leí “el Curva” nomás.

–Sí, la está persiguiendo a Vane, ¿ok?

–No me tenés que contar nada, no quiero saber nada. Dejalo ahí.

Andrés lee algún mensaje que le había llegado. Presiona el ícono del micrófono y habla a la pantalla:

–No, no, eso no –y suelta el micrófono.

–¿No te enseñaron modales a vos?

–Ya fue, Carla.

–Vanesa quería ver la feria, pero está el sobrino del Curva. Le pedí que no viniera por si aparecía él. La fui a esperar a la vuelta y cayó igual hace un rato.

Hablamos como media hora y la convencí para que rajara de acá.

–Ajá –la cabeza de Andrés pasa por todas las posiciones posibles menos la de enfrentar la cara de su amiga.

–Morite, ¿sabés? Primero me leés los mensajes y ahora que te cuento, te hacés el boludo. Sos un idiota.

El tono lloroso de su amiga lo saca de la actuación. Agacha la cabeza.

—Perdón.

—Te cagaría a piñas —se seca lágrimas con la manga del buzo.

—No tendría que haber visto los mensajes, no me tenés que contar nada, disculpá. Mala mía.

—¡Pero ahora te quiero contar, ¿no entendés?!

El Curva no había aparecido a la vista de toda la escuela en su reconocida Ducati importada; no había respondido a la invitación del sobrino a pesar de su insistencia. Tampoco tenía intenciones de seguir a Vanesa, aun si ella tenía evidencia para creer lo contrario. El hecho de que el Curva estuviera al mando de la banda principal del barrio alimentaba la hipótesis.

Habían estado juntos una noche, meses atrás. La diferencia de edad los había atraído; hasta que no entraron a la casa de él, Vanesa no sabía con quién trataba. Cuando él la volvió a buscar unas semanas después, ella le explicó que no le interesaban los hombres, que estaba explorando su sexualidad, lo que generó el efecto contrario al esperado. El Curva la contactó un par de veces más para hablar; ella lo rechazó con buena onda hasta que recibió en su casa la novela de un escritor que parecía francés. Entonces se alarmó, metió el libro en un cajón y ahora sale a la calle con miedo. El Curva, de todas maneras, no planea acercarse sin el consentimiento de ella.

—¿Qué libro le mandó? —Andrés no puede creer este detalle.

—No tengo la menor idea. Vane no lo abrió ni lo saca del cajón.

—Dicen que el Curva lee muchísimo. Que tiene una biblioteca que va de pared a pared, del piso al techo.

–Es un hijo de puta, Andrés. La gente que anda con armas y manda a matar gente no lee nada.

–Es lo que dicen, yo qué sé. Prefiero ni preguntar.

–¡Vamos cerrando, chicos!

La voz de un profe interrumpe la escena. Los dos se aprontan a levantar un tablón, reciben el aplauso inesperado de profes y vecinos con una sonrisa, y siguen la fila que desarma la feria a paso lento.

—Los echaron de la obra... —se oye decir a la distancia.

—Vienen para la feria...

—Quieren algo con la marcha...

Las voces lejanas se echan una sobre la otra generando un murmullo de estampida que se aproxima. Dos chicos de tercero llegan corriendo, levantando polvo como si escaparan del demonio. O estuvieran jugando a los piques.

—Les dimos los folletos... —empieza uno, habla según dispone de aiento.

—No les gustaron —sigue el otro, respira exigido y se dobla en dos—; vienen para acá.

—Es Márquez —la profe que los acompañaba llega caminando ligero; habla con serenidad pero la cara dice otra cosa—. Acaba de llegar con otros tipos gritando que los echaron de la obra.

Tablón en mano, Carla y Andrés dan media vuelta. Varios chicos salen de la escuela, algunos se quedan en los escalones para tener mejor vista de lo que está por suceder. Diez personas se acercan, caminando a paso firme. Visten de fajina:

zapatos de seguridad gastados, camisas a medio abrir. Ignorando recepcionistas de pulserita amarilla o cualquier indicio que diga feria, se detienen en medio de la calle. Convocados por el revuelo, los vecinos cierran la ronda improvisada que tiene como centro la mirada de Márquez.

—Queremos hablar con alguien a cargo —dice.

—Nosotros estamos a cargo —dice Andrés, secundado por sus compañeros de quinto. Quiere dar un paso adelante cuando nota lo ridículo de tomar la palabra mientras sostiene un tablón. Lo apoya en el piso, casi lo deja caer; Carla larga un *ay bruto* a media voz.

—Mirá, pibe —el tono es conciliador, aunque la cara dice otra cosa—: nos acabamos de quedar sin laburo y queremos hablar sobre la marcha de mañana. Con un mayor.

—Dejá, Andrés —Gabriel da un paso adelante—. ¿Qué pasa, Márquez?

—Acá estamos: somos diez compañeros en representación de cuarenta. Nos largaron de la obra —da un paso adelante y se acerca a la cara de Gabriel, para hablarle por lo bajo—: ¿Podemos ir a hablar adentro?

—Somos todos vecinos acá. Está bien que escuchemos —responde Gabriel.

—Vos no sos de acá —Márquez apunta con el dedo al corazón de Gabriel.

—¡Bah, Márquez! —grita otro vecino—. ¡Cortá la boludez!

—¡Turco, no jodás!

—Hablá, Márquez. ¿Qué pasa con la marcha? —devuelve el Turco.

—Bueno, voy a ser claro: queremos marchar mañana —hace una pausa, introduce un suspenso artificial—, reclamando lo que es nuestro: ¡Que nos devuelvan el laburo, carajo!

Los diez obreros levantan el puño, afirman, verbalizan un sí sin coordinación, lo que resulta en varios sí muy suaves.

–Nos acaban de largar sin previo aviso, sin cumplir las normas del convenio de trabajo... ¡pensando nada más que en su bolsillo, carajo!

–La marcha es por otra cosa, Márquez –el Turco ensaya un tono pasivo-agresivo que sorprende.

–La marcha es nuestra, Turco –devuelve Márquez con sorna.

El silencio acentúa el monólogo interior de más de uno que no encuentra las palabras o el valor para saltar al abismo de la exposición. Quienes tendrían algo para decir redescubren sus límites, se guardan para sí mismos la certeza de la propia incapacidad de hablar. Quizás más tarde analicen cómo una secuencia tan improbable de acontecimientos, causadas por un hombre que nada tiene que ver con ellos y a quien nadie llamó, los volvió a enfrentar a sus miedos. Transcurre un segundo eterno. Ana pone a andar el tiempo otra vez:

–Pueden hacer el reclamo directo a la Municipalidad. La marcha está organizada con les pibes y sale desde la escuela. No podemos confundir los reclamos: estamos hablando del problema del agua, que es lo suficientemente grave como para que todes nos levantemos por la causa. Súmense con nosotros, pero no nos cambien las banderas.

–¿Qué le pasa que habla así, profe? –Márquez mira a Ana a los ojos, luego se dirige a la ronda–. Ya convocamos a los compañeros de otros barrios que están en la misma situación. La noticia llegó al sindicato, lo que va a aumentar la convocatoria. ¡Esto es importante, mierda! ¡Qué agua ni qué carajo...! ¡En poco

tiempo me quedo sin un mango para poner un plato de comida sobre la mesa! ¡No solamente yo: mis compañeros también! ¡¿Y entonces qué, mierda?!

—Mirá, Márquez —habla otro vecino—: no apareciste en tu puta vida en una asamblea y ahora querés cambiar lo que decidimos.

—¡Qué asamblea ni qué mierda! ¿Cuándo querés que vaya a la asamblea si estoy laburando todos los días hasta las diez de la noche?

—¡Emborrachándote en el bar querrás decir! —grita alguien desde atrás.

—¿Por qué no mandás a alguno de tus hijos, Márquez, que se quedan en la plaza paveando hasta la medianoche todos los días?

Márquez está rodeado y lo superan en número, pero encontrarse así alimenta su seguridad: es el centro y desde ahí controla la situación.

—¿Ustedes qué se piensan? —habla lento y claro—: ¿Que vine a debatir? ¡Les vine a avisar nomás, carajo: vamos a marchar y se acabó! Va a haber dos banderas mañana. Vienen el sindicato, la tele y todos los chiches. ¿Qué más quieren?

—Mirá, Márquez —uno de los vecinos se había acercado hasta tenerlo a centímetros suyo—: hace una semana que no me sale una changa, van dos días que no como más que pan...

—¿Pan? Eso es lujo, Espinosa.

—...pero esto es cosa de los chicos. Lo vienen preparando desde hace tiempo y vos venís y les pisoteás todo.

—¿Pero qué me decís “los chicos”? ¿Qué es esto: una clase especial o una protesta como la gente? ¿Estamos jugando a los soldaditos o vamos a luchar de verdad?

—Márquez —Gabriel toma la palabra—: vamos a encontrar la mejor manera de conciliar los dos reclamos —se oyen los *qué dice, por qué decide por todos*. Gabriel prefiere no mirar alrededor—. Si hay algo que no queremos, es dividir a los vecinos.

Algunas de quinto se inquietan en la ronda, como queriendo decir algo.

—Chicas, paren —el tono de Gabriel envuelve la escena—: a veces las cosas cambian a último momento. No podemos dejar de escuchar las voces del barrio por la sola razón de haber hecho otros planes: eso sería una contradicción. ¿La realidad nos desordena o nosotros nos preparamos para una irreabilidad ordenada? Los actores somos nosotros, pero nuestras acciones pueden cambiar cuando el barrio lo pide.

El silencio preludia el estallido de las voces, que se enroscan entre caballetes, troncos, ramas y cualquier poste que encuentran por ahí.

—Asamblea extraordinaria después de levantar la feria —dice Gabriel a los profes que tiene más cerca, y se mueve hacia la escuela. Cada uno correrá la voz.

Lorena estornuda. Jura que movió la cabeza a tiempo para evitar la olla.

—No vi nada, no vi nada —dice Irma sin escandalizarse, y sigue trozando la carne recién hervida—. Menos mal que Fernando trajo otro pollo, si no esto iba a ser arroz con arroz nomás.

Lorena revuelve. Doña Dola revuelve. Se miran sin verse, ceños fruncidos, las dos tratando de descifrar qué pasa afuera. Desde la cocina, el barrio es ecos de motores, retazos de gritos, algún estallido que mejor no preguntar qué lo causó. Los murmullos de la feria se apagaron de repente, tras un aplauso extendido, y apenas si puede distinguirse la discusión.

—Es Márquez —sentencia la mayor. Lorena asiente; no conoce el apellido—. Sea lo que sea, no es bueno.

Doña Dola exhala despacio, cierra apenas los ojos. Con ojos cerrados, la cocina es sólo golpes de metal contra metal.

—Si contás segundos, capaz que llegás a cien sin que pase nada en el barrio. Todo lo otro que cuentes no llegás ni a diez —termina la frase y sigue moviendo los labios, a ritmo constante.

De repente, no se oye nada. Es decir, el silencio previo, que no era tal sino un acostumbrarse al ruido de fondo del lugar, se apaga.

—Las hornallas —dice Irma.

—Veinte —dice Dola, en tono de *yo les dije*.

—Se terminó el gas. Hay que cambiar la garrafa.

—Ay, Diosito... hoy entregamos arroz frío me parece.

—¿Al menos está listo el arroz? —pregunta Irma.

Como respuesta se oyen un portazo a lo lejos, y la respiración entrecortada de Lorena.

—Pero qué pasa, m'hija, está llorando —la entonación de Dola es algo intermedio entre la afirmación y la pregunta, como si se borronearan los signos de puntuación en el aire—. M'hija, le entró la Nana Llorona a usted'.

La cara de Lorena no lloraba: las lágrimas caían como por su cuenta. Ella miraba a Dola y a Irma de forma inquisidora, dando a entender que no estaba en control de lo que le pasaba.

—Guarde el pollo antes de que se pudra, Doña Irma —el tono es de certeza; Dola mueve la olla a la mesada y la tapa con un movimiento rápido—: la Nana se comió el gas y ahora va por la comida.

Irma está acostumbrada a escuchar mitos del barrio, pero no se acostumbra a escucharlos. Algo así como que puede recibirlos sin sorpresa o cuestionamiento,

pero no está preparada para incorporarlos, para actuar en consecuencia. Por ende, se congela en el lugar y no hace nada.

—Irma, no me va a decir que la agarró a usted' también —afirma-pregunta Dola—. No no, la Nana va de a uno. Venga, muevasé —abre el freezer, que inunda el lugar con su vibración arrugada—: empiece a meter el pollo acá o quiere que se le pudra.

Irma hace lo que puede con movimientos toscos. Doña Dola se mueve con agilidad de matrona a cargo, se acerca a Lorena y tapa la otra olla.

—Doña Irma, va a tener que llamar al Leo y al Nacho para que la ayuden. Yo me voy a llevar a la gurisa al rancho. En diez minutos la Nana va a estar lejos y van a poder seguir.

Irma toma nota mental y se pregunta si podrá convocar a los preceptores sin dar mucho detalle de lo que pasó.

—A ver, m'hijita —Dola toma a Lorena de los brazos, la mira directo a los ojos, como si la pinchara con la vista—; ahí la veo a la Nana allá adentro. No pasa nada, va a estar todo bien, m'hija —le acaricia el pelo pero con descuido. El llanto sigue su curso mientras salen del lugar.

“La asamblea no sirvió para nada”.

Ana camina a paso rápido hacia la avenida, el apuro propulsado por la bronca. No puede determinar con precisión a qué se debe esa sensación –es como una bola de pasta informe llena de hendiduras–, pero la asume y la lleva consigo, entre el pecho y los brazos cruzados. Entiende que, a menos de veinticuatro horas de la marcha, no tienen mucha alternativa para lidiar con la prepotencia de Márquez y – quién lo hubiera dicho un par de horas antes– con el sindicato de obreros de la construcción. Su intento de usarlo como excusa para sacar a los pibes de primaria del medio no llegó a ninguna parte. Ana rebalsa de indignación y todo su ser pide que se acelere el tiempo, que llegue el día después de la marcha y las cosas vuelvan a curso normal. “¿Por qué tienen que pasar tantas cosas a la vez?”, se pregunta.

–Si ya nos la jugamos todos los días por el barrio, si la marcha es un esfuerzo más para cambiar las cosas –dice en voz alta para ella misma, acompaña con los

dedos la enumeración—: ¿de dónde salen estas complicaciones? ¿Para qué? ¿Hay un por qué?

Tal vez por eso las periferias son tan difíciles de empujar hacia el centro: son tantos y tan diversos los actores que la habitan, que la sumatoria de fuerzas resulta en direcciones trastornadas. Si es ésta una respuesta posible —o, más que respuesta, un bosquejo borroso para seguir elaborando—, Ana no la logra construir. Saca el celular de la cartera, camina y lee los mensajes que llegaron en la última hora. Nada significativo. “Todos en otra”, hubiera dicho años atrás. Ya no piensa así. Abre una conversación y presiona el ícono del micrófono para grabar:

—Edu, ¿cómo estás? Yo acá ando. La mañana empezó bien, terminó mal, quiero llegar a casa y esconderme un rato —mira a ambos lados antes de cruzar la avenida; el audio se prolonga con un silencio—. Estoy volviendo del barrio. ¿Vos a qué hora salís del trabajo? ¿Nos vemos a la noche? Perdón si me descargo con vos. Pasa que la feria iba perfecto, les pibes felices, hasta que apareció un tipo del barrio y tiró todo a la basura. Bah, no sé, capaz que exagero. Después lo charlamos, te mando un beso. Espero verte hoy.

El sonido —un *tin* corto y agudo— confirma que el audio se grabó. El círculo en continuo movimiento alrededor de una cruz indica que aún no se envía, por falta de señal. Ana llega a la esquina, espera el colectivo, espera que salga el mensaje, que las cosas se arreglen, que el cuerpo diga *está bien, para eso estamos acá*.

Para buena parte de los chicos del barrio, al contrario de lo que sucede en otros lugares, volver a casa después de la escuela no representa una gran alegría; no es exhalación sino resoplido. Son pocos los que pueden participar de las clases de apoyo de la tarde en la biblioteca, proyecto que inició Fernando años atrás, aunque ya no participa de la actividad: diez chicos rotan día a día según su rendimiento escolar. Cualquiera podría acercarse a leer en la sala de lectura, pero éste no es el plan ideal para casi nadie en la secundaria. Por lo tanto, los espera una tarde fuera del ala de la escuela, en la que no podrán escapar de la situación en casa, de sí mismos, de la vida en el barrio.

Muchos cargan “la vianda de Doña Dola”. Los profes optan por que los chicos coman en sus casas, en lo posible en familia, antes que disponer mesas en el patio, como se hacía en el pasado. Los chicos no fueron consultados en este punto: no sólo preferirían comer con sus amigos, sino que algunos tendrán que enfrentarse con el cuadro en el cual la bandejita que traen es todo lo que hay para comer en casa.

Tomás camina con la bolsa de nylon torcida. La sostiene de una sola asa y la comida se apila sobre un costado de la bandeja. El *film* transparente que la envuelve hace todo el trabajo para sostener las cosas en su lugar. Tomás llega a la plaza, como todos los días, para encontrarse con su hermano menor, sin haber preguntado si aquel lo espera con ganas o resignación; Emilio tampoco sabría bien qué responder en tal caso. Lo recibe sin decir mucho. Sus amigos lo dejan con Tomás, les dan “su espacio”; apenas si se animan a decir mucho, mostrando un respeto inesperado para un grupo que basa su relación con el mundo en puro escupir bardo a quien se les cruce, como dirían algunos.

Tomás recuenta lo que hizo durante la mañana. Habla a un volumen demasiado alto, como si su hermano estuviera a media cuadra, que es la distancia a la que a Emilio le gustaría estar. No de Tomás, sino de la gente en general.

—Hice la “A” —dice Tomás, muestra la pintura en la palma de la mano, dedos y partes de la ropa con orgullo; no sabe que la frente es toda verde también—. Es pa'a la marcha *mariana*. Vos vení a la marcha *conmío*.

Tomás tiene veintidós años, pero por sus capacidades está en sexto grado. Emilio tiene dieciocho, y por sus capacidades repitió cuarto año y ya no va a la escuela, aunque en su caso es más una cuestión de falta de esfuerzo y motivación, causa y consecuencia intercambiables.

—Me va ayudá' con il cartel vos.

Emilio dice sí y sí.

—Vamo' a se' muchos, muchos en la marcha. Bianca... Guido... Ana —Tomás hace el conteo meticulosamente, moviendo la cabeza y sumando un dedo con cada nombre—, Gabriel... Adrés...

—Mhm.

—I'ma... Nacho... La seño de jardín... El profe de jardín...

El conteo podía extenderse un buen rato.

—¿Queré' comida? —Tomás levanta la bolsa al terminar la enumeración.

—No, no, está bien. Ya comí —miente Emilio.

—Me voy a senta'hí ese banco a comer —dice Tomás. Lo señala todos los días.

Emilio se pregunta si para su hermano cada día es independiente del anterior, o si la repetición es producto de una autoestima muy baja (“a nadie le importa lo que hago, entonces nadie se acuerda qué hice ayer”). Luego vendrá la pregunta sobre papá: “¿Papá está en casa?”. “Sí”. “¿Está con Lorena?”. Y las respuestas no cambian, como las cosas en casa no cambian desde hace años, cuando la mamá de los tres hermanos, la esposa de Raúl, dejó todo y se fue.

El amor que sentía Raúl por la madre de sus hijos rayaba la locura. Con ella se había sentido querido como nunca antes en la vida. Viviana lo miraba con un cariño que no podía tener otro origen que el de *querer querer* a alguien de esa manera. Eso no significaba que ambos pensaran la vida de la misma forma, que no hubiera encontronazos de vez en vez. Tenían un único acuerdo: no podían discutir frente a los chicos. Quién pudiera saber si mostrarse sin faltas frente a los hijos favorece la crianza, pero para ellos dos –como para muchos dos– era cosa de sentido común. Fue así como ninguno de los hijos varones, seguiditos los tres con distancia de dos años entre sí –representación de una geometría familiar que de forma intuitiva Viviana le había propuesto a Raúl–, ninguno entendió cómo su mamá, de un día para el otro, desapareció de la casa. El cuarto varón en el lugar, Raúl, tampoco lo había entendido por completo.

–Raúl, estoy enferma –escuchó un día, los dos encerrados en el lavaderito que habían construido con cuatro chapas atrás de la casa–. Y me voy a ir.

Raúl no dijo nada. Mientras la conversación avanzaba, las manos hicieron el trabajo expresivo. Se movieron de la chapa al lavarropas viejo; de ahí a la propia cara, a la canilla, al borde de la pileta, al bolsillo del pantalón: dibujaban en el aire la incapacidad de aceptar lo oido.

—Me voy a morir —siguió ella—, y no quiero que nadie en esta casa pase por eso.

—¿Qué decís, Viviana? —el único recurso: espantarse.

—No se ve, Raúl, pero tengo el mismo cáncer que tenía mamá. No hay nada que hacer.

Raúl la agarró de los hombros, puso el peso de sí sobre ella. No quería hacerle daño, más bien sostenerla con fuerza, que nada se moviera de donde estaba.

—¿Cómo decís eso, Viviana? ¿Qué estás diciendo?

—No me la hagas más difícil, Raúl —y eso se dice cuando la impotencia lleva a proyectar en el otro, o en cualquier cosa, lo que no se sabe comunicar, ni enfrentar, ni nada.

Existen discusiones que suelen ser más bien intercambios de afirmaciones, de sentencias toscas sostenidas por cordones deshilachados. No hay elaboración de argumentos, no hay intercambio de ideas constructivas o propuestas superadoras que emergan del diálogo. Viviana, en ese momento, guardaba dos certezas: ella tenía que irse y los chicos no tenían que saber por qué. Y que Raúl tenía que entender. El único recurso con el que contaba, su única carta, era la de enunciar con fuerza y repetir y repetir, esperando que Raúl no le saliera con nada inesperado. Ella lo veía clarísimo y no concebía que Raúl lo viera de otra forma.

–No me la hagas más difícil, Raúl. Me tengo que ir, es en serio.

–No puede ser...

–Es.

–¿Adónde vas a estar?

–Nadie me va a ir a ver.

Raúl por no podía cuestionarla. Cualquier duda en su vida provenía de la desconfianza, algo que nunca había sentido hacia ella.

–No entiendo, Viviana.

–Yo tampoco.

–¿Qué voy a hacer sin vos?

–Salir adelante, Raúl.

–No lo puedo creer.

–No hay que creer, hay que hacer.

–¿Hacer qué?

–Seguir.

Y la última inspiración llegó sin que ella se lo propusiera: apoyó la mano sobre la de su esposo con suavidad, y agregó en un tono que parecía venir de otra parte:

–Déjame ir, Raúl.

El cuadro no desaparecería nunca de la memoria de él.

Los pies de Lorena descansan en el agua caliente mientras Doña Dola camina de un lado a otro de su casa, tomando ingredientes extraños y volcándolos en el fuentón. El olor a vinagre inunda el lugar.

—*Si estamos tristes, si andamos llorando en la Tierra, de verdad nuestro dolor pronto va a terminar. Si estamos tristes, si andamos llorando...* —recita Dola mientras anda.

—¿Qué me pasa? —Lorena rompe su silencio con tono asustado. Las lágrimas continúan cayendo, dejan surco húmedo como río de deshielo.

Doña Dola se frena de golpe. Recuerda lo más importante en todo proceso de sanación: acompañar. Hablar y escuchar. «Ya me parezco a un médico», piensa. Pasa la mano por el lazo rojo que rodea el cuello del Gauchito, apostado en su altar de la sala, y se sienta cerca de Lorena.

—M'hija, mire: se le metió la Nana en el cuerpo.

—¿Qué es la Nana?

—Le explico lo que yo sé, ¿me entiende? Esto me lo dijo mi madre, y a ella su madre y así: la Nana Llorona se alimenta de la tristeza de los que andamo' en la Tierra. Anda por ahí llorando penas que nosotros nos guardamo' o no lloramos bien —Dola puede ver que esta explicación no satisface—. Por eso anda mucho por estos barrios, ¿vio? Cuando rebalsa de miseria, se puede meté'n el cuerpo de alguien pa' llora'llo mejor. Esto no es por usted', m'hijita, no se asuste. E' por los que la rodean. ¿O le mostró algo la Nana?

Dola la mira fijo, y Lorena, como si hubiera estado esperando la pregunta, mueve la cabeza lento, de arriba a abajo.

—¿Qué viste? —Dola se pone de pie—. Espere, m'hija, que busco un cuaderno pa' anotar y le ponemo' la intención al Gaucho bueno.

La última parte de la frase se oye a la distancia, al igual que los pasos y los cajones que se abren y cierran, las puertas de algún mueble, los *dónde está, San Antonio y el acá está, ya sabía yo*.

—Yo sabía. A ver, cuentemé, m'hija —se vuelve a sentar, se acomoda unos anteojos chiquitos que apenas puede ubicar en la nariz algo sobreproporcionada—. ¿Qué le hizo ver esta Nana?

Lorena respira profundo. Habla en tono tranquilo, lo que desentona con el llanto que no cede:

—Es Tomás.

—El nene de Raúl.

—Está acostado, pero no es su habitación. Las sábanas son blancas, las paredes también. Hay mucha luz. Tiene los ojos cerrados. Se escuchan ruidos de máquinas y hay movimiento de gente alrededor. Creo... creo que tiene unas

vendas en el pecho, pero no se ven porque están abajo de las sábanas. Ay, Dola –la vuelve a mirar–, ¿le va a pasar algo?

Dola mueve la boca, gestualiza lo que escribe. Es decir, las palabras de Lorena se repiten tres veces en la sala.

–No sé, m'hija –desgaja la hoja del cuaderno–. Puede ser o no. La Nana a veces muestra cosas que significan otras.

–Es muy real, Dola –la expresión de Lorena ahora sí es de llanto.

–Eso, m'hija, lloreló. Llore todo. Usté' pasa mucho tiempo en la casa del Raúl y eso está bien, pero se llena de angustia vieja, ¿vio? En esa casa hay angustia de años.

Lorena asiente y lleva la vista al piso. Siente las lágrimas más suyas ahora. Dola se levanta, dobla la hoja en dos y la acomoda debajo de la estatua del Gauchito Gil.

–El Gaucho bueno se va a encargar, sea lo que sea, para bien de todos.

Se hace una señal de la cruz que termina con la mano en el pecho, la cabeza reclinada y un montón de palabras susurradas que nadie oye más que él.

La caja de libros se deposita frente a la biblioteca. Quien la entrega deja el lugar sin tocar la puerta. La donación anónima ya no sorprende a los profes, que descubren una nueva cada dos o tres meses al llegar los primeros chicos para las clases de apoyo.

Nacho intenta levantarla. Pide ayuda. Entre dos, la transportan hasta una mesa. Las palabras impresas en la caja hacen alusión a una carga frágil, a una posición correcta para ubicar la caja –una flecha define cuál es la base–, hablan de un fabricante, un lugar de origen y una invitación a reciclar el material que envolvió un contenido que está en otra parte. El milagro de otra de las “R”: la reutilización.

–Chiques, nos vamos a entretener un rato catalogando libros.

No hay respuesta, aun si Leo refriega sus manos con deleite: los libros que llegan en estas cajas suelen superar en calidad a los de las estanterías de su casa. No son los típicos diccionarios y enciclopedias viejas que envían alguna persona o escuela que está haciendo limpieza, renovando sus colecciones o

reemplazándolas por un acceso digital distribuido en la institución. La entrega tampoco incluirá las enésimas copias del Martín Fierro o Don Quijote: aquí hay literatura de la que se habla menos, una selección criteriosa de pasado y presente editorial. Leo agradece ser socio de esta biblioteca.

—¿Quién manda los libros? —pregunta una de las chicas, hojeando una novela en cuadritos, con dibujos que parecen infantiles pero no lo son tanto.

La pregunta se ha repetido con cada caja que llega, pero nadie tiene qué responder. El único que podría decir algo es Fernando, pero anda poco por la biblioteca, y nunca en un día cercano a las entregas. De todas maneras, quién sabe si revelaría la verdad, o lo que cree que sucede.

Fernando es el único profe “sobreviviente” de la vieja escuelita de los sábados que apareció a finales de los noventa, con el barrio recién formándose. La escuelita precedió la inauguración de la escuela oficial, y convivió con ella hasta que los profes anónimos gradualmente dejaron de ocupar el espacio. Cuando un proceso se acaba de esta manera –“cumple su ciclo”–, algunos se tientan con la palabra “fracaso”. Pero son quienes fueron parte los que pueden hacer el diagnóstico, y hay que escapar a las conclusiones precipitadas. La escuelita vio pasar entre sus alumnos a muchos chicos, hoy adultos, que no llegaron a pisar la escuela oficial. Fernando se acuerda bien del Curva. “Me gusta más Lengua”, se le oía decir. En realidad, le dolía más la cabeza al pensar una multiplicación que cuando un profe leía un cuento. La tercera o cuarta vez que lo dijo, Lito tenía preparado un libro para él. Lo había elegido especialmente. El chico a quien más tarde apodarían “el Curva” no vio venir que la búsqueda literaria de aquel profe lo llevaría de la mano a los lugares más particulares que visitaría en su vida. Pensar.

Sentir. Ser atravesado. Mirar las calles del barrio de una forma hoy, de otra mañana, tras leer *El juguete rabioso*, de Arlt, o *El extranjero*, de Camus. El chico resultó ser una esponja. Lito, ¿un irresponsable? ¿Qué significa guiar a alguien? El Curva creció haciendo preguntas que no podía compartir con nadie, que lo alejaban de las personas en su entorno.

La biblioteca ocupa el lugar de la vieja escuelita, y es un bastión, un refugio para los profes, poco justificable en el contexto. El Curva, en secreto, la había transformado en su templo personal, un templo que no visitaba pero que adoraba en silencio a la distancia.

—¿Tenés Me llamo Rojo, de Pa... muk?

—Sí —responde el profe que oficia de bibliotecario de turno, mirando de reojo a quien lo pide, que lee el título en un papel que lleva en la mano—. Llegó el mes pasado, sos el primero que lo busca.

—Lo llevo —y muestra su carnet de la biblioteca, aun si nadie recuerda haber visto antes a esta persona en la biblioteca.

Los auriculares con sonido de alta definición que alguien le había regalado –un primo, tía, algún familiar que no quería escuchar que ella prefería las cosas sencillas, alguien que estaba convencido de que todos optan por el objeto de lujo si pueden elegir– la envuelven, la hacen desaparecer. Al menos una vez a la semana, Ana empuja mesa y sillas del comedor, mide el rectángulo libre en la habitación, cierra los ojos y baila. Intenta el ritual de olvidar, de pensar en nada. Brazos extendidos, vueltas en estilo libre, deja salir de sí la imagen del barrio, de los chicos en el barrio, de la tierra en las calles. Intenta olvidar que hay un afuera y un adentro, y que ella está en el lado más fácil. Su imaginario no puede construir otro concepto: está convencida de que el barrio necesita de otros para ser, que los vecinos no pueden con su vida a menos que alguien se acerque desde afuera. Se equivoca. En este mismo momento, hay vecinos que ríen, que se reúnen, que abren sus puertas y reciben amigos, parientes; uno cumple años, el otro consiguió un terreno para el taller. Hay pavas calentándose, chicos en la plaza inventando nombres para su nueva mascota; hay

parejas de la mano, amores encerrados y un abrazo que anda por ahí. Hay una guitarra sonando. Es cierto: en el barrio la libertad está cercenada. La calma es opacada rápidamente por la necesidad. Ana no comprende aún que la realidad conjuga todas estas apreciaciones: el barrio no es reino de desesperanza, ni de esperanza, como sucede con cada porción de este mundo. Es difícil ecualizar todo esto interiormente, y no reducirlo en un “entonces todo está bien”. Dicen que hay sabios que lo logran: al resto, sólo nos queda chapotear en el agua.

Ana no oye el timbre –alguien pidiendo ropa–, tampoco siente las vibraciones del celular –Eduardo confirmando el encuentro, Gabriel pidiendo disculpas, Leo enviando las fotos de la última donación a la biblioteca–: Ana no está disponible por un rato.

La plaza es un remolino de gente yendo y viniendo a estas horas de la tarde. Las motos aturden la escena. Madres sentadas, chicos jugando en los juegos, pelotas levantando polvo con cada vuelo. Los grupos cerrados se esconden tras otro tipo de humareda en sectores implícitamente reservados para ellos.

Carla y Andrés se encuentran en una esquina y caminan hacia el taller donde trabaja Lucio. La conversación se deshace en conjeturas respecto a Márquez y la marcha del día siguiente. “Es un hijo de puta” se repite varias veces, o más bien cada dos o tres afirmaciones; la tranquilidad de coincidir a causa y contra el enemigo común. Es decir, no importa el monstruo o cualquier análisis al respecto – qué lo creó, qué genera, qué se puede hacer–: lo que se ansía es la coincidencia con otro y ahí descansar.

–¿Qué pasa que estás tanto con el celular? ¿De dónde sacaste crédito?

La expresión de Carla es de sorpresa, de *cómo me viste*, engañada por esa ilusión de creerse escondido cuando uno envía mensajes de texto a la vista de todos.

–Vane... –la atención en el celular entrecorta la expresión–, Vane me dio algo de plata. Y la estoy usando para tratar de conseguir más plata.

–¿Cómo es eso?

–Nada, dejémoslo ahí.

Carla levanta la cabeza del celular y lo guarda en el bolsillo, señal de que no hay por qué seguir discutiendo. Mira recto hacia adelante, evita la mirada de Andrés, enfatizando que, efectivamente, no hay nada de qué hablar. Andrés lo acepta, aun si no le gusta lo que escuchó.

Las motos alineadas como en exhibición de estropicios. Lucio se asoma desde detrás de una, la cara una mezcla de grasa, transpiración y polvo.

–¡Tomá, mierda! –patea el caño de escape con cariño–. ¡Vamos, carajo!

La colección de tuercas, tornillos y pequeñas herramientas engrasadas que tiene en la mano hacen juego con la cara. Las encierra en el puño, levanta hasta el oído y agita al ritmo de una cumbia que llega desde otra parte. El cuerpo acompaña.

–Cumbia del orto –dice en voz baja, dirigiéndose a nadie. Pero sonríe.

–¡Luccho!

Lucio levanta la mano libre, señala al cielo. De espaldas reconoce la voz de Andrés.

–¡Bienvenido a la gloria, viejo!

–Estás en tu salsa –le dice Andrés cuando se saludan.

–Dos días trabajando en esa zanellita. Gané.

La sonrisa es amplia y contagia a los recién llegados. Luego, el bostezo.

–Ahh... la puta –exhala.

–¿Cansado? –pregunta Carla.

–Como perro viejo. No se me pasa.

Lucio los guía al interior del taller, trapo en mano, limpiando o desparramando la grasa que lo enchastra. El Grúa los saluda con una mano. Ramírez, el jefe, no está a la vista. La canción de Charly García –Yendo de la cama al living– los recibe a medio andar. Lucio se apoya en el capó de un auto gris abollado.

–Eso es música, sí sí –agacha la cabeza en un gesto de atención reverente.

Cuando empieza *Chipi Chipi*, Carla y Andrés se miran. Vestigios del pasado todavía los sacuden, aun si levemente. Andrés dibuja una sonrisa nostálgica: la imagen de esa caminata juntos por las vías, auriculares compartidos, cielo y vida despejados, es de sus recuerdos preferidos.

–Ya lo saco –se apura a decir Lucio, dando un paso hacia el celular que está enchufado a los parlantes.

–¿Quién está en el cuartito?

Carla señala a la esquina, donde se levantan dos paredes de cemento desprolijo que se unen a las paredes altas del frente y el costado del taller, con ventana y puerta desvencijada que dan hacia adentro y un techo de chapa negra. Se ve la cabeza de alguien a través del vidrio.

–Laura –Lucio responde mientras selecciona la canción para continuar. Se decide por algo de Manal. El Grúa grita *¡ésaa!* sin mirarlos. Hace lo mismo al inicio de cualquier tema–. La hija de Ramírez.

Carla abre la boca para agregar algo, pero se queda a mitad de camino.

—Mhm —asiente Lucio, cortito, con los ojos en Carla y moviendo apenas la cabeza.

Siguiendo con su elasticidad multitemática, Carla ladea la cabeza y acomoda su expresión de reproche:

—¿Así que está bueno que tenga la vida llena de problemas? ¿Qué onda, Lucho?

—¿Qué hiciste, amigo? —Lucio mira a Andrés, que levanta los hombros con una expresión inocente.

—Lo que pude.

Lucio se ríe.

—Nada, Carla, no importa. Es una pavada.

—Estoy podrida de los problemas, ¿entendés? ¿Tengo que estar contenta acaso?

—Yo no dije eso, Carla, ¿qué te pensás...?

—Que cuando quieren ustedes dos son unos imbéciles.

—¿...que yo no tengo problemas? —termina Lucio con la voz apagada, los ojos sorprendidos por el reclamo.

—Pará, Car —dice Andrés, manos en los bolsillos, la vista afuera del taller de portón abierto. El sol pega fuerte, mimetiza las piedritas con la tierra de la calle y acentúa la aridez del conjunto.

—¿Por qué no paran ustedes? ¿Cómo pueden estar hablando así con las cosas como están? ¿No ven que se cae todo a pedazos? —y cambia el tono una vez más—: Ay sí, re-lindo tener problemas, festejemos, bravo bravo.

Silencio. Ojos húmedos en Carla.

—Perdoná —ofrece Lucio.

La cara de Andrés va de la sorpresa a un gesto neutro en una décima de segundo, cuando entiende que puede generar más problemas si no se controla.

Carla le da la mano a Lucio.

—En serio, che, no hay mala intención. No sabés lo que es el insomnio, cómo te maquina la cabeza a la noche.

Carla da un pequeño salto y lo abraza. Lucio lo devuelve con cuidado, no quiere fastidiar a Andrés con demasiada expresión de afecto.

—¿Qué onda esas bolsas de escombros? —Andrés señala a la vereda, busca cambiar de tema otra vez—. Están ahí hace una banda.

—Problemas —se ríe Lucio, se ataja del golpe de Carla, que larga un *idiota* apenas perceptible—. Las llenamos hasta el tope y ahora no las podemos mover de ahí... ¡ni con una grúa! —levanta la voz para que se escuche desde el otro lado del taller.

—¿Por qué no te vas a cagar? —se oye desde abajo de un auto.

—¿Por qué no pasás los escombros a bolsas más chicas y las vas llevando al basural? —razona Andrés.

—Eu, pará... No es mala —La expresión de Lucio es de verdad revelada.

—Son más viajes, pero te sacás los escombros de encima.

—Me vas a tener que dar una mano.

Lucio pasa el brazo sobre los hombros del amigo, invitándolo a que lo siga, y camina hasta el portón. Carla, con la vista en el celular, los sigue.

—Aquantá que busco unas bolsas en el cuartito.

Da media vuelta, camina dos pasos y la explosión de los balazos le hace encoger apenas los hombros, los vidrios rotos le hacen cubrir la cabeza, el grito de Andrés le hace perder el equilibrio. El bramido de los caños de escape se mezcla con gritos agudos de festejo.

—‘reputamadre —vomita Lucio temblando.

—¡Lucho! ¡Lucho! —las voces se sienten lejanas.

Andrés se tira al suelo donde está Lucio caído boca abajo. Lucio no recuerda haber llegado hasta ahí. Carla está congelada dos pasos atrás, los ojos abiertos como si estuviera viendo a la muerte misma. No erra.

—Lucho, ¡¿estás bien?! La concha de su madre —Andrés siente los músculos tiesos del amigo cuando le agarra el brazo y lo sacude—. ¡La concha de tu madre, Lucio!

—¡No tiene sangre! —grita Carla con una voz que no es suya.

—Estoy bien, hermano —la voz es apenas audible—. Pasó cerca, la re puta madre. La re putísima madre que me parió, ¿quiénes eran?

—No los vimos. Tenían casco y las motos no son del barrio.

—La concha de mi vieja...

Lucio se levanta, lleva las manos a la cara, recibe el llanto imprevisto que salpica todo. Las piernas se le doblan en dos, Andrés lo quiere guiar hasta la pared del cuartito.

—Pará, pará, acá no que está lleno de vidrios.

La mole del Grúa entra en acción, como si antes hubiera desaparecido del lugar. Dice *en el cuartito* y abre la puerta con la agilidad de otra persona, de una

persona en otro cuerpo. Entonces el aullido emerge de Carla como si buscara astillar los vidrios ya quebrados.

—¿Qué?

Andrés mueve la cabeza como un latigazo en dirección al cuarto y ve a Laura, la hija de Ramírez, caída en el piso, papeles desparramados alrededor, un brazo contorsionado de forma extraña, vertical hacia arriba, el lápiz todavía en equilibrio sostenido por la mano como garra.

Es usual encontrar a Fernando hablando con Doña Dola. Fernando de pie, manos en los bolsillos de la campera que usa sin importar el clima –campera color rojo gastado, mil bolsillos, velcro, doble cierre–, Doña Dola sentada en la puerta de su casa, mirada perdida en algún punto lejos, mano sobre el charango cubierto de polvo, alpagartas amarronadas, campera azul tejida por ella. Las conversaciones abordan temas del barrio, vecinos, necesidades de los últimos días. Nadie más escucha estos intercambios: la pequeña cofradía no es permeable a otras voces.

–El chico de Márquez, el Nahuel ése, se tomó muy mal que lo sacastes ayer de la pelea.

–Sí, Dola, ¿pero qué podía hacer? Tenía diez años el otro pibe.

–Sí, pero lo sacastes a la fuerza. Y usté' sabe que no puede forcejea'sí con un pibe. No sos la autoridá'cá.

–Fue un impulso.

–Como el d'él.

—Ni lo pensé —Fernando mueve los bolsillos mientras habla; es decir, las manos que están dentro de los bolsillos—. Tuve el reflejo de pararlo y punto.

—Yo le entiendo, Fernando, pero el chico no. Está tomando la pastilla esa que anda dando vuelta' entre los pibes de doce, trece año' —las pausas son largas entre frase y frase—. Una pastillita rosa, así chiquitita como aspirenetas, o más chiquita. A usted' o a mí no le hacen nada, pero al pibe lo deja chinguea'o, lo pierde.

—¿Son cosas que mueve el Curva?

—No, no. Eso es lo raro —Dola se apoya sobre el apoyabrazos de la silla, se acerca a Fernando y baja la voz—: vienen del centro.

—Me parecía que no podía ser el Curva.

—Yo preferiría, ¿vio?, que fueran d'él. Algo se pone raro en el aire. Hay mucho tiro. Gente del centro metiéndose en el barrio no es cosa buena.

—¿Sabe quiénes son?

Dola niega con la cabeza.

—¿Y lo de Márquez padre esta mañana?

—Eso... Puro teatro, Fernando. A Márquez no lo echaron de ninguna obra. No entiendo qué es eso, le digo la verdad.

—Se metió gente del sindicato. Algo pasa.

—¿Pero cómo se enteraron de la marcha los del sindicato? ¿Y qué le' importa lo que pasa en este barrio perdido? ¿Por qué no nos dejan en paz, vio, si con esta poquita paz de pelearnos entre nosotro' ya nos basta?

—Los chicos de secundaria mandaron cartas a la municipalidad. Alguien se enteró. No sé qué querrán, es raro.

—No me parece raro. Ya'esta altura nada es raro, vio.

–Los políticos a veces mueven piezas porque sí, para sentir que están jugando. Voy a intentar hablar con Márquez.

–Yo no me metería, Fernando. Ni con el padre ni con el hijo, el Nahuel ése.

–Voy a entrar en puntas de pie, le voy a ofrecer otro trabajo. Dijo que lo echaron, así que me va a tener que seguir la conversación.

–Hay cosas más importantes que hacer.

–Ya sé, Dola. Paso rápido y después voy a lo de Chela. Quedamos en llevar a Marcelito al dispensario. No sé cómo la convenciste.

Dola mira a la nada y mueve la cabeza de arriba a abajo, levanta el charango, cierra la conversación. Fernando espera los primeros acordes, tararea algo y, a paso lento, se aleja en dirección a la casa de los Márquez.

Gabriel observa el recorrido de la arañita sobre la mesa de plástico que es publicidad de una marca de cerveza. Es fácil deducir que los bichos de ese tamaño no detectan los cambios de color en la superficie; de ser esta araña, Gabriel piensa, se mantendría sobre el color blanco, evitaría pisar las superficies doradas o verdes que hacen al logo.

—Gabi.

—Peño.

Los amigos se saludan. La conversación avanza entre descripciones del trabajo en el barrio y otros temas, pero más que nada en lo primero.

—Están haciendo las cosas bien —sostiene Peño—: no califiques las decisiones tomadas; lo importante es la forma en que las están tomando. Centrate en eso en el análisis.

—Ya sé, ya sé. Pasan tantas cosas cada día que se hace difícil sostener una reflexión de la práctica. Las asambleas se ocupan cada vez más de cosas

prácticas, la urgencia desborda, no tenemos espacios de estudio o discusiones más profundas.

—El viejo dicho de “lo urgente no deja tiempo para lo importante”.

Gabriel se detiene en la frase un momento:

—Es que acá lo urgente es lo importante.

—Entonces van bien —sigue Peño—, están haciendo bien. Hay momentos y momentos en el proceso: hay etapas donde hacés, hacés y hacés, otras donde hacés y pensás, otras donde se para todo y sólo pensás. Ninguna es mejor que la otra.

—No sé si lo veo.

La mirada externa puede ayudar a recuperar perspectiva. Pero uno tiene que saber tomar distancia, de lo contrario el análisis puede resultar tan inútil como poner una lupa demasiado cerca de la hoja: las letras apenas si se curvan por el lente y permanecen del mismo tamaño.

—Que no podés definir que una etapa sea mejor que otra: la realidad en la que trabajás define cuál es la forma de trabajo. Por ejemplo: madre y padre acaban de tener un bebé. Durante los primeros meses no van a tener mucho tiempo para reflexionar sobre lo que están haciendo: el cuidado del bebé presenta cosas nuevas cada día, cada minuto. Van a charlar, sí, un rato cada tanto. Y mal dormidos. Pero en el medio, la cantidad de decisiones a tomar mientras ella no está en casa, o él no está en casa; la cantidad de cosas que una no llega a contarle al otro, la cantidad de contradicciones que tienen al andar es grande.

¿Son malos padres? No, hay que sacar el “malos”. *Son padres*: eso es ser padres. Cualquiera que mire de afuera, o elles mismos de a ratos, pueden reflexionar y

decir: no son o no somos buenos padres porque tal o cual cosa. Es decir, contrastan acciones y decisiones con una definición idealizada de madres o padres que no existe, que vive en el mundo de las ideas. No quiero rebatir que tenemos teorías que ayuden a tomar mejores decisiones en algunos casos; lo único que quiero rebatir es la forma de análisis de los casos. Si alguien ve a la madre y al padre en los primeros meses y dice “qué carajo están haciendo” con ese modo categórico que tiene la gente para evaluar las cosas, esa persona se equivoca: no sabe ver que están siendo padres y punto, están dando lo mejor de sí, no hay tiempo para sentarse a evaluar, hay que seguir. Ésa es la manera de trabajar en el barrio. O en cualquier parte, pero en especial en un barrio. Como madres y padres, como una familia: si el barrio pide más acción, se acciona. Habrá tiempo para pensar en otro momento. No podés andar años y años sin diagnóstico y reflexión: es verdad. Pero si en el momento de accionar, parás a reflexionar, el bebé se come una piedra, se da contra la pared, se muere de frío porque vos te quedaste mirando el techo, pensando si estás haciendo bien, mal o más o menos. O si en verdad querías ser padre, que ése es otro tema. Vos querés trabajar ahí, ¿no?

—Obvio, Peño.

—Entonces no hay nada que cuestionar. En vez de reflexiones, a los bifes. Contame de la marcha de mañana y veo si te puedo hacer el contacto con el Canario.

Hay conversaciones que son sacudones.

Fernando es visto con malos ojos por algunos profes de la escuela, que no conciben su forma de moverse en el barrio. Desde que se jubiló, lo único que hace es pasar el día yendo de casa en casa, toma mate con los vecinos, conversa con Doña Dola, lleva y trae gente en el auto. Vive, un poco, en el barrio. Evita acercarse a la escuela, a los profes, que quieren articular acciones con él. No entienden que Fernando ya no quiere sentarse a pensar la realidad barrial: se ha hecho parte de ella.

La caseta de los Márquez está a dos cuadras de la escuela, donde el terreno de las vías impone un límite irregular al crecimiento del barrio. Fernando camina tarareando alguna canción de León Gieco, sonriendo a los vecinos que cruza al andar. No piensa cómo iniciará la conversación con el tal vez futuro sindicalista, más bien se distrae viendo a las chiquitas jugar: Nara y su hermana menor, Cielo, se detienen al verlo, corren hacia él y saltan. Se sientan una en el pie derecho, la otra en el izquierdo del viejo profesor, se abrazan a sus piernas. Los cuellos a

noventa grados, las caras de felicidad muda, bocas abiertas mientras esperan la reacción del señor gigante.

—Caminá —exige Nara, con un tono de voz más finito de lo que el corazón puede soportar.

Feliz de conceder el deseo, Fernando levanta una pierna despacio, luego la otra. Esconde la mueca de esfuerzo con risas y decires.

—¡Qué grandes que están, chicas!

La caminata es lenta y la velocidad decae todavía más a los pocos metros. Las chicas entienden y se bajan en seguida del transporte improvisado. Nadie deja de sonreír. Cielo lo toma de la mano.

—'ení, ¡'ení! —dice, insiste.

Nara se queda atrás, los deja ir. Cielo arrastra a Fernando hacia la fila de árboles que sobreviven a pocos metros de las vías. Algunos llaman “el bosquecito” a este pequeño rejunte verde viejo.

—¿Acá está tu cuevita? —pregunta.

—Cue... 'ita.

El pequeño palacio deja al hombre sin palabras. Una cocinita con puerta averiada, una muñeca sin ropa y un solo brazo, un oso de peluche viejo con los pelos apelmazados, una taza, latas rescatadas de la basura, dos troncos que funcionan como mesa y silla.

—Se'tate.

—Claro, princesa.

La copa de un árbol caído envuelve la escena creando el refugio ideal para jugar.

—Esta guarida es súper-secreta, ¿no?

—Gua... 'ida.

Cielo no tiene todavía tres años. La recolección de objetos, la confección del lugar, sin embargo, parecen obra suya y de nadie más. Se mueve de un lado a otro con dulzura, acomoda juguetes, da sentido al cuadro creado. Los rulos en su cabeza chisporrotean con cada paso.

—¿Es tu cumpleaños? —pregunta Fernando.

La chica agita la cabeza de arriba a abajo.

—Brindemos. La torta está muy rica.

Dos tazas invisibles en alto, el chinchín resuena en la imaginación.

—¿Pero no era sordomuda la hija de Ramírez?

—Por eso no se entiende.

—La bala no le pasó ni cerca.

—Los vidrios no la tocaron.

—No hay sangre ni herida.

—¿Habrá visto la bala?

—Se incrustó seca en la pared, bastante lejos de ella.

—Vibraciones.

—Eso sintió, seguro.

—También el viento, por la ventana rota.

—Casi no había viento.

—¿Miedo?

—Le transmitimos nosotros desde afuera.

—¿Decís que sintió *nuestro* miedo?

–Si sintió el miedo, también sintió la euforia de los que dispararon.

–Estaban medio lejos.

–¿Qué tiene que ver?

–Claro, ahora somos todos especialistas de ondas místicas.

–Los dibujos son cruentos.

–Eso es porque los ves ahora. Son bastante normales.

–¿Serán premonitorios?

–¿Pero nunca vieron dibujos de chicos del barrio? Largan toda la angustia que tragan en las casas.

–Para mí algo de premonición hay.

–La chica era un poco especial.

–Eso dicen de todos los discapacitados.

–Ay, nene, ¿cómo vas a decir eso?

–Eu, pará... ¿qué pegás, guacha?

–¿Qué onda que quedó toda agarrotada en el piso?

–Parecía un ataque epiléptico.

–¿Había tenido ataques antes?

–Laura tenía de todo. El padre no daba más.

–Cómo lloraba el pobre tipo...

–No entiendo quiénes eran esos flacos.

–El primer tiro pegó en una moto de gente del Curva.

–¿Vos decís que es la banda del centro?

–Eso se rumorea.

–Si empieza así...

–En una semana no vamos a poder caminar por el barrio.

–Por ahí eran un par de flacos fumados.

–O minas, ¿eh? ¿O la igualdad feminista no funciona ahí?

–¿Podés hacer algún comentario útil, Andrés?

–¿Vos, Lucio, no tenés un par de enemigos por acá?

–No estoy para jodas, hermano.

–El único que puede joder después de lo que pasó es este boludo.

–¿Podés dejar de pegarme en el brazo?

–Te lo merecés.

–Aflojen los dos.

–Yo no hice nada.

–No empecemos como nenes chiquitos.

–Bueno, papá Lucio, me callo.

–¿Hace un rato sentí que me moría y ahora me relajás? ¿En serio, hermano?

Nunca temblé así. Pensé que iba a seguir temblando para siempre.

Con el cielo dudando entre celestes, oscuros y rosados, los tres caminan en cualquier dirección, atontados por la falta de sorpresa en el resto del barrio, por la banalidad de un contexto acostumbrado a los ruidos de la vida.

—Me voy a tener que ir, Cielo —dice Fernando después de un rato. Muestra algo de esfuerzo al levantarse de su tronco.

—‘ení.

La chica lo toma del brazo otra vez. Se mueve ágil, como quien anda todos los días de secreto en secreto. Fernando se agacha para esquivar las ramas bajas y salir del escondite. Emergen al costado de las vías, donde el cielo, sin estorbo de árboles o edificaciones, se apropiá del campo visual. El sol, mientras baja, lastima los ojos. Brazo en alto para cubrirse, el hombre se siente agitado mientras Cielo apura la marcha.

—¿Adónde vamos?

El grito agudo como respuesta. Cielo suelta la mano y corre bajando de las vías. Fernando demora en entender por qué escapa.

—¡Nahuel! —saluda con una sonrisa a medias al verlo caminando hacia él.

El hermano de Cielo, rodeado como está de otros chicos de su edad, lo mira atento, ojos rojos entrecerrados. La mano detrás de la espalda esconde algo. La remera desgajada permite ver marcas en la piel, rasguños o algo peor.

—¿Qué pasa, Nahuel? ¿Qué están haciendo acá?

—¡Lo iba a cagar a piñas, profesor! ¡¿Por qué se metió?! —la voz es un rugido adolescente.

—No importa, Nahuel, eso ya pasó.

—¡Era cosa entre él y yo! ¡¿Quién lo llamó a usted?!

La voz de Nahuel se siente certera. Como si repitiera líneas que había practicado, o más bien que había escuchado muchas veces y guardaba en la memoria. No parecían ser suyas, aun si el esfuerzo para apropiárselas fuera grande. Se acerca con cada frase al profesor.

—Nahuel, te pido disculpas. A veces la gente grande se mete donde no la llaman. Sabés que yo pienso que la violencia no resuelve nada.

Otro paso de Omar y Fernando no encuentra buena manera de manejar la situación. El corazón late acelerado, reclamo de los esfuerzos que no debía hacer a su edad. Algo le impide moverse; depende sólo de lo que tenga para decir. Resolver conflictos hablando es una de sus mejores habilidades: sólo hay que respirar y pronunciar las palabras justas. Las siente en la punta de la lengua, puede solucionar el problema, aun si percibe en los ojos de Nahuel una resolución que no logra conciliar, una posibilidad que rechaza con toda su mente. “No, no puede hacer eso, no puede”, piensa, sin prestar atención al cuerpo que tiembla, que grita *corré, salí de acá*.

Tomás se sienta en la cama. Le gusta irse a dormir temprano, tener la habitación para él antes de que lleguen sus hermanos. Necesita silencio para hablar con su mamá; no puede hacerlo si hay alguien cerca.

—Má —dice bajito.

La ve a su lado, sentada en la cama sin hundir el colchón. “No es que flote: es que es muy liviana”, diría Tomás si le preguntasen.

—¿Cuándo volvés?

La imagen le sonríe. No hay respuesta. Entonces empieza a hablar más rápido:

—Te hice un dibujo —busca en la mochila abierta—; yo e'toy bien, hice un cartel para mañana, vamos a *portestar* con los chicos, mamá. Hice la “A” de A... —dibuja la letra en el aire— gua. Agua. Vamo' a pedir más agua, mamá. ¿Vos venís? Los chico' grandes me quieren pintar la cara, mamá. Yo no quiero —cruza los brazos—. Le dije a 'milio y no hizo nada. Pero me dijo que va'venir. Lucio no sé. Papá no viene. Lorena, la

novia, viene a cocinar, lava los platos. Hace mucho ruido. Y me quiere abrazar, pero yo no quiero. ¿Por qué tiene novia papá? ¿Cuándo vas a volver, mamá?

Tomás apoya el dibujo en la cama. Unas gotas caen sobre las pinceladas rojas y azules.

—¡¿Dónde están mis hijos?!

—¡Andate a la mierda, Márquez!

—¡¿Dónde están mis hijos, mierda?!

—¡¿Qué van a hacer tus hijos acá si en esta casa no hay nada, pedazo de hijo de puta?!

La cara de él inyectada en sangre. La cara de ella inyectada en sangre. Una jeringa en el suelo. Ella acariciando el pliegue del brazo. La mano y todo el peso de Márquez queriendo aplastar una silla.

—No aparecés en tres días y ahora querés la casa ordenadita y a la familia esperándote.

—Te dejé plata para la comida, no para que estés puesta todo el día, falopera de mierda!

—Tomá tu plata, pelotudo, acá tenés la plata —los billetes hechos un bollo vuelan, se separan en el aire y se pierden de vista entre el polvo, la tierra, la basura—. No gasté tu plata, Márquez. ¿Qué te pensás, que sos el único que me provee?

La voz de humo, el tono sobrador, inquietan más que cualquier alarido. Márquez levanta la silla con un movimiento ágil.

—Otra vez anduviste del italiano, ¿eh?

—Acordate que no me podés tocar, papito. Sabés que hago una llamada y te vienen a buscar. Las cosas cambian, lo sabés bien.

Ese tono. Márquez larga la silla. El filo de una pata le pega en la pierna, le abre un tajo en la piel debajo del pantalón. Apenas si lo siente. La adrenalina lo anestesia. Da dos pasos adelante, pero ella no se inquieta, sólo desbloquea el celular.

—¿Dónde está Nahuel? —los dientes de Márquez no se separan mientras habla—. ¿Dónde están el Lija, Nara, Cielo? Contestame, perra.

El celular entre ella y Márquez. El dedo que presiona el ícono del teléfono y el blanco de la pantalla que ilumina levemente la cara, el cuello, parte del pecho de la madre de los hijos de Márquez.

—Quietito te quedás, ¿eh? —dice ella.

Pero la mano de él ya está sobre el aparato tapando la luz salvadora y aprieta fuerte, más fuerte. Se escuchan el primer *crack*, el segundo *crack*, el tercero. El brazo de ella tira, la mano zafa, el celular queda ahí. Márquez no afloja mientras, lento, se acerca más y más a la mujer.

Emilio no dice mucho en su casa. Ni en ninguna parte. No lo hace porque no tiene claro qué decir. La gente habla a su alrededor, pero sin dirigirse a él, excepto Tomás. Desde que dejó la escuela, a Emilio se le cayó un poco la vida: todos los días vuelve a casa tarde, pasada la hora de la cena.

—Te dejamos algo en la olla —dice Lorena.

Emilio repite la seña de siempre, tratando de ser cordial al rechazar la oferta. Prefiere no comer para no ser una carga. Mira el televisor, oye la voz del locutor sin percibir lo que anuncia. El volumen está demasiado alto, el aparato es demasiado grande para esa casa donde apenas entran los cinco. Emilio no piensa en esto: sólo espera una señal de reconocimiento, de *ah estás ahí* por parte del padre. Espera un reclamo por su día afuera de la casa, por su vida afuera de la escuela, por todo lo que está haciendo mal. Está cansado de simularlo en su cabeza. Pero Raúl tiene la vista clavada en el aparato donde, en su imaginario, se proyecta la imagen vívida de su esposa, el amor de su vida, y sigue levantando el

volumen con la esperanza de tapar toda la realidad con un movimiento de control remoto.

Lucio está sentado al lado del padre.

–Pará, pará ahí –hace un ademán para que detenga el *zapping*–, ¡lo agarraron al Lija!

La pantalla muestra la filmación casera de una moto subiendo a la vereda, en alguna parte de la ciudad, el forcejeo para robar una cartera, la dueña perdiendo el equilibrio. La señora –“Jubilada termina en el piso tras agresión de motochorro”, titula el noticiero en mayúsculas– grita desde el suelo. Vecinos se acercan, la ayudan a incorporarse. Por alguna razón, la filmación hace foco en ella y no en quien escapa. Un chico de doce o trece años aparece en primera plana desde abajo de la toma, bloquea la escena y grita:

–¡Vamos todavía, vieja del ...! ¡Te lo merecés! –el insulto es inaudible por un pitido agudo que agrega la producción del canal.

–¡Déjenla en el suelo! –grita alguien fuera de cámara.

–¿Cómo sabés que es el Lija? –pregunta Emilio, parado en la esquina de la sala.

–Por la moto –aclara Lucio. Tiene una cuchara en la mano. La agarra con el puño cerrado, algo que los hermanos intentaron corregirle toda la vida, y come directo desde la olla que apoyó sobre la mesa–: y porque después lo agarraron y lo filmaron en la comisaría.

–Que no los vea yo en la tele haciendo algo así... ¡acá no vuelven!

La voz del padre los toma por sorpresa. Habla en plural, dirigiéndose a todos y a nadie en la casa, como las pocas veces que abre la boca.

—Amor, no te escandalices —se oye a Lorena, otra sorpresa—: si estos chicos son más buenos...

Lorena les sonríe. Ellos la miran sin responder. Lorena no tenía hijos, una rareza en el barrio para alguien de su edad, y tampoco había construido relación alguna con los tres que vivían en esta casa.

—¿Dónde está Tomás? —pregunta con voz dulce.

Emilio la mira descreído. Espera a que Lucio responda. “Está siempre en el mismo lugar, ¿adónde vivís?”, piensa.

—En la pieza —dice Lucio con la boca llena.

—Fabricio Eric Márquez —se oye desde el televisor— permanece en la comisaría decimoprimerá. Suma cuatro causas como ésta: podrían ser seis meses de detención.

—Sale mañana —afirma Lucio—. Aunque por cómo está el padre en estos días, mejor que ni aparezca. El escándalo de hoy en la escuela llegó hasta el taller.

¿Vos estabas en la plaza?

—No —miente Emilio. Lo cierto es que no se acuerda bien del día.

Capsulitas de luz anaranjada salpican el techo de la habitación de Eduardo. Ana no duerme. Con los ojos bien abiertos, repasa lo que vivió en el día: los chicos, la feria, las decisiones tomadas, las batallas perdidas. El esfuerzo que implica el trabajo, el desgaste cuando las cosas no salen como uno espera. Se pregunta qué está haciendo en la escuela, cuál es su intención, por qué quiere volver al barrio cada día. Mide el impacto de sus acciones, el tiempo que lleva cambiar las cosas. La reflexión pierde foco y mira al mundo, a la sociedad quebrada, a lo minúsculo de una batalla en un barrio perdido en el medio (o más bien a un costado) de la nada. Piensa en todas las cosas que están mal y lo imposible de llevarlas a un lugar mejor. “¿Qué y para qué?”, se pregunta. “Esos que te llaman y a los que podés responder”, supo contestarse alguna vez: “esos que, llamándote, responden tu grito interior, completan lo que está incompleto adentro tuyos”. Hoy le cuesta reencontrarse con esta conclusión propia que necesita para seguir andando. El problema es que estas definiciones fundamentales están escritas en código en la “piedra de Rosetta” de nuestro interior, esa piedra que,

regularmente, hay que volver a rastrear y redescifrar; el mecanismo para hacerlo sufre transformaciones diarias y no es inmune a estímulos exteriores –esas discusiones frías donde las vidas de tantas personas se reducen a promedios, índices, parámetros; esos análisis generales que acentúan siempre las mismas cosas negativas; ese polvo que se mete adentro del dobladillo de la realidad–, que nos hacen tambalear toda la piedra-fundamento, mirarla como antropólogos de otro planeta, como si nunca la hubiéramos visto antes.

–¿Qué pensás?

La voz de Eduardo, serena, busca traer a la chica de vuelta a su lado, si es que el ensayo físico compartido la retuvo allí en algún momento.

–Nada –responde ella. Quiere sonar verosímil, aun si la respuesta es una paradoja en sí misma. Espera que el otro entienda y no repregunte. Eduardo lo hace, sabe cuál es su lugar, la acaricia y vuelve a dormirse.

Ana busca a tientas el celular. La luz la encandila. Explora conversaciones, mueve la pantalla hacia arriba y hacia abajo con movimientos eléctricos. No hay mensajes nuevos. Entra a la red social. Fotos de amigos, de desconocidos: “historias de vidas normales”, dice en voz baja. Piensa en Gabriel, en las vacaciones. Abre la galería de fotos, busca las de enero, se mira sonriente, abrazada a él. ¿Por qué sacaron fotos de algo que iba a terminar? Esas sonrisas. Se pregunta si habrá otras vacaciones. Piensa que es la primera noche que pasa en casa de Eduardo. No sabe si quiere estar ahí: el día la empujó y el cuerpo se movió solo.

“¿Qué pensás?”. La pregunta reaparece en su cabeza. Se concentra en el anaranjado del techo, en los haces de luz naranja que traspasan las ranuras de la persiana.

—No, sí, pensaba que... —intenta en voz alta.

Pero no puede.

Andar consciente cuando se sale de gira por el barrio es un error. No es merecido, no debería pasar, es mejor quedarse en casa. No hay que conocer lo que sucede en estos lugares de fiesta nocturna; hay que andarlos como se hace andar a los prisioneros de ojos vendados para que no reconozcan el camino. Emilio “está seco”: de plata y, por ende, de alcohol y lo demás. No quiere ayuda y entonces elige *estar ahí*, en estado de plena conciencia. Se mueve como atado por una soga invisible al grupo. Mantiene la vista en el suelo, los oídos abiertos: escuchar a sus amigos lo distrae, el ruido de fondo –mezcla de música, gritos, risas agudas– lo aliena.

–Va a ser este año, lo dice el chamán.

–Los seres luminosos se van a conectar con nosotros.

–¿Acá?

–¿En este barrio?

–No tiene nada que ver con el espacio *físico* –quien habla enfatiza la última palabra, usa las dos manos abiertas, palmas hacia abajo, y hace un movimiento

vertical mínimo para graficar el mundo físico—. Los que estén preparados van a recibir el mensaje, no importa dónde vivan.

—Está escrito.

—Se está escribiendo, hermano —corrije otro—: no hay nada previsto de antemano.

—Qué flash, chabón —los dos se saludan, entrelazan las manos, chocan los hombros.

El vaso en el suelo aparece como un intruso en medio de la pista, a centímetros del grupo, como si se hubiera teletransportado desde un planeta ordenado y pulcro: está a medio llenar, pero no hay rastros ni gotas entre el líquido y el borde superior, como si nadie hubiera tomado el contenido. Tampoco se ven marcas de dedos en los costados, como si nadie lo hubiera sostenido antes. Emilio lo estudia desde hace rato.

—No dice nada, este flaco no dice nada, man —alguien lo zamarrea, lo intenta sacar de su ensueño—. ¿Estás despierto, chabón?

—Está *muuy* despierto, eso es lo que pasa. ¡Tomate algo!

Emilio sonríe, emite un *jeje* forzado y espera que la atención pase a otra cosa, la única estrategia de interacción que tiene en estos días. Piensa en el vaso: levantarla y simular que *para algo* está ahí. Sabe que en un momento nadie lo estará mirando.

La secuencia es rápida, y más tarde él relacionará su reacción con el estado de sobriedad: al agacharse por el vaso, alguien cae, Emilio da media vuelta —en realidad, un cuarto de vuelta hacia la izquierda; se mueve sobre la punta de los pies, girando sobre sí mismo manteniendo perfecto equilibrio— y recibe la cabeza que se dirige directo al suelo. Su movimiento es ágil y muy pocos lo notan. La piel

transpirada, los puntos capilares de la cabeza rapada pinchan las manos, los ojos se encuentran. “¿Quién carajo es este flaco?”, el pensamiento que aparece y desaparece en la mente.

De haber podido pensar un segundo, Emilio hubiera entendido que esa cabeza tenía que llegar a destino, tal vez estallar contra el suelo. La caída no había sido un accidente, sino un evento más en la serie pendular de venganzas entre barras –la del Curva y la del centro–, un asunto en el cual Emilio no tiene ningún papel. Hasta ahora. El cráneo en sus manos, como toque conjurado, lo incorpora a una dinámica que improablemente lo lleve a buen lugar. Si esto Emilio no lo comprendió al entrar en contacto con la cabeza caída, lo hizo en el instante en que levantó la suya y se encontró con los ojos del agresor –cuchillo en mano, rápidamente oculto–, quien registró las facciones de Emilio como incorporándolas a una base de datos de potenciales enemigos o futuras víctimas.

Emilio apoya con cuidado la cabeza en el suelo, percibe el aire en expansión a su alrededor mientras el público se ovala para formar una ronda, y desaparece de escena.

Sentada en una piedra, manos en las rodillas, sin prestar atención al correr del agua por la zanja, Nara da la espalda a su casa. El aire está muerto. Se han terminado los gritos de los padres, los ruidos fuertes, sus lágrimas. Se ven los rastros de las lágrimas. Se las refregó, las mezcló con tierra y se olvidó, aunque el olvido es débil porque deja rastros en partes del cuerpo que Nara no puede determinar de tan adentro que están. Probó las lágrimas, eso sí, y el sabor todavía revolotea en la lengua. Nara siente eso y el aire entrando en los pulmones, aire de nada, aire de barrio que se muere. El pasto húmedo en los pies. La tierra entre los dedos. El polvo que tiñe su vestido floreado. El pelo tieso. El parpadeo, a ritmo desparejo, permite descubrir que hay vida en la chica-estatua de la casa de los Márquez.

—¡Nara, Nara!

La voz es un susurro alto. Un grito-susurro.

—¡Nara!

La chica mueve la cabeza, y un poco todo el cuerpo hacia adelante. Reconoce la voz salvadora, aunque tarda en determinar desde dónde viene. Se levanta y

camina rápido, los ojitos en el piso, como si redescubriera el camino cada vez que lo hace. Miguel la recibe, le ofrece la mano y marchan juntos. La iglesia evangélica del barrio está frente a la casa de los Márquez, apenas en diagonal. Cuando vuelve de su ronda nocturna, el pastor no deja de chequear la puerta de sus vecinos.

—¿Otra vez afuera, chiquita? —Miguel habla sin esperar respuesta; la timidez envuelve a Nara en cada encuentro—. No deberías estar afuera, no no. Vamos a casa, algo vamos a encontrar para comer.

Antes de entrar, Miguel mira a sus espaldas, a los costados, a las esquinas. Certo temor lo invade desde hace años, cuando las noticias comenzaron a inundar los medios. La imagen de un pastor entrando a casa con una nena a estas horas de la noche, hace parte de un imaginario social que le perfora el alma. Sufre conjeturando lo que pensarán otros; no puede evitarlo. Le transpiran las manos al cerrar la puerta, al tomar conciencia de la ingenuidad de la chica, de lo que podría pasar en un lugar como ése en otra parte. Allí no va a suceder y él lo sabe, pero el estigma está presente: todas las escenas son esa escena, él no es más que uno entre tantos pastores, curas, supuestos hombres de bien que han caído en la aberración. Se siente acorralado por la repetición de los hechos.

—¿Qué tenemos acá? —dice con voz que parece calma, abriendo la alacena. Nara se sienta a la mesa, sabe esperar. Las manos están en las rodillas. Los pies no alcanzan el piso.

El celular vibra una, dos, tres veces y se detiene. El Curva levanta la cabeza, estira el cuello hacia atrás con ojos cerrados; la ristra de mensajes lo indigna. Deja el libro –*Me llamo Rojo*, de Pamuk– y golpetea con los dedos el celular en el bolsillo. Resopla con fuerza y saca el teléfono, lo desbloquea, desliza los mensajes hacia arriba. “Lo bajé al Rosca pero un pibe se metió en el medio”. “Lo tengo fijado”. “No pasa de mañana”. Imagina las dos tildes azules dibujándose en el celular del otro, anunciándole que leyó lo que tenía que leer, que ahora sabe que el soldadito no resolvió bien las cosas. No responde. Si algo caracteriza los modos del Curva es el silencio. En la organización, cada uno sabe lo que tiene que hacer. El Curva no subestima a nadie y eso genera respeto. Especialmente frente a otras barras.

Busca el control remoto y sube el volumen de la música. La canción – *Bohemian Rhapsody*, de Queen– tapa las voces de los intercambios que se hacen en la habitación de al lado. El Curva no sabe inglés, pero entiende que la canción habla de él. Le habla a él. Juega con el revólver en la mano, comprueba el olor a

plateado del arma. La deja sobre el libro y toma una foto con el celular. La composición lo define, piensa. También piensa que no tiene con quién compartirla, que nadie comprendería a lo que se refiere. Está rodeado de zombis. Zombis los que trabajan para él, zombis quienes consumen lo que vende. “¿Por qué y para qué?”, piensa. Se atasca, como durante tantas madrugadas. Siente la boca seca, los vidrios rotos bajo la suela de la zapatilla, el vaso que ya rompió. Cada noche se cuestiona lo que hace. Sabe que su seguridad se apoya en permitirse dudar y en volver a elegir. Sabe que si revelara esto al resto de la banda, lo mirarían como miran a los libros que le traen de la biblioteca.

La araña baja desde el techo, cuelga del hilo invisible y se detiene a milímetros de sus ojos. Flota entre él y el resto de la humanidad. El Curva acerca los dedos, intenta tocarla, pero el bicho sube a una velocidad impactante, desaparece de la vista. El final de la canción permite oír disparos en la calle. Dos salieron de esta misma casa. El Curva apenas se mosquea; las cejas van y vuelven a su lugar. No tiene nada que hacer: los pibes saben resolver. Él sabe lo que está haciendo. El corazón se desacelera: reelige su vida una vez más.

—Libros y revólveres —dice a nadie más que a sí mismo.

Si vino al mundo para otra cosa, el mundo se ha olvidado de avisarle. Él ya hizo sus preguntas.

Dos hombres, como escena de fondo, pelean en medio de la plaza. Una discusión preludió al combate físico: los cuidacoches se disputan una cuadra del centro. O uno le robó la bicicleta al otro. O discuten por una mujer. No hay más palabras, las palabras están durmiendo. Los golpes van y vienen, no son demasiado fuertes, tampoco son débiles. La pelea durará para siempre y la luna alumbrará.

La plaza a estas horas funciona como caja de resonancia de todo sonido emitido en alguna parte del barrio. Una mezcla de música indescifrable, risas provenientes de alguna reunión, ladridos de perros trabajando en turnos rotativos, disparos que se confunden con explosiones de caños de escape, radios y televisores que la gente deja encendida como ruido de fondo antes de acostarse. El chirrido agudo de algún insecto. Los sonidos llegan hasta la plaza cansados y se entrelazan en un murmullo al que nadie presta atención, pero que de faltar pondría en duda el paso del tiempo.

El chico sin nombre se sienta en el tronco del árbol quemado y fuma, pie derecho sobre el árbol –rodilla a la altura de la cabeza–, pierna izquierda colgando hacia abajo. El cigarrillo armado mezcla algunos polvos comprados al Curva, y es el tercer elemento en una serie de compuestos que ha consumido esta noche, entre ellos una pastilla con forma de confite color verde musgo que le dejó un sabor agrio en la boca. Tiene marcas violeta-oscuro alrededor de un ojo. Escucha a sus espaldas los golpes; él ya peleó y no recuerda el resultado o por qué lo hizo. La mente divaga, recostada sobre el colchón de plumas generado químicamente. Exhala con un suspiro largo y espera con paciencia para volver a inhalar. Los pensamientos lo envuelven para elevarlo con el humo. Él quiere subir, arriba encuentra perspectiva. Por lo tanto, se eleva. Puede hacerlo tanto como quiera, desprendiéndose de los hilos que retienen las cosas abajo. Las sustancias que elige cada noche desajustan los nudos. Desde arriba entiende que el tiempo es una sugerencia y el espacio, una consecuencia de la materialidad de los cuerpos. Que hay partículas elementales que configuran lo que existe, y que no dejan de vibrar porque tienen miedo a morir. Nada está quieto. Vivir es inquietud. El devenir de los cuerpos en los barrios marginales está atado a los mecanismos de una gran maquinaria galáctica que determina cuán fácil es para algunos morir. La preocupación por la muerte proviene del aplastamiento que generan los engranajes de la máquina y provoca la ilusión de supervivencia. Quien respira, sobrevive. Pero apenas si alcanza el aire, y cada bocanada resulta más pesada, más desgradable, tóxica, apisonada, verde, negra, morada, arquea la garganta, tensa los músculos, dice *quiero salir* y no quiere volver a entrar.

El chico sin nombre baja de la nube, se sienta en el árbol y mira. Escucha los golpes a sus espaldas; él ya peleó. Los párpados entrecerrados esperan el momento justo para abrirse, para dar al ojo todo su lugar. Entonces el chico caminará por las calles del barrio vacío. Con cada paso hará avanzar la madrugada y acercará el sol al horizonte. Desde las vías, sentado entre los durmientes, señalará las estrellas, las ocultará una a una, y anunciará en voz alta la secuencia de colores que se manifestarán en el cielo como hechicería cósmica. Subirá gradualmente el volumen del canto de los pájaros, sin preguntarse cómo esos bichos persisten en este lugar, donde hay más basura que pasto, donde las copas de los árboles esperan el otoño para desaparecer. El día está en sus manos; el chico asumió esta responsabilidad y no puede dejar su puesto.

La alarma suena aun si no hay nadie a quien despertar. Muchos aparatos son ajenos a estas eventualidades. Gabriel desliza un dedo sobre la pantalla del celular; la secuencia de grises va de negro a blanco haciendo que el brillo le dañe la vista. La canción asociada a la alarma –*Juguetes perdidos*, de Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota– ya no le dice nada, la repetición la desgastó.

Gabriel abrió los ojos horas atrás. Repasa detalles sobre la marcha de hoy con los ojos en el techo, partido en dos por una línea de luz que entra desde el costado de la ventana. Siente que la actividad depende de él, que está a cargo y que es él quien sostiene. Se imagina una montaña de roca gris-marrón, llena de pliegues rectos, bordes filosos, y a él debajo, cargándola sobre los hombros.

Abre el navegador del celular. Entra a la página de un diario, de otro diario, desliza los dedos sobre los titulares. Selecciona alguna noticia, cierra una publicidad, lee dos o tres líneas, vuelve atrás. Golpean la puerta de la habitación.

–Gabriel.

–Estoy despierto.

–Me estoy yendo. Cerrá todo cuando salgas.

–Sí.

–El termo tiene agua caliente; si querés cambiá la yerba del mate.

–Dale, gracias.

Gabriel se queda mirando en dirección a la puerta cerrada. Está cansado de vivir de prestado, de dormir en un colchón en el piso. Consideró que era mejor opción que quedarse en su departamento después de que cortaron el gas, invertir en artefactos eléctricos para bañarse, cocinar, calentar agua, cosas que después de normalizada la situación no volvería a usar. Además, ni siquiera sabe si podría pagar esas cosas.

Cierra el navegador, busca los mensajes del grupo del consorcio de su edificio. Se cumplieron cuatro semanas del incidente, y desde hace unos días ignora los mensajes: quejas y noticias que no agregan nada. “Estiman que dentro de dos semanas van a programar una visita”, dice un mensaje.

–Bah...

Busca la conversación con el Canario, de la radio. El último mensaje de audio llegó pasada la medianoche, cuando ya dormía. “Gabo, entiendo la urgencia del tema, pero la producción del programa me llenó la mañana de basura; no tengo ni un minuto para sacarte al aire. Te paso un contacto de la 2610. Es una posibilidad. Es de menor alcance, pero siempre hay alguien escuchando. Mil disculpas, hermano”.

–Hermano.

Niega con la cabeza, une los dientes con fuerza. El celular rebota contra el colchón. Se enciende la luz del flash, que funciona como linterna.

—Dejá de joder —aprovecha la luz para acercarse hasta la persiana, tira de la correa y se translucen los primeros reflejos del amanecer—. No sé de qué me preocupo: Márquez va a traer a la tele.

Sale de la pieza. Lo reciben las baldosas frías, la casa ajena donde nada puede decidir. Siente la vibración del celular. “Nos reunimos al mediodía puntual en el recibidor y vamos a hacer el reclamo juntos”. Es la vecina del 5º A.

—No puedo —dice Gabriel en voz alta, y deja su situación en manos de otros. Él está a cargo de la situación de otros otros.

La escoba mueve el polvo, lo ordena en un rincón. Chela sale de su casa y redescubre que no hay mayor diferencia entre lo que se ve de un lado y el otro de la puerta. Camina media cuadra, da vuelta a la esquina; los pasos son resueltos aun si el talón del pie derecho no puede hacer mucho por su dueña. El cartelito en la puerta del local indica que está cerrado. Chela espera para comprar su raspadita, jugar su número en la lotería matutina, pedir al azar que traiga algo bueno a donde poco de esto llega.

—¿Lo vio a Fernando ayer? —pregunta apenas termina la jugada. Ve al otro negar con la cabeza. Ella repite el movimiento—. No sé adónde se habrá metido; teníamos que llevar a Marcelito. Una vez que sale de la cama...

El cielo está limpio. La claridad de esas horas de la mañana se funde con el aire fresco. Ambas sensaciones quedan asociadas: el fresco trae la claridad y viceversa. El andar pesado de un camión levanta la primera polvareda del día. Chela pisa y arrastra el polvo hasta la casa. Agarra la escoba y barre.

El agua en el fuego para los mates. No hay con qué acompañarlo. Marcelito mira la escena desde la única silla de la habitación, que es cocina, comedor, dormitorio, lavadero, sala de estar. Está atento a todos los movimientos. Entiende que lo vendrán a buscar para llevarlo en auto; espera desde la tarde anterior y seguirá allí hasta escuchar los frenos frente a la casa. Viste pantalón de jean, camisa de jean, pulóver negro con una línea roja que zigzaguea por el medio. Cada prenda es un poco más grande de lo adecuado.

—Podés volver a la cama, Mar —dice la madre. Ve al otro negar con la cabeza. Ella repite el movimiento—. No sé qué pasó, pero no va a venir. Más tarde hablo con Dola y veremos.

Corre la cortina de la ventana, se asoma para ver acercarse a la profe, como todos los días. Pero no hay profe, como tampoco hubo auto, Fernando ni salvación.

—Está pasando algo raro...

Y como si lo hubiera predicho, la pava vibra sobre el mechero de forma extraña, pierde el equilibrio, se arroja contra el mármol viejo de la mesada, quiebra el pedazo rajado, las dos cosas caen sobre el cañito que conecta con la garrafa. La tapa de la pava vuela, Marcelito se cubre, no ve venir el agua caliente que, al primer contacto, lo hace retorcer y gritar alguna atrocidad. Pierde el equilibrio, cae hacia el costado, golpea la cabeza contra un caño de la cama. No oye el centelleo del enchufe mojado, la explosión contenida de la instalación eléctrica, ni la segunda explosión cuando el gas suelto alcanza el último vestigio de llama del mechero, una sincronicidad imprevista por el fabricante que ha elaborado con satisfacción un sistema de mecha de efecto retardado. El mechero golpea contra la pared y se eleva corcoveando, despidiendo piezas en cualquier dirección, un disco negro que va

directo a la cabeza de Chela, que no había alcanzado a darse vuelta, que dice *la concha de su madre* a media voz y grita:

—¡Te dije antes que te acostés, pendejo!

Se toca la cabeza, la sangre caliente. Grita otra vez al hijo, pero Marcelito no reacciona, está en otra parte, los sueños siempre mejores que este revuelto patético que es la casa materna.

Los pasillos de material que dividen las manzanas en el barrio forman laberintos enclaustrados donde perderse es juego o terror. Sin ver la franja de cielo blanquecino sobre su cabeza, Emilio siente que las paredes que lo rodean se acercan lentamente, como en alguna película que alimenta su imaginario desde chico. Tose y escupe, golpea la pared a sus espaldas con los brazos extendidos hacia abajo y las palmas abiertas. La angustia se transforma en un bollo metálico que raspa por adentro y quiere salir.

—Hijo de puta...

La voz llorosa. Hay rastros de lágrimas en la cara, en la tierra. Emilio no tiene respuesta. Entiende que ayudó a alguien de la banda del centro, la que está queriendo meterse en el barrio para vender alguna mierda barata y agarrotar más cerebros. Repite que sólo ayudó a una persona, a secas, pero no comprende que estos romanticismos no existen: todas las personas cargan símbolos; interactuar de un modo u otro con ellas es vincularse con esos símbolos, difícilmente haya otra manera de comprender el mundo. Sabe que está marcado. Esto se lo dijo un pibe en la plaza, que lo alcanzó mientras él caminaba desquiciado hacia cualquier parte, queriendo evitar andar a la vista pero con la cabeza perdida llevándolo a lugares comunes. Es difícil escapar cuando uno no sabe escapar.

—Eu.

Emilio siente la voz lejana estirarse y caer en la tierra. Su cuerpo se dobla y golpea los ladrillos huecos de la pared de adelante con un puño débil. Apoya las manos en la rodilla, pero no hay nada que vomitar.

—Che —la voz dibuja unas zapatillas en el campo visual de Emilio—. Eu.

—Ah, Andrés.

No hay saliva para que las palabras resbalen. Vienen directo de la garganta. Emilio levanta la vista y la vuelve a bajar otra vez.

—Estás mal, guacho. ¿Qué pasa?

La decisión repetida: mejor no compartir con otros lo que se siente.

—Na... —las sílabas se tropiezan en alguna parte—. Nada. Pasé de largo nomás.

—Yo tampoco dormí nada.

—Ahá.

—Estuve con una mina.

—¿Carla?

—No, ojalá. Una de las brasileras.

Andrés conversa en tono calmo, mientras los ojos se ocupan de inspeccionar la escena, captar detalles para entender qué está pasando ahí.

—¿Y eso? —Emilio señala el bidón que Andrés apoyó en el piso.

—Para tirar en la semana. Lo llené del Bizco. Viste que tiene un caño de agua que viene de no sé dónde.

—¿Agua?

—Sí.

—¿Potable?

—Claro.

—¿Puedo tomar un poco?

La pregunta sorprende a Andrés. El Bizco no le volverá a prestar la canilla hasta la semana siguiente. Piensa en la madre y las hermanas, pero en seguida borra eso de la cabeza.

—Seguro. Aunque es un quilombo tomar del bidón. No tendrás un vaso por casualidad, ¿no? —dice, riéndose.

—Ahí.

Emilio, todavía con la mirada en la tierra, señala justo detrás del pie izquierdo de Andrés. El vaso de plástico abollado descansa como si nada, esconde el secreto de la condena como un inocente que repite *yo no tengo nada que ver, nada que ver*, sin aceptar que la afirmación es una paradoja: todas las cosas están conectadas y un vaso puede desatar cataclismos en la vida de cualquiera.

Nuevas formas de angustia se descubren cuando el colectivo, en una zona desconocida, dobla en dirección imprevista. Estirando el cuello por sobre varias cabezas, Ana ve los carteles de “Obra en construcción - Estamos trabajando para usted” que cortan la calle, y el corazón acelera los latidos, golpea como si quisiera buscar algo afuera.

—Retomo en Saldívar —anuncia el chofer.

Eso no significa nada para Ana, que con movimientos empastados —espasmos de manos nerviosas— busca el celular, lo desbloquea, ignora mensajes de texto y abre la aplicación de mapas. Espera el proceso de triangulación del GPS —sin saber qué es ni por qué demora—, toca la pantalla para que no pierda brillo, desliza sus dedos ampliando partes del mapa. Los cuadrados de las manzanas aumentan su tamaño, lee nombres de calles que nunca antes vio y se pregunta adónde está y adónde está, por qué se le ocurrió dormir fuera de casa, cómo es que se tomó un colectivo nuevo con tanta tranquilidad, por qué pasa esto justo hoy. No exterioriza su sentir. No quiere que nadie conozca su desorientación. Pierde la

oportunidad de saber que dos tercios del colectivo está en crisis, y un tercio se acaba de bajar en medio de escombros en una esquina decorada con tres perros durmiendo y uno ladando a la columna del alumbrado público. Finalmente, el punto azul. Ana descubre su posición exacta en el mundo, da dos golpecitos suaves en la pantalla, la pantalla se centra en su propia representación en el mapa y, tras segundos de análisis, decide que no esperará a que el chofer retome Saldívar, eso la alejaría más de su destino.

—Bajo en la próxima —dice al chofer luego de un giro a la izquierda.

—Como diga —responde. Pero cuando mueve apenas los ojos y enfoca a Ana por el espejo retrovisor, agrega—: No le conviene bajar ahí, señorita.

—Acaba de bajar un tipo en la cuadra anterior. ¿Porque soy mujer no me puedo bajar?

—Eran dos personas, usted es una.

Ana está fastidiada. Levanta la mano con el pañuelo verde atado en la muñeca para señalar a través del parabrisas.

—Bajo ahí.

—Como usted diga.

Las calles del barrio desconocido la reciben con curiosidad. Unas pocas miradas flotan alrededor. Ana comienza a andar el recorrido que memorizó para no sacar el celular de la cartera hasta llegar a la escuela. Camina rápido y se arrepiente de sus zapatos, de no regresar a casa anoche, de no haber pensado bien las cosas. El viento arremolina el polvo, lo lleva a nuevas alturas. De alguna parte llega una canción —*Homero, de Viejas Locas*—; Ana la tararea, gira la cabeza de un lado a otro con disimulo, nota los viejos prejuicios reaparecer dentro suyo.

—No pasa nada —dice para sí.

El barrio no es su barrio. Se parece mucho al barrio de la escuela, pero no lo es. El polvo parece el mismo. La plaza, los ranchos. El exterior es idéntico, pero el cuerpo no reconoce lo que ve y acelera el pulso. Ana reniega de lo que no puede manejar. No quiere sentir la presión en el estómago en cada esquina, ni tampoco esquivar las miradas, dejarlas sin saludo. No quiere caminar jugando a ser invisible. Se suponía que no había más desconfianza, que el otro era igual a uno. “El barrio me enseñó eso”, piensa. Pero una bicicleta pasa cerca en una dirección, luego en la otra. El viento aumenta su intensidad. Dos movimientos y la cartera desaparece.

—Creo que quiero ser madre.

—Ay, ¿qué decís, boluda?

—No sé, es lo que siento: creo que quiero tener un bebé.

Vanesa acerca la caja de cigarrillos a sus ojos; simula que la inspecciona.

—¿Qué tenían los cigarrillos? ¿Te los vendió el Curva? —dice, sonriendo.

—Ah, ¿ahora sí lo nombrás? ¿Ya se te pasó?

—No jodás, boluda.

Carla está sentada en la cama de dos plazas. Le gusta la habitación de Vane, los pósters en la pared, la cómoda sencilla, los porta-etros repletos. La puerta-ventana que deja entrar tanta luz. Y las sábanas con corazones rojos; no siempre podía dormir con sábanas.

—Ya fue, si te ponés así no te cuento nada —dice—. Creí que te podía decir todo lo que pienso.

—Bueno, boluda, me sorprendiste —se defiende Vane—. ¿Qué querés que haga?

—No estoy diciendo que lo quiero ya mismo. Es algo nuevo, nunca lo había sentido. Apareció en estos días.

—No me pasó nunca —Vanesa está sentada en un cubo de madera, las zapatillas sobre el borde de la cama—. Y eso que te llevo tres años.

—Es una sensación linda —instintivamente, Carla baja la vista, se toca la panza. Vane se ríe—. Ya fue, no sé para qué te lo dije.

—Ay, boluda, no te pongás sensible, perdoná.

—No, dejá, está bien.

Carla gira sobre sí misma, dando la espalda a Vane. Baja los pies de la cama y busca a tientas sus zapatillas. No le gusta andar descalza por el piso de cemento; prefiere la tierra apisonada, como en su casa. Se levanta y va al baño, donde dejó la ropa la noche anterior.

Vane decide cambiar de tema, levanta un poco la voz:

—No entiendo muy bien la cosa, pero te acompañó a la marcha —habla con la vista clavada en el lugar vacío que dejó Carla, el colchón que todavía guarda su forma.

—¿Vos tenés agua potable? —la cara de Carla asoma por la puerta.

—No.

—¿Entonces qué no entendés?

—Para qué sirve una marcha —Vane exhala el humo, evita mirar a Carla, demora con puntos suspensivos lo que sigue—, ni por qué le ponés tanta garra. Me gusta igual, ¿eh?

Desde el baño se escucha el forcejeo con el jean. Demasiado ajustado.

—Me estoy poniendo tu jean, qué boluda.

—Usalo si querés.

–No me queda.

–Pero si sí te va; te queda bien apretado, lindo.

–El elastizado no es lo mío. Te saco las zapas con un toque más de plataforma –vuelve a la habitación–. Activá, dale –reclama.

–Termino éste y vamos. Yo ya estoy.

–¿Vas en short? Afuera hay un viento bárbaro, va a hacer frío.

–Está todo bien, mamá. Me vuelvo a cambiar de última –estira los brazos, ofreciéndole las manos–. Vas bien de mamá, ¿sabés?

Carla la rechaza.

–Callate, estúpida, no hablemos más del tema.

Vane sonríe. Se levanta y le da un beso.

–Te lo digo bien, guacha –le pone los brazos alrededor del cuello, busca que la otra levante la mirada–. Es lindo lo que decís, ya sé. Perdoná, ¿eh?

–Sí, ya está –el tono es sereno–. Cuidado con el cigarrillo.

Vane apoya la pera en la frente de Carla y le alza la cara. La mira a los ojos.

–Aparte con esto del bebé entiendo más –dice resuelta.

–¿Qué cosa? –la mano de Carla va y viene por el brazo de Vane.

–Que quieras ir a la marcha. Que hagas tanto por eso.

–No entiendo.

–Lo hacés por tus hijos.

–¿Qué decís, boluda? –larga una carcajada–. Me hacés reír.

–Agua, cloacas, justicia... todo eso de lo que hablás siempre. Con hijos lo entiendo.

–Es por el barrio, Vane.

—Sí, ya sé, ya sé —baja los brazos y rodea la cintura de Carla—. No me cierra, qué sé yo. En el barrio hay dos o tres personas que te caen bien, después está tu familia, ¿pero el resto quiénes son? Que hagan la suya. No sé, eso es lo que creo.

—Pensamos distinto.

—No me pongás esa carita, piba; no te quiero hacer enojar. Creí que te podía decir todo lo que pienso.

Vane ensancha la sonrisa. Carla se ríe.

—Sos boluda nomás.

Las caras se acercan en sincronía. El beso cierra la discusión.

Márquez corre entre los pasillos del barrio. Los ojos están desencajados por la agitación y –quién diría– por el miedo. El recorrido que hace esquiva lugares comunes; sabe moverse cuando no quiere ser visto.

–¡La puta madre!

Se detiene al golpearse contra el ángulo de cemento. Erró al ingreso al pasillo y no pudo esquivar la pared. Las bocanadas de aire se aceleran; se dobla y apoya las manos en las rodillas, respira y respira. Retoma el paso. El hombro duele, pero no importa; no puede llegar tarde al encuentro.

El Bora azul oscuro, vidrios polarizados, llantas preparadas, aparece como un error en medio de la calle de tierra. Como rodeado por un campo de fuerza, el polvo no se pega a carrocería ni a vidrios. Las ruedas flotan sobre las imperfecciones del terreno. El sol se refleja en cada pliegue, y se puede imaginar al auto reflejado en la superficie misma del sol.

–Bajá –la orden sale del asiento delantero.

–Pero mi viejo... –se oye desde atrás.

—Llega tarde tu viejo. Lo esperamos nosotros, vos andá.

El acompañante estira el brazo y abre la puerta del Lija. El conductor se saca los lentes oscuros y apoya el codo en el volante mientras da media vuelta. Hace un gesto con la cabeza y el Lija siente una pequeña fuerza empujándolo hacia afuera.

—¿Qué les debe mi viejo por esto?

Los dos de adelante se ríen.

—Esto no es nada, pibe. Quedábamos mal nosotros si no te buscábamos —dice el conductor.

—Digamos que la comisaría nos quedaba de paso —completa el otro.

—Con tu viejo tenemos otras cosas que resolver.

—Dale, bajá.

El Lija duda un momento, pero hace caso y sale del auto. Avanza con movimientos toscos. Le toma unos pasos retomar su postura natural, su forma de andar. O su impostura en el barrio. La reflexión le escapa: *quién soy* es una pregunta que escasea por ahí.

Márquez no tarda en llegar. Tras el movimiento de cabeza que confirma el suyo, se sube al auto. Nadie inicia conversación: él por falta de aliento —disimulado con artilugios poco convincentes—, ellos porque dan todo por entendido. El contraste entre la ropa desgajada de Márquez y el tapizado de un Volkswagen de alta gama impregna el imaginario de los tres.

—Bueno, vamos —dice el conductor, dedo mayor sobre el puente de los lentes, desplazándolos milímetros hacia atrás. Se torsiona sobre al asiento para guiarse al dar marcha atrás.

—Aquantá, aguantá —dice el acompañante apenas el auto se mueve.

—¿Qué?

—¿Qué hace este pibe?

De espaldas al parabrisas, el chico sin nombre está sentado sobre el capó del auto. El movimiento del brazo es lento mientras acerca el cigarrillo a la boca. Desde adentro puede verse el humo agitado por el viento, envolviendo el cuello como una bufanda.

El acompañante golpea el centro del volante. La bocina resuena. El eco sostiene el sonido hasta que cae aplastado entre los yuyos de las zanjas. Por alguna razón, conductor y acompañante sienten que el chico está ahí.

—Es un pibe del barrio —dice Márquez, habla lento. Lo confunde la misma sensación: el chico está ahí.

Y entonces no está.

—¿Qué carajo? —el instante de asfixia, el palpitar acelerado. Se escucha otro bocinazo ahora producto del terror—. ¡¿Qué carajo, dónde se metió?!

—La concha de la lora —se oye desde el asiento de atrás. Márquez tiene la cabeza entre las manos, los dedos confirman la humedad en los ojos.

—¡¿Lo viste?! —grita el acompañante.

Pero el conductor está en silencio, la mirada en algún punto lejano.

—Allá viene alguien —dice por decir. Tiene una mano en el volante, la otra en la palanca de cambios y ninguna intención de moverlas. La commoción lo congela.

—¿Eh?

—Que allá viene alguien. Hace señas.

La campera embolsada por el viento, Fernando camina lentamente, el torso echado hacia adelante, las piernas haciendo lo que pueden. Una mano levantada, la otra escondida adentro de la campera, como si cubriera algo en el pecho o en el costado del cuerpo.

—Es Fernando —dice Márquez, en el mismo tono de antes.

—¿Quién es Fernando?

—Un profesor.

—¿De la escuela?

—Antes trabajaba en la escuela. Ahora no sé qué hace.

—¿Lo echaron?

—Se jubiló.

—¿Y qué hace acá?

—Está siempre acá. Las nenas lo adoran.

Fernando alcanza y apoya las manos en el capó. La palidez de la mirada dice todo.

—Este tipo está medio muerto —dice el conductor.

—Rajá, López, ¿qué carajo pasa en este barrio?

Fernando golpea el capó.

—Subámoslo —dice Márquez, con una seguridad que lo sorprende.

Los otros lo miran.

—¿Qué te creés, Márquez? ¿Que somos de la mortuaria? —dice el acompañante.

—Tiene sangre en la mano, en la campera, hay que llevarlo al hospital.

—Llamá a Emergencias, Márquez. No somos una ambulancia.

—No llega. Llevemosló o no llega.

Márquez apoya el antebrazo en el respaldo del acompañante, estira el otro brazo hasta la ventanilla, mira para todos lados, hace fuerza con las manos como queriendo expandirse, salir de ahí.

—Pará, no es joda —dice el conductor.

El golpe contra la chapa. Fernando cae sobre el capó.

—¿Qué hacemos, López? ¿Lo subo?

—Subilo.

—Hacemos un pique y lo dejamos en la puerta de la guardia. Que entre solo.

El conductor exhala y asiente. Golpea el volante.

—Dale que es tarde.

Ana batalla contra el viento. Su sombra se acorta un poco con cada cuadra que camina. La diferencia es ínfima; es la percepción la que está magnificada por los nervios. Ana perdió noción de la hora y no tiene el celular para chequearla. Desde hace unas cuadras que no piensa; sólo avanza hacia adelante y sabe que tiene que alcanzar la avenida.

El motor a su derecha, a unos metros, y la sincronía:

–¡Derecho hasta la avenida, doblás a la izquierda y son seis cuadras!  
¡Después doblás de nuevo a la izquierda!

“El barrio”, entiende Ana. Tarda en enfocar el cuadro: alguien grita al chofer por sobre el ruido del motor, desde el acoplado de un camión que carga unas treinta personas. No lo piensa, son tres los movimientos: correr, asomarse en la ventanilla delantera, decir sin mucha explicación:

–Voy al mismo lugar.

Y como si el cuadro se repitiera todos los días, la respuesta:

—Vas a tener que correr las cosas, pero podés subir al asiento del acompañante. No te recomiendo ir arriba con la banda.

La mente apagada, esta vez no hay reclamo por diferencias asumidas entre ella y otros.

Nara abre los ojos, la respiración acelerada tras un sueño intranquilo.

—Casa.

No reconoce el lugar donde está. Está acostada sobre un colchón; no hay sábanas en la casa de Miguel. La ventana parece un cuadro de luz vieja decorando la pared llena de humedad. Hay una crucecita clavada sobre el respaldar de la cama. Cuando Nara la ve, parpadea y recuerda.

—Quiero casa.

—¿Qué pasa, Nara? —se oye desde afuera.

El pastor se acerca al marco de puerta sin puerta. Al apoyarse, dos arañas casi invisibles salen expulsadas del aire entre la madera y la pared.

—Casa.

—¿Querés volver a tu casa?

La chica mueve la cabeza como si temblara. Los ojos están húmedos.

—¿Estás llorando?

—Casa.

—Sí.

Miguel extiende el brazo, la mano, su alma. Quisiera restaurar las cosas para esta chica, para el barrio entero. Pero los años lo han sacudido hasta dejar en pie sólo eso: los gestos.

Salen. El viento los recibe sin cuidado. La chica pierde el equilibrio, pero la mano del pastor la sostiene, la levanta para pasar sobre la zanja sin peligro.

—Hay que ver si el viento nos deja llegar, Narita.

—Casa —señala ella.

El tono es casi un reclamo. Miguel no entiende por qué pero lo recibe, lo guarda para pensarlo más tarde.

Nara empuja la puerta, sacude el alambrado, arrastra con ella al pastor, que se deja llevar. Ya dentro de la casa, Miguel observa el desorden, huele, trata de oír. El silencio parece artificial.

—¿Márquez? ¿Señora?

Los pasitos de Cielo llegan desde otra habitación. Carga lo que parecerían ser todos sus juguetes.

—Cielito, ¿dónde está tu mamá?

Cielo lo mira con la boca abierta. Baja la vista a Nara, se acerca a ella:

—‘ení —y toma de la mano a su hermana.

—Pero...

Miguel da media vuelta, las ve salir, intenta hacer lo mismo, pero la intuición lo empuja a cruzar las puertas de la cocina, de la habitación, del baño, a correr la cortina de la ducha, encontrar el banquito, la sombra, los pies colgando, a

ascender la vista por el brazo derecho, ver la jeringa que cuelga, todavía clavada, la cuerda de goma aplicando el torniquete, la soga al cuello, los moretones, uno, dos, más de seis, desde el cuello hasta las cejas, el hilo de sangre todavía sin secar que sale de la boca, las gotas que llevan de nuevo la vista al suelo, el cuchillo sobre pequeños charcos rojos. La vista sube otra vez para descubrir los tajos desesperados en la muñeca izquierda e imaginar los gritos ahogados de una vida que se cortaba, se atragantaba, se estiraba y contraía en el esfuerzo para irse, pataleando con asco para llegar al otro lado.

La escuela ebullie con las charlas en los pasillos, gritos en las aulas, pasos rápidos entre el patio, la dirección, la portería. Tomás es el único que permanece estático en el hall de entrada, cargado de carteles, la mirada en la puerta cerrada. Fue la única directiva que recibió el día anterior –“Estás a cargo de los nuestros”, había dicho la seño Ana, señalándole la montaña de arpillera y palos de madera– y él asumió que debía cargarlos hasta el final de sus días, o hasta que la seño le indicara otra cosa. Varios profes lo habían visto ahí pero nadie se decidía a decirle nada. Al fin y al cabo, estaba en el lugar correcto, sólo que antes de tiempo.

–¿Dónde está Ana?

La pregunta iba y venía. Los profes asumían que estaba en la escuela y que simplemente no la habían visto. La directora le había pedido a Irma que se quedara en el aula con los chicos de segundo ciclo hasta que Ana apareciera.

–No responde los mensajes.

–No le *llegan* los mensajes –aclara Leo.

—Sí, ya sé —la cara de Gabriel era una mezcla de enojo y preocupación.

—Cuando encienda el celu va a recibir una catarata de notificaciones —Nacho sonríe, pero nadie le sigue el juego—. ¿Qué hacemos: salimos o la esperamos?

—No sé. Hasta las nueve no arrancamos así que —Gabriel mira la hora en el celular— todavía no decidimos. Ocho y media, todos en el patio. A las nueve salimos.

—Sí, mi general —responde Nacho en voz firme.

—No me hagas eso.

—Por eso lo hago. Te sacaría una foto ahora, abajo del cuadro de Belgrano.

Gabriel levanta la vista del celular, lo mira con una sonrisa sosa. A lo lejos se oyen tambores.

—¡Acá está quinto! —el grito desde la puerta de entrada, abierta como un latigazo.

—Pará, boluda, agarrá la puerta que se golpea...

Carla intenta frenar el envión, pero es tarde. El picaporte macizo se incrusta en la pared, profundiza el cráter destinado a estar ahí para siempre. Los tambores se callan.

—Jaa —Andrés se ríe desde atrás.

—Fue.

—Bueno, la entrada triunfal queda para otro día —dice otra voz del curso.

Los chicos entran en malón al hall, pasan alrededor de Tomás, que los saluda uno por uno con un *hola* y un movimiento de cabeza. Las caras están pintadas de verde y blanco siguiendo diferentes motivos. Tres o cuatro del grupo tienen los

dedos enchastrados de pintura. Los que cargan bombos y redoblantes se miran.

La fiesta vuelve a rodar, el polvo saltando de los tambores con cada golpe.

—¡Bueno, bueno! —la voz de Gabriel se pierde en el ruido—: ¡En el hall, no!

—¿Qué pasa, Gabriel?

El reclamo es de Leo. Nacho levanta los hombros.

—¡Corten el ruido! ¡Esto no es una fiesta!

Gabriel grita con la vista en el celular. Y sin levantarla, se aleja por el pasillo.

—¿Qué le agarró? —Nacho mueve los labios, no emite sonido. Leo curva los labios hacia abajo, en señal de *no tengo idea*.

Los chicos cruzan algunos comentarios, un redoblante empieza a sonar muy bajito. El del bombo sonríe, entiende la propuesta, y golpea el parche con suavidad. Usa las manos. Los percusionistas se agachan, como si descendiesen junto al volumen del sonido, y se miran con picardía.

—Ahora le hablo —Leo sigue los pasos de Gabriel, le habla a la distancia—: Eu, Gabo, ¿qué onda?

Gabriel no da señales de haber escuchado. Leo acelera, lo alcanza:

—¡Eu, Gabo! Pará un toque.

—¿Qué pasa?

—¿Qué onda, chabón? Gritás a como un sargento y te vas. ¿Qué te comiste?

Leo sonríe. El planteo es amistoso.

—Nada, pero no daba.

—¿Qué no daba? ¿Qué te pasa hoy? Aflojá, pá.

—Estoy tratando de pensar una estrategia.

–Gabo, pará un toque, ¿qué pensás: que estás a cargo de todo esto? Todes – con la palma derecha se toca el pecho, luego hace un movimiento circular que intenta contener a profes, directivos, chicos y padres– estamos a cargo. Pensé que lo teníamos claro. Les pibes quieren tocar, ¿por qué no pueden tocar? Esto es más suyo que nuestro, lo sabés bien. La marcha también puede ser celebración; no tiene por qué ser angustia y desesperación nomás. Esto lo hablamos, ¿te olvidaste ya?

Gabriel se queda pensando.

–¿Estás bien, guacho?

–Sí –la voz es reflexiva. Los ojos se entrecierran.

–Vos no dormiste anoche, ¿eh?

–Poco.

–Te estás tomando esto demasiado a pecho.

–¿No está bien?

–No me haga ese jueguito dialéctico, profesor.

–No sé, che, veo las piezas bastante desconectadas y me preocupa. Y Ana que no aparece. No sé quién va a guiar a Primaria.

–Cortala, Gabriel, cortá. –Leo suena tranquilo–. Vamos a resolver todo juntos.

Esto no depende de vos. Cortemos con el liderazgo viejo.

Irma interrumpe desde la puerta del aula de segundo ciclo:

–No me responde los mensajes.

–A nadie, Irma –responde Leo, sin contener la frustración por escuchar lo mismo por enésima vez.

–¿Se le apagó el celular? ¿Le habrán robado? –sigue Irma.

–O está dormida. O en un lugar sin señal.

Gabriel va de Leo a Irma, de Irma a Leo, como con la cabeza en otra parte.

–O la mataron –termina Leo, en tono de broma. Gabriel e Irma reaccionan como si la simple mención fuera tragedia–. Ah, bueno, estamos todos tensos hoy.

–Ocho y media en el patio, Irma.

–Sí, Gabriel. ¿Los bombos son de quinto?

–Sí.

Irma exhala con ruido a frustración y vuelve al aula.

–Seño, Tomás se llevó todos los carteles –el reclamo es de Bianca, de sexto.

–No soy seño, soy Irma, ya les dije. Tomás nos espera en el hall.

–Pero podríamos terminar de pintar algunos.

Las voces se mezclan en tono insatisfecho. Irma cierra la puerta.

–Les vecinos se están agrupando afuera. Son bastantes –Nacho llega con la noticia.

–Joya.

–¿Márquez? –pregunta Gabriel.

–No apareció Márquez ni nadie de los de ayer.

–¿Vos querés problemas para resolver? –dice Leo, mirando a Gabriel.

–No, ¿por qué decís?

–No parás de enumerar problemas.

–No parás de decir cosas que no me sirven para nada, Leo –devuelve Gabriel.

–Bueno, eso es verdad –acepta Leo–. Me voy para el hall. Reúno a secundaria y vamos para el patio.

Nacho lo sigue. Gabriel desliza la pantalla del celular, selecciona el contacto y decide llamar.

Las canciones sobre el acoplado del camión llegan a la cabina como murmullos ásperos sin forma. El camión avanza lento por las cubiertas desinfladas y un motor que reclama atención.

–¿Qué hacía en el barrio?

–El colectivo se desvió por una construcción.

–Ah, sí. ¿Por qué no siguió hasta retomar la avenida?

–Porque me alejaba más.

–Un descuido.

Silencio. Ana respira cada vez más serena.

–¿Van a la marcha? –la pregunta la toma por sorpresa en el mismo momento en que la enuncia.

–Ellos van –el chofer señala hacia el acoplado–, yo no. Yo llevo y traigo nomás.

–¿Son del sindicato?

El chofer se ríe con un ruido a tos rasposa.

–No no. Nos *contrata* –enfatiza– el sindicato. Nosotros, de política, nada.

–¿Saben por qué marchan?

–Les explicaron todo antes de subir.

–La marcha original es por el agua. No hay agua potable en el barrio.

–Mire, yo no sé nada. Si quiere habla con los muchachos cuando bajen.

–¿Les dijeron de esa marcha?

–Sí, escuché que les hablaban de eso.

–¿Y qué les pidieron que hagan?

–Que no le presten atención.

–¿Que nos pisen?

–Que van juntos, pero que no les presten atención. ¿Usted está en la otra marcha?

–Parece que va a ser la misma marcha. ¿Cuántos son ellos?

–Acá veinticinco. En total, no sé. Doscientos, por ahí trescientos.

–¿Qué?

–No se imagina lo fácil que es encontrar gente que no tiene nada para hacer un miércoles a la mañana.

–¿Qué les prometieron?

–Lo de siempre: los muchachos recibieron un bolsón de comida para unos días. Yo tengo seiscientos pesos en el bolsillo. Y me van a cambiar las ruedas del camión. Nos conocemos entre todos, hay confianza.

Ana piensa cómo ordenar la siguiente pregunta:

–¿No les da... no les parece mal marchar por plata?

–¿No te parece bien que nos sumemos a causas justas?

—Si es por voluntad propia, sí.

—Digamos que —el chofer hace una pausa, pero parece tener la frase preparada— que es voluntad ayudada. Cualquiera es libre de decir que no, ¿no?

Ana mira hacia adelante con la cara llena de fastidio. El chofer abre la boca pero ya no dice más. Ana no es del barrio adonde van, no parece faltarle agua potable. Tampoco necesita —piensa él— clases de moral barrial. Ella retoma la palabra:

—No hay manera de que podamos unir los reclamos, ¿no?

—Yo manejo el camión y nada más, no sé qué decirte.

El camión dobla con esfuerzo en la entrada del barrio. La maniobra provoca frenadas y gritos en ambos carriles de la avenida. Ana observa todo como en cámara lenta mientras el chofer desatiende lo que sucede afuera de la cabina.

El Bora azul brillante se detiene sin previo aviso. El ruido del motor se apaga y Márquez, tomado por sorpresa, mira por la ventanilla.

—¿No íbamos a la oficina?

Las puertas de adelante se abren como si estuvieran sincronizadas. Nadie responde a la pregunta. Desde el auto se oye el intercambio con una tercera persona. Márquez baja.

—¿Qué pasa? ¿Por qué paramos acá? —las maneras muestran frustración.

—Márquez —la tercera persona ofrece la mano izquierda para el saludo—. El concejal no puede llegar a la reunión. Pero mandó indicaciones.

La mano izquierda de Márquez se extiende con duda, erra el destino, se reacomoda. El apretón es débil.

—¿Quién es usted?

—Salinas, secretario.

—¿Del concejal?

–El concejal está muy contento con su colaboración –la pregunta queda sin respuesta–. Esto es muy bueno para su carrera, Márquez. Las indicaciones son precisas: el reclamo por el agua tiene que quedar eclipsado por completo.

–Sí.

–El periodista del canal está avisado: sabe quién es usted. No entrevistará a nadie más. Ni los de la radio ni los otros periodistas están puestos. Se supone que van a seguir a nuestro periodista como moscas. Queda en manos de usted que el tema del agua no aparezca ni en fotos.

Los ojos serios de Márquez denotan que disfruta el desafío.

–Cuando lleguen a la avenida –continúa el secretario–, hay que desarmar todo. Al mediodía, todos en casa.

–Déjelo en mis manos.

–¡Bien, Márquez! –le ofrece la mano izquierda otra vez. Márquez mejora su saludo anterior.

–¿Y mi lugar en el sindicato?

–Considérelo suyo, Márquez. El concejal tiene prevista la aparición televisiva para las tres de la tarde. Se mostrará comprensivo con los reclamos, y les va a devolver los puestos de trabajo que ustedes nunca perdieron. Atento a la tele a esa hora, Márquez: puede ser que aparezca una fotito suya.

La sonrisa de Márquez. Las manos todavía unidas. Las palabras que escapan por el aire, dejando lugar a los comentarios afectados entre conductor y acompañante, que se plantean seriamente no volver nunca más al barrio, quedarse quietos ahí, empezar a creer en algo, en cualquier cosa, porque algún *más allá* existe, de eso no les quedan dudas.

Los bombos, los cantos, los pasos. Pero más que nada el polvo: las calles de tierra no tienen pudor en revolear todo lo que tienen encima cuando ciento cincuenta personas pisotean al mismo tiempo. El viento completa la ecuación y el barrio es una polvareda imprevista. El antebrazo a la altura de los ojos para cubrir la vista es consigna obligada para la marcha contorsionada.

—¿Qué hacen con los pañuelos verdes? —grita Andrés casi a la cara de Carla. No hay otra manera de hacerse oír.

—¡Protestando igual que vos! —responde Carla con mala cara.

—¡Pero es por el agua la marcha!

—¡Los pañuelos van por el agua también!

—¡Pero no entiendo qué tienen que ver!

—¡Por eso decidimos nosotras y no vos!

El ruido de fondo es incesante. Los chicos de quinto forman un círculo rodeando a los de primaria. Se comunican con gestos a la distancia, gestos que decodifica cada uno según su propia interpretación. Podrían detener la percusión y

hablar, pero *hacer todo* es parte del desafío. Andrés se mueve tratando de no perder de vista a nadie, especialmente a Tomás, con su “A” en alto.

Leo y Nacho intercambian propuestas, se los ve animados.

—*La sed es por el agua / La sed es por el agua* —canta Leo en voz baja—: corto y claro.

—Me gusta. Yo tengo: *El agua / potable / derecho inalienable*. Palabra difícil, pero rima bien —lee Nacho de una hoja que sacó del bolsillo.

—¿La tenés anotada en una hoja?

—¿Qué? ¿Está mal?

—Me encanta. ¿Cuántas tenés?

—Seis o siete...

—Ah, sos una máquina.

La conversación es diferente unos pasos atrás:

—Si tuviera un balcón, buscaría un perro y lo dejaría encerrado ahí.

—¿De qué hablás, Marito?

—Para ver cuánto tarda en saltar.

—¿De qué carajo habla éste?

—Estamos acá por el agua, no se distraigan —Irma mueve una mano extendida, firme, desde la nariz y hacia adelante—: marchamos concentrados.

—Sí, señora, sí —golpea el bombo un par de veces—. ¿No se puede hablar de otra cosa acaso? —dice por lo bajo a sus compañeros.

—Che, ¿el pastor no iba a venir?

—Dijo que venía —confirma alguien.

El cuello de Gabriel es una “L” rotada noventa grados hacia abajo, como si la frente estuviera atada al celular. Escribe sin parar las indicaciones al periodista de la 2610, que está en camino. Cambia de conversación. “Todo en orden”, lee, de parte de Carlos, que va al final de la marcha, cerrando filas. Gabriel duda si es una afirmación o una pregunta: “Todo bien”, responde. Cambia de conversación. Se encuentra con otro “¿Todo bien?” y duda si ya leyó esto. Enfoca el nombre del contacto: José Peñaranda. “Acá andamos, Peño”. No quiere sonar efusivo aun si la masa avanza ordenada, sin exabruptos. Saca la atención del celular, siente aumentar el volumen del entorno: sí, los bombos, los cantos, los pasos, todo está en marcha. Ya avanzaron dos cuadras. No hubo imprevistos más que el de Ana. Cambia de conversación, busca la de ella, reconfirma que los mensajes no le llegan. Intenta convencerse de que se quedó dormida, de que no pasó nada grave, aun si no recuerda una tardanza de Ana desde que la conoce. Cambia de conversación. “Se me abren cinco minutos, te puedo sacar al aire”. El Canario. “Perfecto, decime vos cuándo”. “Ya”. Gabriel presiona los labios, celebra el logro, tipea el “dale” en minúsculas. Envía. No siente el primer golpe de bombo ajeno a los chicos de la escuela. El celular vibra. Atiende, lo lleva a la oreja y con el movimiento levanta la cabeza.

“Siete camiones. ¡Siete!”.

Los ojos de Ana hablan por sí mismos. Mira de un lado al otro mientras baja del camión, pisa el barrio que conoce. El chofer observa con los brazos cruzados, con expresión de *no tengo más que hacer por acá*. De los acoplados no dejan de aparecer personas con bombos, redoblantes, banderas, pancartas. *¡El pueblo / unido / jamás será vencido!* Las palabras estallan, los soldados se encuentran y celebran. A su manera, piensa Ana. Es lo que se desprende del cuadro, aun si no lo comprende del todo.

Ana no acierta a determinar adónde está parada y en qué dirección está la escuela. Da un paso y se choca con alguien. Gira y se encuentra con otra persona. Es la única mujer entre más de doscientos hombres y esto la rebela y preocupa al mismo tiempo.

—Ay, mirá la dama —dice uno, en tono de burla.

—¿Por qué no nos mandan más como vos, mamita? —dice otro.

—Venite que te llevo al acoplado, bestia.

Cuando se da cuenta, está rodeada, es el centro de seis miradas que no disimulan lo que sienten. Y entonces se escucha un bocinazo. Y otro. El tercero se sostiene varios segundos.

—¡Rajen, manga de enfermos! —el chofer saca la cabeza por la ventana, le hace una seña a Ana para que se aleje de ahí.

Ana se concentra. Sabe que está en el medio de la cuadra y las esquinas están fuera de alcance: sin pensarlo otra vez, da media vuelta y toma el pasillo que se abría a sus espaldas.

Nunca imaginó Don Altares semejante manifestación en el barrio. Bastón en mano, saluda a la esposa de noventa años y sale, piensa ésta es *la mía*. Recuerda cuando el centro de la ciudad se llenó de jóvenes como éstos que ve pasar hoy frente al rancho. Recuerda la disciplina, las consignas, la camaradería. La policía, los gases, las corridas. Se acuerda que tumbó el cartel de la joyería. Con el Juansi.

—El Juansi, el Juansi —repite sonriendo, mientras avanza con el temblequeo usual de los años. “No me esperen a comer”, piensa, o más bien desea—. ¿El Juansi?

Esto último lo dice al levantar la vista: es Andrés que se acerca al trote. Había visto a Altares salir de la casa, y temía que en el tumulto perdiera el equilibrio y lo pisotearan o algo parecido.

—¿Qué hace acá, Altares? —lo toma del brazo.

—Acompañando a las huestes, mi capitán. ¿Cuál es la consigna?

—¿Qué consigna?

El viejo duda. Habla despacio, en ambos sentidos de la palabra. Andrés acerca su oreja a la boca de Altares, roza los labios por error, siente la humedad. "Ajj", piensa con asco, aprieta los dientes y la cara toda.

—¿Cómo voy a saber yo, joven?

—¿La consigna de la marcha? —entiende Andrés—: por el agua, para que tengamos agua potable en el barrio.

Andrés ve el gesto afirmativo, pero está claro que Altares no lo escuchó.

—¿Va a caminar con nosotros? —grita, recibe una mirada confundida—. ¡Que si va a marchar!

—Claro, m'hijo, la marcha, la marcha —y apunta con el bastón hacia adelante—. Yo me comprometía como usté' en mis años, Juanito. Si habremos salido por la Universidad, por la educación pública, para bajar a los milicos. Uhh, sí —agita la mano libre, mira a los ojos a Andrés, que se reconoce como Juanito inmediatamente.

—Usted tendría que ir adelante, enton... ¡Que tendría que ir adelante! —repite.

—¡Adelante, compañero! ¡Que la esperanza es lo último que se pierde!

Andrés duda si las palabras viejas y repetidas lo empujan o lo desmotivan. Desconoce el auto-exilio de Altares a la periferia en los peores años, la decadencia del negocio perdido por sostener una idea, una bandera, un color. Hay historias que se olvidan, preguntas que no se hacen, memoria que se escurre por los bordes de la ciudad.

El Bora azul frena de golpe en la entrada al barrio.

—¡Bajá, Márquez!

—Son tres cuadras para adentro.

—¡Bajá!

El auto dobla en U y desaparece de la vista. La desazón de sentirse ninguneado. Márquez sabe que es tarde y corre. No demora en avistar los camiones estacionados, las marcas de los intrusos que invitó al barrio. Teme que hayan empezado a moverse sin esperarlo. Los bombos se oyen lejanos.

—¡¿Ya salieron?! —se asoma, agitado, a uno de los camiones.

—Quién los pararía —es todo lo que recibe como respuesta.

—¡Me tenían que esperar!

Golpea la puerta con un puño y sigue la carrera sin oír el insulto del chofer.

—Son las nueve y cuarenta minutos —la voz del locutor resuena cómodamente en el estudio—, y tenemos al aire a Gabriel Morini, de un barrio periférico de la ciudad donde (se van a sorprender): No. Hay. Agua —enfatiza estas últimas palabras, marca el espacio entre cada una—. ¿Es cierto esto Gabriel?

Una mezcla de voces y estática se oye del otro lado. *Ssias...lar...dad...q... seviv...hijodeputa...taqueteparió*. Cantos y bombos crecen en volumen, ensucian la comunicación. Y luego son gritos inentendibles, vocales dispersas a diferentes tonos y distancias que dan perspectiva espacial al sonido.

—Gabriel, te perdemos —la voz del locutor suena segura—. La manifestación parece cobrar intensidad.

*¡Qué mierda hacen!* Las voces suenan pequeñas y lejanas. *¡Que lo vengan a ver / que lo vengan a ver!* Y más gritos: *¡No se mezclen!* *¡Agarren a los pibes!* El pitido agudo; la conversación se corta. El silencio de radio enfatiza el contraste.

—La realidad de algunos barrios periféricos que no sorprende a nadie —improvisa el locutor con gravedad—. Si nos escuchan desde alguna seccional,

hacemos la denuncia: disturbios en un barrio del oeste de la ciudad. Algún juez de turno podría llegarse también y hacer su parte: corroborar esta historia del agua en el barrio y, si es cierta (por qué no), tomar las medidas correspondientes. Con buena voluntad podemos ayudarnos entre todos –hace una pausa–. Son las nueve y cuarenta y dos minutos. El clima en todo el país...

Emilio emerge de un pasillo y ve en el tumulto una oportunidad para desaparecer: estar en medio de muchos. No reconoce a nadie entre la multitud que se mueve a ritmo de bombo y canciones. Toma esto como buena señal. Oye un criterio que llega desde la esquina. Hace un esfuerzo por entender entre los ruidos.

–¡Por el agua! ¡Éste es nuestro reclamo!

–¡Somos del sindicato y todo reclamo es nuestro reclamo!

Emilio se suma involuntariamente al aplauso general. Sin pensarlo, mirando de reojo a los costados, estira el cuello de su remera y lo levanta hasta cubrirse la nariz. El viento mete polvo en los ojos. Emilio se refriega, intenta ubicarse: esta calle cruza en la esquina con la calle de la escuela. La voz, entonces, es de Gabriel, aunque no logra entender qué dice.

Alguien desde atrás grita a viva voz:

–¡¿Qué pasa que no se mueve?!

Dos bombos suenan al unísono, reclaman. Platillos acompañan.

—Hay criaturas —el rumor llega hacia atrás como una oleada que vuelve al mar—, pibes de cinco, seis años.

—Hay un pibe discapacitado.

El comentario descoloca a Emilio. “¡La marcha!”. Lo evidente. La mano golpea involuntariamente la frente y Emilio se pregunta si desde la noche anterior perdió el control de su cuerpo.

—¡Paren ahí! ¡Paren!

La voz violenta se mueve entre la gente, avanza abriéndose camino entre miradas confundidas o de bronca —“¡Qué empujás, la concha de tu madre!”—. Márquez llega a la esquina y busca el aliento que perdió cuadras atrás.



Ana emerge de otro pasillo y resbala. El barro es una sorpresa en un día seco y ventoso. La gotera la distrae un momento –*tuc... tuc... tuc*–, calma algo de la angustia que carga desde el desvío del colectivo. *Tuc... tuc... tuc*. Cada gota, al incorporarse al charquito en medio del barro, provoca un leve impacto que aava la superficie. El agua hace mella en el agua. El charco alcanza la quietud antes del siguiente golpe-caricia. Ana sigue la trayectoria en sentido inverso, descubre el caño en forma de “L” invertida que sale del borde de la calle, sube hasta los tres metros de altura y dobla dos veces a noventa grados, terminando en una boca herrumbrada por donde se alimenta el camión regador, detalle que Ana infiere aunque desconoce. No ha sido testigo del proceso de llenado del camión, nunca se preguntó de dónde viene el agua que apisona el polvo de las calles del barrio y lo sostiene firme contra el piso. Tampoco recuerda haber visto el rastro húmedo en las últimas semanas, tal vez meses.

Nada. Sentada entre los yuyos, Ana desembarra los zapatos y reconoce que, en este momento, no tiene nada. Ni la responsabilidad le quedó; sus pibes

andarán solos, piensa. Y no son suyos. El mundo sigue girando –le han dicho–, percibe que hasta el mismo barrio continúa su andar sin mosquearse cuando, a unas pocas cuadras, la polvareda envuelve una marcha. Cuadras hacia dónde, se pregunta, y no tiene respuesta clara: la bifurcación interna del pasillo la desorrientó, no puede determinar en qué calle entró y menos adónde salió. El mapa del barrio no es complejo, pero las gotas parecen mostrar el sino de todo el recorrido de hoy.

–*El agua derramada está...* –tararea.

Los ladridos se acercan, multiplicados por el eco. Tres perros de ojos perdidos los sacan de adentro como si los trajeran desde el mismísimo infierno. Ana los mira y decide que el agua.

–Shh...

Entre la rabia se oye un llanto. Pueden percibirse las frecuencias entrelazándose por el aire, peleando por prevalecer en la escena.

–Shh, despiertan al bebé –susurra Ana con dulzura. No recuerda haber dejado la mano bajo la gotera pero está ahí. Se moja el cuello y la frente, vuelve la mano a su lugar, recibe la calma que llega desde alguna parte de la Tierra.

—Márquez.

—Profesor.

El saludo que reúne a los dos desconcierta a las primeras filas de ambos grupos, que esperan que la fuerza que ejercen las manos sea extensión de sus intenciones de anular a la otra marcha, capturar el punto de intersección de esas calles. Desconocen que el encuentro representa algo muy diferente para profesor y futuro sindicalista: posibilidad de unión para Gabriel, partida ganada para Márquez.

—Caminamos hasta la avenida, ¿no? —dice Márquez, en un tono lleno de satisfacción.

—¿Dijiste que viene la tele, Márquez?

—Ah, te gustan las cámaras, ¿eh?

—Le podemos dar visibilidad al barrio.

—Podemos.

—Ustedes reclaman el trabajo, nosotros pedimos por el agua.

–No creo que podamos hablar todos con el periodista, Gabriel.

–Hablás vos, Márquez, y decís algo del agua.

Márquez hace una pausa, sonriendo. Gabriel soporta la humillación con esfuerzo, repitiéndose que él es nadie ahí, aun si el cuerpo le pide que ocupe más espacio, que no se deje pisotear. Siente la fuerza sobre su mano creciendo progresivamente, hasta el pequeño latigazo que confirma que la conversación terminó.

Márquez da media vuelta, mueve los brazos indicando el giro hacia la derecha. Los engranajes de la gran máquina de protesta se activan, como despertando de un sueño mecánico. Los primeros gritos son espaciados, y luego la algarabía por reanudar el movimiento une las voces en un solo enunciado: *¡Todos / unidos / por el salario digno!*

Las señas de Gabriel reúnen a algunos profesores.

–Nos encolumnamos atrás o nos volvemos –dice.

–Ayer acordamos que seguíamos.

–Ayer era más fácil decirlo –casi grita Gabriel, la voz aplastada bajo las voces de protesta a sus espaldas.

–¿Qué pasa que no se mueve?

Andrés lanza la pregunta cargada de ingenuidad.

–¿Dónde te metiste? ¿No viste que apareció Márquez?

–Trajo medio sindicato –completa alguien más.

–No vi nada. Estaba atrás con Altares.

–¿Altares? ¿El viejo? ¿Qué hace acá? –la expresión descreída de Carla.

–Sabe más de esto que todos nosotros juntos.

–¿Ah, sí? Que nos diga qué hacer entonces.

–¿No vamos a seguir?

–Están deliberando adelante.

–¿Por qué no vamos a seguir?

–Porque son todos unos pelotudos –la voz es de algún vecino. Y se mezcla entre otros reclamos y opiniones con diferentes grados de conciliación.

–¡¡Moviéndose!! –grita un chico de quinto golpeando el bombo.

–¡¿Qué están debatiendo las señoritas?!

–¡Paren, viejo, sigamos ordenados!

–¡La avenida es para allá! ¡Arranquemos, la concha de la lora!

–¿Por qué no esperamos que pasen los del sindicato y después vamos nosotros?

–Pero es lo mismo, señora, vamos todos juntos...

–Sí, pero hay pibes acá.

–¡¿Para qué trajeron a los pibes?!

–¡Otra vez no, Turco!

–¡¿Qué mierda discuten?!

–¡Arrancá, Gabriel, la concha de tu madre!

–¡Yo me voy a mi casa!

–¡Yo también!

–¡¿Para qué carajo salí, mierda?!

Varias voces dan las espaldas, desandan el recorrido que hicieron con la masa. Leo corre hasta adelante chocándose con algunos, interrumpe el intercambio entre los profes:

–Gabriel, los vecinos están de acuerdo en seguir. El que no quiere, se va.

–Es lo que estamos terminando de definir.

–Ya definimos ayer. Esto es de todos, arrancá.

Las miradas se cruzan, los dos asienten. Gabriel articula con los labios, sin verbalizar, dice les pibes. El gesto de Leo confirma que están en sintonía; da media vuelta y busca a los chicos de primaria. Con señales seguras ordena a los de quinto, la busca a Carla:

–Caminan juntos y que no se pierda ninguno, ¿sí?

—Sí —el tono firme de Carla.

—¿Dónde está Andrés?

—Ayudando a Don Altares.

—Lo quiero acá —afirma Leo.

Carla levanta los hombros.

—*¡La sed es por el agua! ¡La sed es por el agua!* —se oye a Nacho cantar, echando miradas sugerentes a su alrededor, buscando seguidores.

Leo, caminando a tranco largo en la dirección que indicó Carla, sonríe: Nacho optó por su sugerencia. Las voces se unen y la tracción de la marcha le hace dar media vuelta y olvidar lo que estaba haciendo.

Grabadorcito en mano, el periodista de la 2610 trata de esquivar sin molestar mientras avanza en dirección opuesta a la de todos, intentando ubicar al tal Gabriel, chequeando la foto de contacto de la conversación, gritando su nombre, el de la emisora y todo lo que se le viene a la cabeza. La inexperiencia lo llevó a meterse de lleno entre la gente, esperando encontrar rápido al profe. Lo marean las banderas con siglas que no conoce, las remeras de la Unión Obrera de la Construcción, las voces que gritan *¡Devuelvan el trabajo!* Nada hace referencia al agua potable. “¿Qué hago acá? ¿Me perdí? ¿Ésta es otra marcha? ¿Estoy en otro barrio?”. Todo se mezcla en la cabeza del estudiante haciendo su pasantía en una radio chica, con ansias de comunicar lo que en verdad vale la pena comunicar.

—¡Busco a Gabriel!

—Aquél es Gabriel.

—¡Gabo, te buscan!

Pero quien devuelve la mirada, como diciendo *¿a mí?*, es un pibe de quince años con un redoblante, rodeado de grandotes con chalecos de la UOCRA. El grabadorcito continúa su curso.

—¡La tele!

–¡Ahí está la tele!

Los gritos saltan entre la gente, como gotitas que salpican en el agua. El periodista de la 2610 duda si darse vuelta para buscar las cámaras, pero se obstina en seguir adelante, que es atrás para el resto del mundo.

El llanto del bebé atrae suavemente a Ana, que avanza entre los perros como si no estuvieran ahí. Apenas si escucha los gruñidos. Ana agudiza el oído, salta la zanja, empuja una puerta de alambre. Pasa al lado de un rancho aparentemente vacío y se interna en la manzana. Sabe adónde ir. La gente en las casillas la mira sin tiempo a reaccionar, mate en mano, dados, cartas, gallinas, barro, chapa, tierra, pasto. Algo de aire. En la cuarta casilla, la chica y el bebé.

—Hola.

Sólo se oye al bebé. Los ojos de la chica se toman su tiempo para enfocar a Ana.

—¿Qué quiere?

La chica no tiene más de catorce años. Está descalza y lleva un vestido que trasluce el resto del cuerpo desnudo. Mueve los brazos y el torso a un ritmo que es arrullo para el niño o temblequeo de hambre y desesperación.

—¿Cómo se llama?

—Anika.

–¿Es tuya?

–Claro que es mía. ¿Se la viene a llevar?

La pregunta duele en el fondo de las dos.

–No.

La chica camina de un extremo al otro del metro cuadrado frente a su casilla.

–¿Viven acá?

–Sí. ¿Qué quiere?

–Nada, las vine a visitar.

–¿Quién es usted?

–Ana. Como ella –señala a la bebé.

–Ella es Anika.

La madre baja la cabeza, cubre a la hija como formando una pequeña cueva, en un gesto de *no se acerque más*.

–Es parecido. Soy una profe de la escuela del barrio.

–No sé de qué escuela me habla.

–No importa, no las quiero molestar –se echa atrás–. ¿Cómo te llamas?

–Natalí.

–Yo soy Ana. No nos conocemos y está bien que no me tengan confianza.

Escuché que Anika lloraba y me acerqué, no las quiero molestar –repite.

–Tiene hambre.

–Claro, yo... –pero las galletitas quedaron en la cartera–; no tengo nada. Pero puedo conseguir. Les puedo traer algo.

–¿Cuánto sale?

–Nada. El comedor es para ustedes, los vecinos.

–¿Qué es ese comedor?

–Está en la escuela, acá cerca.

–No soy de acá.

–Ah.

La bebé deja de llorar. La mamá susurra una melodía que envuelve esos ojos cerrados con fuerza.

–¿Te puedo preguntar –Ana duda un momento– por qué la tuviste?

La chica responde rápido, como si estuviera esperando la pregunta:

–Ya me cortaron dos. Yo la quería tener.

–¿Quién te cortó?

–No importa.

–¿El italiano?

–No importa.

Ana nota el viento frío y tiene la impresión de que es tarde, que el día ya le presentó todo lo que tenía para hoy. Se olvida que hay muchos *hoy* dando vueltas. Éste es el único –siente–: no puede haber más. Sigue el impulso y se saca la campera. Se acerca despacio. La prenda es un poco grande, pero así cubre a las dos.

Ser parte. Marchar. Gritar con otros que gritan. Dejar ir, por un rato, los grises que componen la decisión de protestar y permitirse afirmar lo que el nosotros afirma. La marcha es alta, pisa fuerte, aun si quien es parte, a diferencia de lo que piensan los de afuera, se destruye e interpela mientras marcha. ¿Qué hacemos acá? ¿Para qué sirve todo esto? Quien anda, se pregunta. Andando, se responde. Comparte lo que piensa con quien tiene al lado. Y vuelve a comenzar. El entrelazado interno de la mole irrefrenable es invisible para quien fotografíe desde arriba, desde atrás, adelante o a los costados.

*¡El barrio pide agua! ¡El barrio pide agua!* La batucada de quinto ensayó y toca, baila, avanza animada por la confluencia entre ritmo y cantos de la gente. Leo y Nacho –brazo derecho arriba moviéndose al compás– dirigen las voces de los vecinos. La confusión del cruce con la gente de Márquez debilitó el andar, pero la confianza vuelve con cada paso dado en conjunto. Carla da órdenes a compañeros y profes, alternando diferentes posiciones para asegurar el cordón que rodea a los de primaria. Vane está cerca, devuelve la mirada cada vez que

Carla la busca. Andrés se prende y desprende de la multitud, se mueve al ritmo desparejo de Altares, que no deja de hablar de “las escaramuzas de su juventud”. Carlos cierra. Gabriel marca el paso y la distancia con la marcha que los precede. Quiere creer que la combinación entre las dos puede potenciar el reclamo del barrio, pero desde donde está sólo escucha consignas por el trabajo y nada del agua. La dirección del viento, y el desgaste provocado por el conflicto, engañan.

El periodista de la 2610 alcanza el final de la primera movilización. El espacio entre las dos masas repele hacia los lados, lo desestabiliza todavía más. Encuentra a Gabriel, hace una seña con el grabador en mano: es a quien busca. Saltar al vacío. Al borde del precipicio, se pregunta una vez más *qué hago acá* y salta. En realidad, da un paso en el momento en que alguien lo empuja, y cae. Gabriel reacciona rápido, se separa de la gente y lo ayuda a levantarse.

—¿De la 2610? —dice, mientras trata de alzarlo del brazo, desatendiendo la cara de *dejame en el piso* que ve en el otro.

—Sí, sí. ¿Gabriel?

—Sí.

—Yo que vos, voy con los de la tele —la cara llena de polvo, escupe y sacude la ropa mientras se incorpora.

—¿Qué? —Gabriel no reacciona.

—Allá adelante —señala.

La máquina de protesta sindical, en ese momento, se desactiva. El movimiento se detiene, con algún chirrido entre los engranajes, en forma de golpe de platillos y algún que otro redoblante. El silencio actúa de palanca, y Gabriel y el periodista reciben el baldazo de los cantos por el agua que llegan desde atrás. Ante la señal

de Gabriel, la primera línea frena. El derrotero de reclamos muestra que nadie adentro entiende nada, pero que la marcha comprende que debe dejar de caminar.

Emilio ve las cámaras y a Márquez gesticulando con bronca, pero en seguida desenfoca ese cuadro y observa atento cómo, más adelante, en la avenida, algunos de los que marchaban se suben al acoplado de un camión. Se pregunta adónde irán. Sabe que está entre gente de otros barrios y que no todos se conocen entre sí; mientras caminaba captó que la convocatoria estuvo orquestada por alguna organización central, porque a su alrededor no hay obreros de la construcción, como sostenían las consignas cantadas a una voz. Es todo lo que pudo deducir. *Subí y rajá*, pide el cuerpo con espasmos de transpiración. El problema es que sabe bien que pasa desapercibido en la multitud porque todos suponen que es de otro barrio: cuando el acoplado reúna a los del mismo origen, el intruso saltará a la vista inmediatamente.

La campera en el piso. La mirada de desconfianza. El aullido del bebé.

—Ténganla, es para ustedes —repite Ana.

Pero la chica vuelve a esquivar la ayuda que no pidió.

Gabriel cruza unas palabras con Carla. Ella asiente y hace unas señas a los de quinto que, con desplazamientos coordinados, desprenden de la marcha el bloque de los más chicos. El profe camina apurado, hace señas para que lo sigan por el costado de la calle, esquivando las dos moles de gente distanciadas por un espacio cada vez más reducido.

—¿Qué hacés, Gabi? —Leo, agitado, lo sigue corriendo desde atrás.

—Pienso rápido.

—La gente no entiende nada.

—Vamos a salir en la tele —afirma Gabriel.

El traqueteo de las motos se apaga. En la calle perpendicular al movimiento de gente, uno de los hombres de casco separa una mano del acelerador y mueve lentamente el brazo, levanta el pulgar y deja que dedo índice y mayor se extiendan formando el caño de una pistola imaginaria, que apunta con precisión al muchacho con la remera cubriendole la nariz.

Los ladridos vuelven a ocupar todo el espacio. Las voces se agolpan entre las casillas, cuestionan la presencia ajena al lugar. Con la campera todavía en mano, Ana agacha la cabeza, levanta los brazos en señal de *no tengo nada*, y se mueve muy lentamente en dirección a la calle.

Son muchos los adultos que cuestionan a Gabriel; se acercan de a dos o tres y él se los sacude de encima señalando hacia la avenida. Nadie de la escuela vio las cámaras, no entienden la decisión.

—Están ahí a una cuadra. Que filmen a les pibes —insiste Gabriel.

Veinte chicos, una bandera que les cubre el torso y las piernas, y un cartel con una “A” en alto, lo siguen, cruzan la última calle paralela a la avenida a paso rápido, con ganas de salir en la tele.

La piel se eriza. Emilio respira y contiene el aire: sabe que lo vieron. Mueve apenas los ojos y calcula el camino. Va a intentarlo. Después pensará cómo ganarse el lugar en el acoplado.

Sin mirar a nadie a los ojos, Ana mide sus movimientos. Le duele cada pie descalzo, cada chico abrazado a un perro desgarbado, cada cara llena de tierra y desconcierto. El volumen de los ladridos aumenta.

El arma desplegada continuando el brazo recto. Las piernas de Emilio desgarrando la Tierra. Los empujones que abren camino.

–¡Mi he'mano! ¡Ese e' mi he'mano! –la voz alegre y el dedo que señalan desde la esquina.

El brazo que no piensa y recalcula el objetivo.

El refucilo que desempolva el aire.

Ana levanta la cabeza de repente. Ve los pájaros volar como electrizados en dirección opuesta a la que camina, como si quisieran escapar del barrio al que están atados por decisión de nadie. Los ladridos se atragantan en gemidos agrios.

–¿Qué pasó? –dice–. Pasó algo –agrega con voz apenas audible.

Mientras baja la cabeza puede ver a la gente a su alrededor asintiendo levemente a sus palabras.

Gabriel no puede entender cómo terminó de espaldas contra el galpón de la esquina, a veinte metros de Tomás. Apenas si recuerda el acto reflejo, el salto involuntario que lo alejó del cuadro, como si el cuerpo hubiera decidido por sí mismo. La cabeza le reprocha no haber actuado de otra manera, demostrado algún gesto heroico; la mente puede alcanzar esos niveles de irracionalidad, al contrario de lo que –se supone– es su tarea. Gabriel quiere hacer uno, dos pasos, tirarse al piso con el chico, pero nada: brazos y piernas permanecen atadas al galpón como por hilos invisibles hechos de terror. Puede ver que son varios los que todavía no reaccionan. Intenta gritar pero tampoco lo logra. Oye los pasos a su izquierda, alguien corre desde la avenida. Es Márquez.

Andrés se resbala, apenas si alcanza a frenar de la velocidad a la que venía. A lo lejos puede ver las motos que escapan.

–¿Eran los mismos? –pregunta agitado–, ¿los mismos de ayer?

Carla se da vuelta sin entender, tiene la mirada perdida.

–Boluda –Andrés la zamarrea.

–Creo que sí.

–¿Qué hace Márquez? Car... –Andrés cae en la cuenta–: ¡es Tomás, Car!

Las dos manos unidas sobre la nariz como si estuvieran rezando, los ojos de Carla se llenan de agua de golpe.

—La concha de la lora, es Tomás —Andrés da una vuelta completa sobre sí mismo repitiendo lo evidente—: ¡Es el hermano de Lucio!

—Andá a buscarlo —el tono de Carla es fuerte. Lo nota y suaviza al repetirle—: ¿podés ir a buscarlo?

—¿Qué hace Márquez? —y Andrés sale en dirección al taller antes de que el aire se le escape del todo del cuerpo.

Ana corriendo por la avenida, cuatro perros a sus espaldas.

—Gabo... Gabo —Leo chasquea los dedos frente a los ojos de Gabriel—. ¡Reaccioná!

—¿Qué mierda hace Márquez?

—¿Qué te parece?

—Teatro.

—O está sufriendo en serio, dale esa chance.

—Están las cámaras filmando todo. Va a quedar bárbaro para la tele.

—¡No importa, Gabriel! —el tono rara vez exasperado de Leo—: ¡Concentrate, pelotudo, hay que salir rajando al hospital!

La mano sostiene con fuerza el hombro de Gabriel, que reconoce en los ojos de su compañero las ganas de encajarle una trompada.

—¿Alguna idea? —pregunta, busca reponerse.

Leo señala hacia la avenida, donde ya son tres los camiones que están parados en fila, recibiendo el caudal atontado de gente que quiere salir de ahí.

Tomás tiene los ojos abiertos. Si la conciencia estuviera ahí, interpretaría el celeste agrisado de un paisaje modificado por el humo de las fábricas de la zona. Pero no está ahí; el cielo llega a las pupilas y rebota a ninguna parte. El cuerpo, inerte, descansa en los brazos de Márquez, que permanece en silencio desde que tomó al chico, desde que entendió que la bala entró a la altura de los pulmones. Él sabe de eso, sabe lo que acaba y está por pasar. Si alguien sintiera la presión entre sus dientes tendría alguna pista de lo que siente, del asco que le sube por las víceras, de la *puta madre que me parió y la recalcada concha de su madre* que repite su interior. No tiene lágrimas, no tiene nada para exteriorizar, y está dispuesto a volver al rol que le toca en toda esta mierda de teatro que estamos haciendo todos acá cuando los pelotudos de los profesores reaccionen.

—¡Arrancá, arrancá! —Alguien golpea el techo del camión, avisa al chofer que el acoplado está lleno o que, como sea, están listos para salir.

La cara sin expresión, los ojos algo apagados, el chofer pone el cambio y mueve el volante antes de escuchar el *¡pará, pará!*

“Otra vez esta mina”, piensa, pero se alegra de volver a verla, prestarle atención, sentir que puede ayudarla.

—¡Espere que hay un herido!

—No es mi problema, señora.

—Ni mío ni de nadie. Por eso es de todos —sentencia Ana asomada a la ventanilla, y vuelve a correr sin esperar respuesta.

Con una sola mirada, Ana había abarcado el cuadro entero. Vio a la persona caída en brazos de alguien más, los chicos rodeándolos, a Gabriel lejos. La sangre se olía en el aire.

—¡¿Quién es?! —grita.

Márquez se vuelve a sus espaldas y la ve acercarse.

–¡Ana! –Leo salta la zanja y corre en su dirección.

–¡Díganme quién es!

Por un segundo, en los profes confluye el instinto de querer protegerla de la realidad, amortiguar el golpe, pausar el tiempo para que no se entere de nada. Pero Márquez se incorpora, el cuerpo en brazos, y lo presenta ante la profe. Leo alcanza a sostenerla cuando las piernas se vencen.

–El camión nos espera –dice, con una firmeza que le viene de adentro, finge o qué importa.

Márquez asiente. Leo los sigue. Nadie espera a Gabriel.

El acoplado vibra con el andar, chilla ruidos destortalados. Los comentarios entre los pasajeros se intensifican y atenúan con oscilación nerviosa. Ningún ojo se detiene en Emilio, sentado, espalda contra la pared metálica, codos sobre las rodillas, la cabeza escondida entre las manos. La respiración es agitada, aun si no se mueve desde hace minutos. Las manos transpiran; el cuello, la frente y todo Emilio es un desparramo de humedad histérica. No hay lágrimas, pero sí un llanto mudo que el resto del acoplado no percibe. Emilio no vio qué pasó en la calle. Oyó el disparo a sus espaldas y supo que alguien había caído. Lo comprendió cuando vio los pájaros saliendo desparramados, y en el rumor creciente a sus espaldas mientras saltaba y alguien lo tomaba del brazo para ayudarlo a escalar. Temió asomarse por si las motos lo esperaban; dudó durante un minuto eterno y el camión arrancó.

—La violencia en la periferia se cobra una vida más, lo hemos visto por las cámaras de la televisión local —el periodista con tono resuelto se acerca a Gabriel—: Tenemos con nosotros a un profesor de la escuela que nos va a ampliar la descripción de los hechos.

—Primero que nada, todavía no sabemos si Tomás falleció.

—Bueno, tampoco sabemos si vive, Gabriel —interrumpe el periodista. Agacha la cabeza y presiona algo en la oreja—. Sí, Susana, querés hacerle unas preguntas, cómo no.

Alguien se acerca a Gabriel con un auricular, se lo coloca en la oreja sin previo aviso.

—Gabriel, soy Susana Ordóñez, desde el estudio del canal. Te queríamos preguntar: nos sorprendió ver a chicos tan chiquitos en una marcha, expuestos al peligro en un lugar así. ¿Qué hacían estos chicos ahí? ¿Los padres decidieron hacer la marcha con sus hijos? Contanos cómo fue.

Son varios los vecinos y profes agrupados detrás de Gabriel, viéndolo toser, llevarse la mano a la cara, pensar cómo encarar la respuesta.

–¿Se escuchó la pregunta, Aníbal?

–Perfectamente, Susana –afirma el periodista–. Gabriel, ¿los chicos son alumnos de la escuela? ¿Vos sos el responsable de que estuvieran en la marcha?

–Parece que está claro, Aníbal –se oye por los auriculares.

La mano que agarra el micrófono emerge desde el tumulto.

–Acá somos todos responsables de los pibes del barrio, esto es una co-mu-ni-dá' –el que habla es un vecino–. Yo vine con mi hija, y con los chicos de mi hermana, y entre todos nos cuidamos. Hay que agradecer a estos profesores – señala a Gabriel, a Nacho y a los demás que puede ver– por salir con nosotros a protestar. Acá no hay agua potable, nos morimos de sed porque no hay agua buena. El chiquito que murió...

–¡No murió, Turco! –llega desde atrás.

–Muy emotivo, Aníbal, muchas gracias –la voz de Susana Ordóñez.

–...el chiquito que fue baleado –se corrige el Turco, que no tiene auricular y no oye a la presentadora– es un nene discapacitado que estaba peleando por lo que es suyo, como todos nosotros'. Y si hoy fallece que sea por algo bueno.

–Aníbal, recuperá el micrófono, por favor –Susana Ordóñez vuelve la vista a la cámara y habla a los televidentes mientras se oyen aplausos desde el móvil–: Lo que se vive en los barrios periféricos cuando no se cubren las necesidades básicas de los vecinos. Esta tarde tendremos la visita del Concejal Manuel Astiaga y aprovecharemos para conversar con él al respecto.

–¿Dónde está mi hermano?! –se oye desde lejos.

La presentadora se ajusta su auricular.

—Aníbal, ¿tenemos al hermano de la víctima ahí?

—Me estoy acercando, Susana. Si la cámara me sigue...

El puño entra perfectamente en la toma, colisiona con la cara del periodista que —en cámara lenta, como repetirán los videos editados y subidos a internet— se hunde y transforma en expresión aterrada. El micrófono cae y los movimientos espasmódicos del camarógrafo denotan que la cámara no está en su poder. La imagen se corta en ese momento y la presentadora improvisa:

—Bueno, la producción seguramente se encargará de que todos vuelvan a casa a salvo —tose y sonríe, imposta la voz—: Una pausa y regresamos.

El camión clava los frenos y la inercia hace su trabajo desestabilizador. Ana se recomponе y abre la puerta. La procesión avanza a paso rápido.

—¡Suerte! —saluda el chofer, estirándose para alcanzar la puerta. Cierra. No obtiene respuesta pero entiende. Está contento de poder irse sin conocer el final de la historia.

Leo alcanza el mostrador de la guardia del hospital. Acelerado, describe la situación. Márquez sostiene al caído. No abrió la boca en todo el camino. Espera, contiene la mezcla de angustia, bronca, derrota que siente en el pecho. Ana se perdió de vista un momento y vuelve ahora empujando una camilla.

—Señora, no puede hacer eso —se oye desde otra habitación.

Márquez acuesta a Tomás, Ana le estira las piernas, acomoda la ropa. No se miran a los ojos. Dos enfermeros aparecen desde alguna parte.

—¿Éste es el chico? —pregunta uno.

—Tomás Arévalo, veintidós años, herida de bala en abdomen, posible perforación de pulmón —responde la secretaria, se pone de pie mientras habla, estira el brazo para alcanzar la planilla.

—Hay signos vitales —confirma el otro enfermero.

—Entendieron la urgencia —dice Leo al oído de Ana—. Bah, entendieron que mi viejo conoce al jefe de guardia.

—Yo espero afuera —Márquez abre la boca por primera vez.

—Nos seguís, Márquez.

—¿Para qué?

—Para ver hasta el final.

El tono de Ana es determinante. Márquez no encuentra sentido a lo que escucha, pero no tiene ninguna gana de discutir. La procesión se reanuda detrás de los enfermeros.

—Me pareció leer el nombre de Fernando en la planilla. ¿Era Racich el apellido?

Ana asiente. Es Márquez quien responde:

—Lo traje yo esta mañana.

Las horas en el hospital se estiran, el tiempo se hace gomoso y pegotea las manos. El *pip* que marca el pulso, las diferentes composiciones de blanco de las paredes de la sala: la atención se concentra y se evade ahí.

Las sillas. Hay dos sillas en la habitación, disponibles primero para tres, luego para seis, después ocho personas: la serie matemática que evoluciona durante la tarde, reconfigurando la escena alrededor de Tomás. Leo va y viene, vuelve con más sillas – consigue dos más, se llevan una, ceden otra a un familiar del paciente en la cama de al lado – y con comentarios erráticos: informa o distrae, las dos tareas que asume el acompañante en el hospital.

–Lo encontré a Fernando –dice a Ana al oído. Márquez está sentado cerca de la ventana esmerilada, imaginando formas en la luz que refleja sobre el vidrio. “¿Por qué mierda no hay vidrios comunes?”, pensó hace un rato.

Ana no responde.

–Está dormido –sigue Leo–. No había nadie que me explicara qué le pasó o cómo está ahora. Voy a...

—Lo apuñalaron.

Leo vuelve la vista a Márquez.

—Apareció cuando me pasaron a buscar por el barrio. Lo trajimos. Estaba pálido, parecía un fantasma. La sangre estaba seca, desparramada por la ropa, pero no le salía más. A lo mejor se le terminó.

Los dos esperan que Márquez continúe, pero el relato llega hasta ahí.

—¿Quién lo apuñaló?

—No tengo idea. El barrio lo apuñaló. El barrio lo bajó al chico de Raúl. No importa quién, es lo mismo.

No hay más preguntas.

El control remoto sin pilas descansa muerto en la mesita entre las dos camas. Leo descifra las funciones de los botoncitos del televisor amurado a la pared y busca el canal local, seguro de que habrá imágenes del barrio. “Quiero estar allá y acá”, piensa, siente; necesita una conexión aunque sea virtual, mediada por el aparato. No hay respuestas a los mensajes que envió a otros profes; no sabe qué está pasando allá.

—La *puta* madre, están pasando un programa de cocina —dice para sí mismo, agacha la cabeza, la mano todavía colgada del televisor.

Los primeros en llegar son Lucio, Raúl y Lorena. El médico les explica el cuadro antes de entrar a la habitación. Lucio agradece a los profes, hace un movimiento de cabeza a Márquez. No hay mayores intercambios. Nadie dice nada cuando Lucio responde “el Curva” ante la pregunta de cómo llegaron al hospital. Raúl camina a paso cansado, como si el cuerpo le pidiera caerse muerto ahí mismo. Se sienta en la silla que le deja Márquez, apoya un brazo en la cama. No mira a su hijo, vuelve la vista a la pantalla, aunque los ojos están apagados. El espanto de Lorena no pasa desapercibido; llevó las manos a la boca al entrar y todavía siguen ahí. Las cuentas del denario que pasan por sus dedos son apenas visibles.

—Están entrando mensajes —Leo habla otra vez al oído de Ana. Salen al pasillo. Márquez los sigue, pero entiende que no está invitado al grupo y se aleja en cualquier dirección.

Ocho mensajes. Leo abre la conversación con Nacho:  
“Lo bajaron al periodista”.

“Manden algo de Tomás”.

“Si tienen una radio a mano sintonicen la 2610”.

“No salen los mensajes, avisame cuando te lleguen, quilombo con el Curva pero va a llevar a la flia, te mando un audio”.

El preludio del viento abombando la grabación. Los gritos son de Gabriel y el Curva; es la primera vez que escuchan la voz del Curva:

–*Hacete cargo de tus sicarios!*

–*Me estoy haciendo cargo, Gabriel; no tenés idea de quién soy, no te metás.*

–*¿Cómo no me voy a meter?*

–*Quedándote a un costado y callándote la boca.*

–*¿Quién mierda te creés que sos?*

–*Soy más o menos lo mismo que vos, Gabriel. Seguí haciendo lo que hacés siempre, yo me encargo de esto.*

–*¿De qué carajo hablás? ¿Vos lo mismo que yo?*

–*Gabriel, no estás hablando conmigo: hablás con la construcción que tenés de mí. No me jode, pero si vos...*

El Curva baja la voz y el viento se come el resto de las palabras.

“Salió todo en la radio”.

“Cuando pueda teuento bien”.

El último mensaje está separado por una hora.

“Pongan el noticiero a las 3”.

La escena estática de la sala vuelve a poner en jaque la noción del paso del tiempo. *Pip... pip... pip*, continúa el pulso. Una enfermera habla con Leo, que asiente, le hace una seña a Lucio para que se acerque y ambos la siguen. Ana, apoyada contra la pared, alterna la mirada entre Tomás y el vecino de cama, ahora sin compañía. El volumen del televisor está bajo, confirma que lo que se muestra por la pantalla sucede muy lejos de ahí, pone una nota de ensueño en la sala.

—Vienen los del noticiero.

—¿Eh? —Ana responde a Leo como sacudida por un espasmo. No lo oyó regresar.

—Me avisó la enfermera. Hablé en recepción.

—¿Qué quieren?

—Filmarlo a Tomás.

—Sí, claro —dice, irónicamente.

—Ana...

–¿Qué? ¿Los vamos a dejar? –el tono es indignado.

–Ana –baja más la voz–: no es nuestra decisión. Lucio ya dijo que sí.

–Pero...

–Pero no es lo mejor, ya sé. O no, en realidad no sé. Hay que terminarla con tanto buscar la mejor respuesta cuando no corresponde. Ya vienen, no sé qué decirte.

Se oyen los pasos subiendo las escaleras. Entra un camarógrafo a la habitación. Otras dos personas del canal se quedan afuera. Detrás del grupo aparecen Carla y Andrés.

–¿De dónde salieron ustedes?

Carla pasa de largo y va directo a Lucio. El abrazo es sentido. Andrés saluda a Raúl, le apoya la mano en el hombro y ahí se queda. Lo vio pocas veces en su vida, pero el padre de su amigo siempre le cayó bien. Andrés señala al camarógrafo:

–Les insistimos hasta que nos dejaron subir a la combi del canal. Fueron a hacer unas tomas a la escuela.

Ana se acerca a la gente de Producción:

–¿Salen en directo?

–A las tres, por el canal local.

–Va a estar Gabriel –dice Carla, todavía rodeando a Lucio con los brazos.

–Lo van a sacar en vivo con un concejal –sigue Andrés–. Gabriel insistió que el programa se haga en el barrio. Discutió, pero no se la dieron. Hoy se agarró con todos el profe.

Ana, en puntas de pie, presiona botones del televisor.

–¿Cuál hay que apretar? –pregunta, sube el volumen, apaga la tele–. Hacelo vos, Leo –dice cansada, busca una silla con la vista y encuentra una libre. Al sentarse, el cuerpo le muestra, uno a uno, como un catálogo enciclopédico, los dolores del día: las corridas en zapatos, el contener los nervios, haber estado parada todo el tiempo.

–Este lugar está lleno de polvo –se le escapa, mirando el piso.

Instintivamente, los que la oyen bajan la vista, encuentran el polvo alrededor de sus pies, como charquitos de barrio formándose en la sala.

El programa resulta considerablemente bien. La presentadora, incisiva con Gabriel a la mañana, cambia de rol movida por los vientos del marketing local, y apunta con todo al concejal invitado.

—El amarillismo no conoce banderas —comenta alguien.

El concejal, sorprendido por la presencia de Gabriel en el estudio, afirma con demasiada efusividad que está estudiando la cuestión del agua en el barrio, y que las obras comenzarán pronto. Gabriel habla con serenidad, no satura de reclamos al político. Tampoco le cuestiona cómo puede decir semejante cosa habiéndose enterado del tema unas horas atrás. Solamente narra su historia. Cuenta del barrio, del sufrimiento de los vecinos, la escuela, las asambleas. Habla de lo difícil que resulta trabajar por un poco de justicia. De las decisiones y las microdecisiones de cada día, del riesgo de hacer cosas y equivocarse.

—Como yo me equivoqué hoy —dice, con voz afectada.

Trata de parafrasear su conversación con el Peño, pero no puede.

—Esto es trabajar en un barrio: es difícil, pero lo elegimos. Perdón si estoy hablando mucho —termina.

Las imágenes desde el hospital provocan llamadas a la línea que el canal puso a disposición. Se puede ver a Gabriel tomando nota en el celular mientras responde a la gente; no alcanza a percibirse la arañita que recorre el respaldo de la silla que ocupa. Antes de acabarse la hora, sorprende la voz de una concejala por el teléfono: promete acompañar la labor de su colega desde la banca que ocupa.

En el saludo final, el concejal invitado anuncia que se devolverá el trabajo a los obreros del barrio, en prueba de su buena fe.

—Y para mostrar cómo nos ocupamos de estas cosas —agrega.

La foto en la esquina superior izquierda de la pantalla recuerda a varios en la habitación que no ven a Márquez desde hace horas. Desconocen que encontró a Miguel, el pastor, en los pasillos del hospital. Que Miguel lo condujo hasta otra sala, donde Márquez se desmoronó al encontrar a la madre de sus hijos, al enterarse del intento de suicidio, de la posibilidad de que ella ya no despierte.

En la quietud de las horas que preceden a la noche, Lorena acomoda las sábanas sobre un Tomás que todavía no abre los ojos. Raúl no se movió de su lugar ni cambió de posición. Lucio, en cambio, ronca con la cabeza echada hacia atrás; concilió el sueño, sin proponérselo, hace unas horas. Las voces que llegan desde el pasillo marcan el contorno de la escena, se mezclan con el zumbido de las luces artificiales que se empiezan a encender en el hospital.

*–Cuando yo sufro, me hago más fuerte a mí mismo* –recita Lorena, como le enseñó Doña Dola, tomando la mano fría de Tomás–. *Si estamos tristes, si andamos llorando en la Tierra...*

*–...de verdad nuestro dolor pronto va a terminar* –canta Doña Dola–. *Si estamos tristes, si andamos llorando en la Tierra...*

Sentada junto a un fueguito, en alguna parte del barrio, Doña Dola se acomoda sobre el tronco y relee dos papeles manuscritos que tiene en la mano.

*–Éste es por el Tomás. Éste es por el agua* –mira a uno y a otro.

Los dobla y se acerca al fuego. Como si estuviera en la sala junto al chico dormido, el *piiiii* constante producido por la máquina que hasta hace un momento marcaba el pulso, le atraviesa el pecho, le hace cerrar los ojos, conmocionada. No puede ver –pero siente– el revuelo de los pasos entrando a la habitación, al hermano que se despierta de golpe, a Lorena que sigue recitando palabras viejas. Cuando levanta los párpados, Dola se reencuentra con las llamas, translúcidas por las lágrimas que se le pegan a los ojos.

–Quién te entiende, Gauchito, quién te entiende... –y arroja los papeles al fuego, los ve chamuscarse, da media vuelta y emprende el camino a casa, arrastrando los pies por el polvo.

*Cuando yo sufro  
me hago fuerte a mí mismo.  
Si estamos tristes,  
si andamos llorando en la Tierra,  
de verdad nuestro dolor  
pronto va a terminar.*

Canto otomí de tristeza,  
según registrado por Xuan Pablo González